

Ludovico Ariosto

ORLANDO FURIOSO



Versión de Javier Roca

Lectulandia

Obra maestra del Renacimiento, el *Orlando furioso* de Ariosto constituye una continuación del poema épico inacabado *Orlando enamorado*, del poeta italiano Matteo Maria Boiardo, y trata, en su parte más famosa, del amor del paladín Orlando por Angélica en el marco de las leyendas de Carlomagno y de la guerra de los caballeros cristianos contra los sarracenos.

Se estructura en 46 cantos compuestos en ágiles octavas, y en él Ariosto hace gala de profundo lirismo, de extraordinaria imaginación y habilidad narrativas y de un finísimo sentido del humor. A pesar de la compleja estructura de la narración, humanísticamente medida y armoniosa, la obra se suele dividir en tres argumentos o episodios fundamentales: el primero situado en la guerra entre Carlomagno y los sarracenos, el segundo dedicado a las aventuras amorosas de Rugiero y Bradamante y el tercero destinado al amor y la locura de Orlando por Angélica, sin duda el más intensamente lírico.

Pero bajo esta trama épica, fabulosa y legendaria, la obra ofrece una consciente y aguda descripción de la civilización del renacimiento italiano, y todos los motivos poéticos, las aspiraciones literarias, los ideales humanos y las situaciones históricas de esa época se sintetizan en ella. Además, el poema, del que Maquiavelo dijo que era «hermoso en todo y en muchos lugares admirable», consiguió otorgarle a un género originariamente pobre y popular la medida y la calidad lírica de las obras clásicas.

Considerado por muchos críticos como uno de los mejores poemas de todos los tiempos por su vigor y dominio técnico del estilo, toda la obra pretende rendir tributo a la familia de Este, protectora del poeta, encarnada en la figura de su ilustre fundador Rugiero, cuya vida aparece transmutada y enaltecida en la figura del héroe, Orlando. Popular de inmediato en toda Europa a partir de su publicación en 1516, el poema influyó decisivamente en los poetas renacentistas.

La versión en prosa de Javier Roca —doctor en Filología clásica y traductor de varias obras clásicas—, que ofrecemos aquí es una síntesis del poema épico de Ariosto que conserva toda la fuerza y atractivo de la obra original.

Lectulandia

Ludovico Ariosto

Orlando furioso

Versión de Javier Roca

ePub r1.0

Readman 08.02.15

Título original: *Orlando Furioso*
Ludovico Ariosto, 1532
Versión de Javier Roca, 1986
Ilustraciones: Gustave Doré
Diseño de cubierta: Readman

Editor digital: Readman
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Parece ser que cuando el emperador franco Carlomagno, cuyos dominios se extendían por media Europa, intentó sin éxito allá por los fines del siglo VIII conquistar Zaragoza, una parte de su ejército fue atacada y destruida durante la retirada en el valle pirenaico de Roncesvalles por los montañeses vascos. Entre los caballeros francos que allí murieron se contaba un tal Hruodlandus o Rotholandus, que estaba destinado, por razones que nos son desconocidas, a convertirse en uno de los héroes más relevantes de la literatura europea.

En efecto, tres siglos más tarde un poeta quizá llamado Turolfo compone en Francia el poema épico de argumento pseudohistórico que conocemos como La Chanson de Roland, en el cual se nos cuenta como Carlomagno, tras conquistar toda España, pretende tomar Zaragoza, último reducto sarraceno: el rey Marsilio pide la paz a condición de que los francos abandonen España, a lo que se opone el caballero Roland, pero el emperador cristiano, haciendo caso al traidor Ganelón, se inclina por la paz. Durante la retirada del ejército de Carlomagno, la retaguardia franca es atacada y deshecha por los sarracenos —y no por los vascos—, que, de acuerdo con Ganelón, rompen el pacto. Roland combate heroicamente y con su espada envía al otro mundo a cientos de moros. Herido de muerte, logra todavía soplar el cuerno mágico para llamar en auxilio de los suyos a Carlomagno.

Es muy posible que el autor de la Chanson no se inventara el argumento, sino que recogiera y refundiera una serie de leyendas ya existentes, nacidas a partir del desastre de Roncesvalles y cantadas por los «juglares» o poetas vagabundos en las fiestas y veladas de los castillos. El éxito de la Chanson es grande y el personaje de Roland se populariza no solo en Francia, sino, sobre todo, en España e Italia, en donde se le conoce como don Roldán y Orlando, respectivamente. La imaginación del pueblo y de sus poetas inventará sin cesar nuevas aventuras en las que Roland-Roldán-Orlando es el héroe y le otorgará un ilustre linaje, haciéndolo hijo de un hermano de Carlomagno.

Todo este amasijo de leyendas que giran en torno a Orlando y sus amigos de la corte de Carlomagno recibe el nombre de «ciclo carolingio» y contrasta con el otro gran repertorio de leyendas heroicas de la literatura medieval europea, el llamado «ciclo bretón», por ser mucho más realista y austero. En el ciclo de Bretaña —que nos cuenta sobre el rey Arturo y su Tabla Redonda, la búsqueda del Santo Grial, los tormentosos amores de las reinas Ginebra e Isolda y las hechicerías de Merlín—, la magia, las hadas, los dragones y todo lo fabuloso en general ocupan un lugar mucho más importante.

Tal vez sea interesante recordar cómo se imaginaba a Orlando la fantasía popular: lo pintaba como un caballero de fuerza y valor prodigiosos, leal a su señor Carlomagno como ninguno, bizco y de una castidad tan fuera de serie que ni

siquiera llegó a tocar jamás a su propia esposa.

En Italia, las historias de Orlando y de sus compañeros fueron, hasta el siglo xv, únicamente tema de la literatura popular: se contaban y cantaban en plazas y mesones para un público que, en su mayoría, no sabía leer. A partir del siglo xv, una serie de poetas cultos toman estas historias y, combinándolas con motivos precedentes del «ciclo bretón», componen poemas mucho más complicados, destinados a ser leídos —y no escuchados— por un público muy distinto, integrado por nobles, clérigos y burgueses, es decir, por las capas más altas de la sociedad de entonces, únicos que sabían leer.

En la segunda mitad del siglo xv y en la corte de Ferrara, un aristócrata poeta, Boiardo, empieza a componer un poema —el Orlando enamorado—, que la temprana muerte de su autor interrumpió. En él se nos cuenta, sobre el fondo de una Francia invadida por sucesivas expediciones sarracenas, cómo el rey de Catay —es decir, de China— ha enviado a París a su bellísima hija Angélica para capturar a los dos mejores caballeros de la cristiandad, los primos Orlando y Rinaldo. La hermosura de la princesa es tan extraordinaria que cuantos la ven sucumben a su hechizo, y también, lógicamente, Orlando y Rinaldo. Siempre tras las huellas de su amada, los dos heroicos primos viven una serie de aventuras maravillosas en tierras de Oriente. Vueltos todos a Francia, Orlando y Rinaldo no cesan en su rivalidad, desatendiendo la guerra contra los moros. Para poner fin a esta situación, el emperador Carlomagno entrega a Angélica en custodia al duque de Baviera y proclama que su mano pertenecerá a aquel de los dos rivales que más valientemente combata contra los infieles. Tiene lugar entonces la batalla de Montalbano, importantísima porque en ella aparecen por primera vez dos personajes que serán esenciales en el posterior poema de Ariosto: Rugiero, noble caballero sarraceno descendiente de Héctor de Troya, y Bradamante de Claromonte, hermana de Rinaldo, valerosísima doncella guerrera. Ambos, obedeciendo a un destino prefijado y a pesar de que luchan en bandos opuestos, se enamoran locamente el uno del otro. De ellos habrá de nacer la dinastía de los Este, señores de la ciudad de Ferrara y, por tanto, de Boiardo.

Ya en el siglo xvi, otro poeta —a la vez que diplomático—, Ludovico Ariosto, volvió sobre el tema de Boiardo, retomándolo en la batalla de Montalbano o, mejor, inmediatamente después: Angélica ha logrado escapar de su guardián; Rugiero y Bradamante se han separado perdidamente enamorados. Por esta razón el poema no nos cuenta el inicio de la pasión de Orlando y Rinaldo por Angélica: se supone que el lector lo conoce a través de la obra anterior de Boiardo.

Treinta años de su vida consagró Ariosto a la composición de su Orlando Furioso, es decir, Orlando Loco, consiguiendo una de las obras más bellas y divertidas de la literatura de todos los tiempos. A lo largo de sus cuarenta mil versos, el poema nos narra, de un lado, el amor de Orlando por Angélica, nunca correspondido, que se convertirá en locura cuando la princesa toma por esposo a Medoro, y, de otro, las intrincadas peripecias de Rugiero y Bradamante hasta que en

el último canto consiguen contraer el anhelado matrimonio. Con esta segunda historia —que en el poema ocupa más espacio que la primera— rinde tributo Ariosto, como ya lo hiciera Boiardo, a sus señores, los Este, «inventándoles» un ilustre linaje que se remonta, a través de Rugiero, al famosísimo Héctor de Troya, héroe de la antigüedad y de la *Iliada* homérica.

Pero alrededor de estas dos líneas conductoras se entreteje un sinfín de historias secundarias, trágicas unas, cómicas o fantásticas otras, apasionantes todas, en las que cientos de personajes entran y salen de las páginas del poema como piezas de un gigantesco ajedrez controlado por un jugador de inagotable imaginación, buscándose, perdiéndose, persiguiéndose, amándose o matándose.

A pesar de su longitud, el *Orlando* se lee aún hoy con un deleite extraordinario, gracias, sobre todo, a la infinita variedad de temas y tonos del poema, que lleva al lector de sorpresa en sorpresa; a su arquitectura perfecta; a la constante ironía de Ariosto, que, distanciándonos de las gestas heroicas relatadas, nos las hace mucho más aceptables, y, por último, a su prodigiosa versificación, que dota a la historia de un ritmo casi musical único.

El poema está escrito en «octavas»; estrofas de ocho versos endecasílabos —es decir, de once sílabas—, de los cuales los seis primeros riman en forma alternada, y los dos últimos, el uno con el otro.

Como sea que la versión que os ofrezco está en prosa y para que tengáis una idea acerca de «cómo suena» una octava, transcribo la que abre el poema en una traducción española del siglo pasado que respeta el metro original:

Las damas, los guerreros, los amores,
Y las proezas, canto y cortesía
Del tiempo en que los moros, los rigores
De la mar arrostrando, ruina impía
Trajeron al francés por los furores
De Agramante, su joven rey, que ansía
Vengar feroz la muerte de Troyano
En el rey Cario, Emperador romano.





Capítulo uno

LA HUIDA DE ANGÉLICA

Gentiles damas, esforzados caballeros, crueles batallas y corteses gestas: estos serán los temas de mi canto. Trata esta historia de los gloriosos días en que Agramante, joven rey de África, para vengar la muerte de su padre Troyano, invadió con sus aliados de España y Asia las tierras de Francia y puso sitio a la ciudad de París, defendida por los ejércitos de Carlomagno.

También me oiréis hablar de Orlando, el mejor de los paladines del emperador cristiano: sobre él he de contar cosas que hasta hoy nadie puso en prosa ni en verso y, sobre todo, de cómo enloqueció por culpa del amor.



Mi relato comienza mediada ya la contienda, mientras los ejércitos de Agramante ponían sitio a París. Lejos de la ciudad, por algún tupido bosque de Francia, galopa una hermosísima doncella sobre un corcel airoso. Es Angélica, princesa de Catay, lejano reino de Asia, a la que su padre, aliado de los moros, envió a la corte de Carlomagno para que, con su incomparable belleza, siembre la discordia entre los paladines del emperador, contribuyendo decisivamente a su derrota. De ella se prendaron, entre otros caballeros menos famosos, el valentísimo Orlando y su primo Rinaldo de Claromonte, y por ella llevaron a cabo innumerables hazañas en las tierras más remotas. Vueltos a suelo francés, el buen Carlomagno entregó a la doncella en custodia al viejo duque de Baviera, prometiendo su mano a aquel de los dos rivales que más enemigos matara en la primera batalla. Sin embargo, el azar había dispuesto las cosas de muy distinta manera: derrotados los cristianos y prisionero el duque, logra Angélica huir del campamento a uña de caballo. Y es precisamente en esta huida cuando la encontramos por primera vez.

Se cruza con un caballero que, espada en mano, trata de recuperar a su caballo fugitivo. Es Rinaldo, que la ama locamente sin que ella le corresponda. Al verlo, huye a rienda suelta. Es ahora un sarraceno, el temible Ferraú, al que encuentra junto a un río. Está el caballero tratando de pescar su yelmo, que se la ha caído al agua cuando intentaba refrescarse.

Angélica, sin pensárselo dos veces, se dirige a él y le suplica la proteja contra el odiado Rinaldo, que no tarda en aparecer. Mientras los dos caballeros se lanzan el uno contra el otro con gran estrépito de armas y dan principio a un inacabable combate, el caballo de Angélica se la lleva de nuevo, veloz como el viento, a través

del enmarañado bosque.

Cansados al fin de tanto pelear y viendo que, por lo igualado de sus fuerzas, ninguno de ellos se destacaba como vencedor, cesaron los contendientes de golpearse. Aprovechó Rinaldo la pausa y con persuasivo tono habló así a su contrincante:

—¿A qué proseguir este inútil combate, cuando el premio del mismo, nuestra adorada Angélica, ha desaparecido y quién sabe si volveremos a dar con ella? Nada ganaremos con proseguir nuestro duelo. Busquémosla y, cuando la hayamos encontrado, su voluntad o nuestras fuerzas decidirán cuál de nosotros ha de ser su dueño.

Pareció bien este discurso a Ferrau, el cual no solo consintió la tregua de buen grado sino que, cortésmente, invitó a Rinaldo a compartir su montura para buscar juntos a la esquiva doncella. Llegados a un punto en que el camino se dividía en dos, acordaron separarse y seguir cada cual la senda que en suertes le tocara. Así fue como Ferrau se alejó por la senda de la derecha y Rinaldo por la de la izquierda.

¿Y la pobre Angélica? Galopa sin parar un día entero con su noche y aun toda la mañana siguiente, hasta que alcanza un fresco prado entre dos arroyuelos. Allí, sintiéndose segura y libre de sus perseguidores, se apea de su caballo y lo suelta para que descansa y pade. Medio oculta entre matas de jazmines y rosas, la doncella se duerme, rendida por la fatigosa cabalgada.

Al poco rato la despertó un suspiro que partía de un cercano arbusto. Angélica se incorporó, alarmada, y descubrió entre el follaje a un descomunal guerrero de largos bigotes que, tendido cuan largo era sobre el césped, suspiraba y se plañía como un tierno enamorado. No tardó Angélica en reconocerlo: era Sacripante, rey de Circasia, uno más de los que por ella habían enloquecido. Lloraba Sacripante porque daba por perdida a la doncella de sus sueños, creyendo que Orlando la había hecho suya durante su ausencia.

Angélica no le amaba —Angélica no amaba entonces a ningún caballero—, pero pensó que el fuerte guerrero podía resultarle de mucha utilidad en aquellas circunstancias, para ahuyentar los peligros que suelen acechar a las bellezas solitarias. Por ello se dirigió a él y en términos muy vivos le imploró fuera su paladín, acompañante y defensor, con una sola condición: no debía intentar rozarle ni siquiera un dedo de la mano.

Sacripante era fogoso y no estaba dispuesto a esperar: la ocasión era inmejorable y no iba a ser tan necio como para dejarla escapar.

De grado o por la fuerza, la doncella iba a ser suya. Pero para su desgracia hizo su aparición un caballero vestido de blanco. Sobre su yelmo ondeaba un penacho que parecía de nieve. Sus armas de plata despedían luminosos destellos bajo el sol del mediodía.

Ante la inesperada aparición, Sacripante no tuvo más remedio que abandonar su poco honrosa empresa; con torva mirada, se puso el yelmo y montó en su caballo.

Dirigiéndose altaneramente al intruso, lo desafió a singular combate, confiando en descabalarlo. El otro, sin decir palabra, permaneció inmóvil, mas, ante las insistentes amenazas del sarraceno, acabó por disponerse también al combate.

El salvaje encontronazo hizo temblar el valle y, de no haber sido sus armaduras de insuperable dureza, allí hubieran muerto ambos con los pechos traspasados. Los caballos, aguijados sin piedad, saltaban como cameros enloquecidos, hasta que el del circasiano cayó muerto, arrastrando en su caída al caballero.

El jinete desconocido, al ver a su rival en el suelo y con el caballo encima, no quiso proseguir el combate. Irguiéndose en la silla, se dispuso a partir, pero antes proclamó con fuerte voz:

—Debes saber, Sacripante altanero, que ha sido el valor de una doncella el que te descabalgó. Tampoco voy a esconderte mi famoso nombre: Bradamante de Claromonte te ha arrebatado los honores que hasta hoy ganado habías.

Y se lanzó al galope, perdiéndose en la espesura.

De pronto, un súbito fragor que recorre el lugar viene a distraer de sus confusos pensamientos al avergonzado sarraceno y a la atónita Angélica. Un maravilloso corcel, suntuosamente engalanado, hace su entrada en aquel claro. La doncella lo reconoce enseguida.

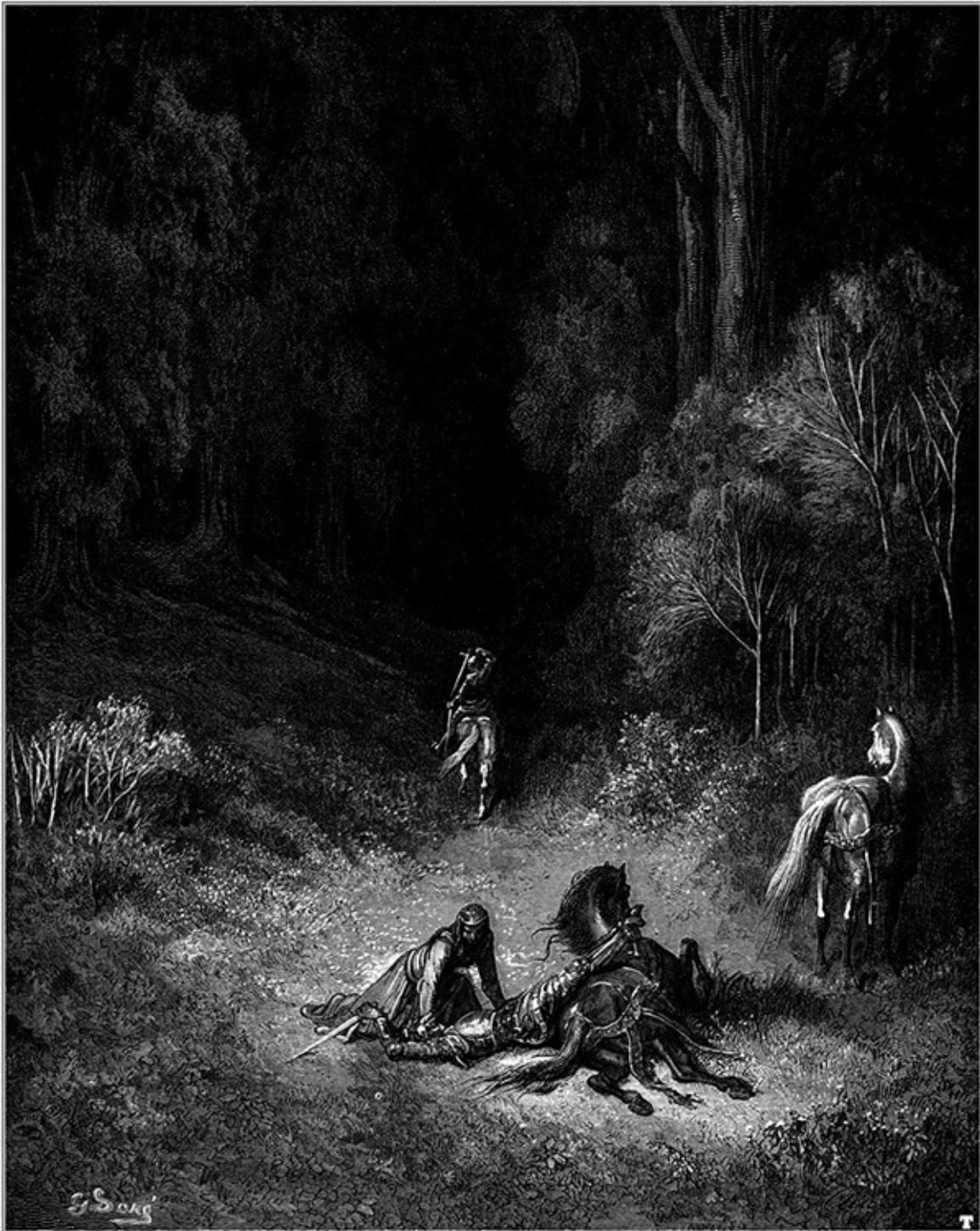
—¡Es Bayardo —exclamó—, el caballo de Rinaldo!

No se equivocaba: era el mismísimo Bayardo, que, tras escapar de su dueño, galopaba a rienda suelta por la selva en busca de Angélica, la adorada de su señor, pues era un animal tan soberanamente inteligente que adivinaba los más recónditos deseos de su amo y se anticipaba a ellos. Trata Sacripante de atraerlo por el freno, pero el corcel lo rechaza a coces, terribles coces capaces de partir en dos un monte de bronce.

Se le acerca también la doncella y Bayardo se vuelve dócil como un corderillo. Aprovechando el cambio de actitud del animal, lo monta Sacripante, que, como hemos dicho, se había quedado sin caballo, pero poco dura la tranquilidad, porque al punto se presenta Rinaldo siguiendo el rastro de Bayardo. Al verlo montado por el de Circasia, increpa duramente a su nuevo rival:

—Apéate ladrón, de mi corcel, que no soy de los que ceden fácilmente lo suyo. También a esta dama hermosa arrebatarte pienso, que no sería justo dejarla en tu poder.

No quiere Bayardo combatir contra su propio amo; de un bote descabalgó a Sacripante que, espada en mano, se lanza sobre Rinaldo, enzarzándose ambos en un nuevo combate. Angélica, temerosa por un igual de ambos contendientes porque ambos la amaban y ella no amaba a ninguno de ellos, montó en su caballo y desapareció a toda prisa del lugar.



Y se alejó al galope, perdiéndose en la espesura.

Capítulo dos

BRADAMANTE EN LA CUEVA DE MERLÍN

Hablaré ahora de la dulce doncella que hizo besar el suelo al rey de Circasia: era Bradamante, la hija del duque Amón y de su esposa Beatriz, y hermana de Rinaldo de Claromonte, al que igualaba en coraje y virtudes caballerescas. Para su ventura y para su desgracia, en una batalla contra los sarracenos que tuvo lugar no lejos del castillo de Montalbano, en los Pirineos, trabó singular combate con Rugiero, el más valiente de cuantos caballeros llegaron de África para luchar al lado de Agramante y que descendía de Héctor de Troya, el mejor guerrero de la antigüedad.

Dicho combate acabó de forma totalmente imprevista al enamorarse perdidamente Bradamante de Rugiero y Rugiero de Bradamante. Mas los azares de la guerra y el capricho de la Fortuna quisieron que Rugiero le fuera arrebatado después de hablarle por primera y única vez. Desde aquel día, Bradamante, olvidando sus deberes para con Carlomagno y los ejércitos cristianos, recorría el mundo con una única obsesión: encontrar a su amado, convertirle al cristianismo y unirse a él.

Después de su aventura con Sacripante, que ya conocemos, atravesó un bosque y un monte hasta llegar junto a una fuente. Allí, en un pequeño prado umbroso, halló a un joven de aspecto apenado y ojos llorosos. Sus armas aparecían esparcidas por la hierba. La natural curiosidad impulsó a Bradamante a preguntar al joven la causa de su dolor. Este, tras lanzar un profundo suspiro, comenzó del siguiente modo, tomándola, claro está, por un guerrero:

—Sabed, señor, que hallándome no hace mucho en cierto valle acompañado de una bella dama a la que mucho quiero, apareció volando por los aires un caballero montado en un extraño corcel alado y, arrebatándome a mi compañera, desapareció con ella en las alturas, como el gavilán con el humilde gorrión. No podía yo, infeliz, volar como él; en un primer momento, solo llorar supe y quejarme de mi pérdida... Luego, impulsado por mi amor, traté de adivinar su dirección y perseguirle por la tierra. Así, tras seis días de marcha, llegué a un valle inculto y fiero, encerrado entre peñascos inaccesibles, en medio del cual y sobre una escarpada roca, se alzaba un castillo maravillosamente hermoso. No parecía ser obra de mármol ni de ladrillo, sino construido con el más reluciente acero. Al momento me dijo el corazón que mi amada se hallaba encerrada tras aquellos muros inaccesibles. ¿Qué iba a hacer yo? ¡Solamente un ave hubiese podido penetrar en aquella fortaleza!

»Mientras me devanaba los sesos buscando un medio de entrar en el castillo, vi a dos caballeros que, guiados por un enano, se dirigían también hacia la roca. Eran

ambos guerreros sarracenos de gran valor: llamábase uno de ellos Gradaso, rey de Sericania, y el otro Rugiero, famosísimos ambos en la corte africana. "Acuden", me dijo el enano, "para medir sus fuerzas con el señor del castillo, que es el dueño de un caballo alado." Al punto les conté, entre lágrimas, mi desgraciado caso y les supliqué que, si lograban vencer al maligno personaje, me devolvieran a mi señora. Luego me dispuse a presenciar el combate, rogando a Dios por la victoria de los dos caballeros.

»Fue Gradaso el primero en desafiar al del castillo, haciendo sonar el cuerno de tal modo que rocas y fortaleza temblaron. Apareció en la puerta el caballero, armado de pies a cabeza y montando su alado animal. Comenzó entonces el más extraño combate que imaginar podáis: el mago, volando en su corcel, se elevaba como una flecha hasta las nubes y, de pronto, se lanzaba en picado como un halcón contra Gradaso, derribándolo con su lanza. En vano trataba el sericano de defenderse con la espada: sus golpes herían el aire, pero ni siquiera rozaban a su enemigo. Sin dejar de batir sus negras alas, cargó luego el nigromante contra Rugiero que, alcanzado por sorpresa, fue incapaz de defenderse. Así lucharon durante largo rato, corriendo los dos caballeros de un lado a otro por el suelo y atacándose el otro desde las alturas, hasta que llegó la noche. Súbitamente, el caballero del alado corcel descubrió el escudo que colgaba de su brazo izquierdo y que, hasta entonces, había mantenido cubierto con un paño de seda. Tenía aquel escudo la virtud de brillar como no ha brillado nunca luz alguna: en cuanto vislumbraron su mágico resplandor, Gradaso y Rugiero cayeron al suelo sin sentido, como fulminados por el rayo. También yo me desmayé y, al volver en mí, no vi ya rastro de caballo alado, ni de paladines, ni siquiera del enano».

Aquí se detuvo el narrador y volvió a sus quejas y lamentos. Debéis saber que aquel joven no era otro que el pérfido conde Pinabelo de Maganza, vástago de una famosa familia de malvados, a los que, sin embargo, llegó a superar en vicios e hipocresía. Enemigo acérrimo de Amón, padre de Bradamante, y de toda la estirpe de Claromonte, quería con esta historia lanzar a la noble doncella a peligros que acabaran con su vida.



Comenzó el más singular combate que imaginar podáis.

Bradamante no cabía en sí de gozo: al fin recibía noticias ciertas de su amado Rugiero. Impaciente, instó al dolorido mozo a que la llevara cuanto antes al castillo del nigromante. Ella se encargaría de lo demás. No esperaba otra cosa Pinabelo: montado en su caballo, guio a la animosa joven a través de boscosos valles, con la maligna idea de abandonarla en el lugar más inhóspito, para que el hambre y las fieras dieran cuenta de ella. Sin embargo, Bradamante no apartaba la vista de él, como si maliciara algún engaño o traición. Al fin, dispuesto a acabar de una vez con su enemiga, detuvo Pinabelo su caballo, fingiendo una gran fatiga, y dijo a

Bradamante:

—Antes de que oscurezca más todavía, conviene hallar algún albergue para pasar la noche. Esperadme un momento aquí: buscaré algún altozano y trataré de avistar algún castillo o mesón adecuado a nuestras necesidades.

Apartándose de la doncella, buscó un camino que le permitiera desaparecer rápidamente del lugar. Y he aquí que dio con una caverna que aparecía cortada a pico y tenía más de treinta brazas de profundidad. En su fondo se abría una amplia puerta que comunicaba con otra cueva y de la que surgía un extraño resplandor. Este descubrimiento le hizo concebir un diabólico plan para desembarazarse de Bradamante de una vez por todas. La llamó y, cuando la doncella hubo acudido a su lado, le contó que había visto una doncella de hermoso rostro y rica vestimenta pidiendo auxilio desde el fondo de la caverna y que un felón la había arrastrado por la fuerza hacia el interior.

La animosa Bradamante le creyó y se dispuso a descender al fondo de la gruta. Y descubriendo en un olmo una larguísima rama, la cortó con la espada, puso uno de sus extremos en manos de Pinabelo y empezó a descolgarse por ella. En cuanto la doncella estuvo suspendida en el aire, el pérfido Pinabelo soltó la rama, gritando a modo de despedida:

—¡Ojalá toda tu familia te acompañara en este viaje!

No ocurrieron, sin embargo, las cosas como el malvado las planeaba: la fuerte rama hirió el fondo de la caverna antes que la doncella y, aunque se partió por la mitad, amortiguó su caída de tal modo que la libró de una muerte segura.

Cuando el aturdimiento la abandonó, Bradamante se alzó del suelo y cruzó la puerta que daba acceso a la segunda cueva. Se abrió entonces ante sus ojos una estancia cuadrada y espaciosa cuya alta bóveda sostenían esbeltas columnas de alabastro. En medio de aquella nave se alzaba un altar y, junto a él, una extraña lámpara de sin igual resplandor iluminaba el lugar. Bradamante, sintiéndose en un lugar sagrado, cayó de rodillas y comenzó a rezar devotamente. De pronto se abrió una puertecilla baja y entró una mujer descalza y con la cabellera suelta, que saludó a la doncella guerrera con estas palabras:

—Generosa Bradamante que hasta aquí has llegado por voluntad divina: debes saber que te encuentras en la antigua gruta que edificó el sabio mago Merlín. Aquí se levanta el sepulcro en donde reposan sus restos mortales, pero su espíritu permanece vivo, aunque encerrado también bajo esta losa, pues todavía no se han abierto para él las puertas del Cielo, y con su inconfundible voz responderá a cualquier pregunta que quieras acerca de las cosas pasadas o futuras.

Maravillada queda al oír tales cosas la hija de Amón y duda si está despierta o soñando. La toma la maga de la mano y la acerca al sepulcro de Merlín, obra bellísima esculpida en piedra de color rosa. Alzase al punto una voz profunda de la tumba, diciendo:

—Favorezca Fortuna tus deseos, Bradamante, casta y noble doncella de cuyo

vientre ha de nacer un linaje que será la gloria de Italia y del mundo entero. La antigua sangre que de Troya procede, mezclándose con la tuya, dará lugar a una descendencia ilustre entre la que se contarán marqueses, duques, cardenales y emperadores. Porque a Rugiero y a ti, cuya unión está determinada por los astros, deberá su existencia la ilustrísima familia de los Este, futuros señores de la hermosa Ferrara.

En aquel lugar encantado permaneció la gentil Bradamante toda la noche, en animada conversación con Melisa, que así se llamaba la bondadosa maga que la había recibido. Preguntóle la doncella cómo podía encontrar a Rugiero, a lo que Melisa respondió:

—Cuando amanezca partiremos en su busca. Nada has de temer, puesto que yo te acompañaré.

A la mañana siguiente partieron juntas por un camino áspero y oscuro que la maga le mostró: atravesaron fragosos montes y rápidos torrentes y, mientras andaban, aconsejaba Melisa a Bradamante el mejor modo de liberar a su amado.

—El nigromante que mantiene cautivo a tu Rugiero —decía— es tan poderoso que nada podrías contra él aunque contaras con los ejércitos de Carlomagno y Agramante juntos, pues vive rodeado de murallas de acero en una roca absolutamente inexpugnable. Por si ello fuera poco, cuenta con un corcel alado que le transporta por los aires con la rapidez del rayo y tiene un escudo mágico cuyo resplandor deja sin sentido a quien lo mira. Solo hay un medio para burlar el poder del escudo y todos los demás hechizos del nigromante y voy a descubértelo. El rey Agramante de África ha confiado a Brunelo, uno de sus barones, un anillo que en tiempos fue de una reina de la India, anillo de tales virtudes que, si lo llevas en tu dedo, no hay magia ni encantamiento en el mundo que pueda hacerte mella. Con este anillo pretende Brunelo sacar a Rugiero del castillo y devolverlo al lado de Agramante y de los ejércitos sarracenos. Pero yo quiero que seas tú la que recupere al caballero. Por tanto deberás andar tres días por la orilla del mar, al cabo de los cuales llegarás a una posada en la que encontrarás a Brunelo, portador del anillo. Lo reconocerás fácilmente por su corta estatura de apenas seis palmos, su crespa cabellera y abundante barba. Tiene, además, un pálido rostro y ojos saltones y bizcos. Trata de entrar en conversación con él y dile que deseas luchar contra el mago, mas sin nombrar para nada el anillo. Se brindará él entonces a guiarte hasta la roca y a hacerte compañía. Acepta su ofrecimiento y, cuando hayáis llegado a las cercanías del castillo, dale muerte por sorpresa, pero cuidando de que no tenga tiempo de meterse el anillo en la boca. Si lo hiciera, se volvería invisible.

Al fin llegaron a la orilla del mar, precisamente en el punto en que, junto a Burdeos, desemboca el río Garona. Allí la maga Melisa y la valerosa Bradamante se separaron, no sin derramar algunas lágrimas.



Entró una mujer descalza y con la cabellera suelta.

Capítulo tres

RUGIERO ES LIBERADO PERO VUELVE A DESAPARECER

No dejó Bradamante de hacer cuanto Melisa le había ordenado: anduvo tres días en dirección a Poniente sin abandonar la costa y llegó a la hostería en la que reconoció a Brunelo. Pronto hubo trabado amistad con el feo caballero, pues era éste hombre locuaz y amigo de las charlas de mesón. Aquel mismo atardecer, mientras ambos conversaban amigablemente junto al hogar, se oye de pronto un gran estrépito como el que en días de ventarrón producen las aspas de un molino. Arrastrada por la curiosidad, salió Bradamante de la posada y vio, asomados a las ventanas del edificio, al posadero con su familia y todos los mozos y mozas del mesón. Mantenían los ojos clavados en el cielo, como admirando un eclipse o un cometa extraordinario. Levantó también la doncella la mirada y descubrió un corcel alado que volaba a gran altura montado por un caballero revestido de negra armadura. Animal y jinete se dirigieron hacia Poniente hasta perderse tras los montes.

Relató entonces el posadero que aquel jinete era un nigromante llamado Atlante, capaz, gracias a su mágica montura, de elevarse hasta las estrellas y descender en picado como un ave de rapiña. Con tales habilidades raptaba a cuantas mujeres hermosas sorprendía por aquella región y las transportaba a un castillo encantado que tenía sobre un pico de los Pirineos. Muchos caballeros habían ido hasta el pie de sus muros de acero, con el noble propósito de rescatar a las infelices cautivas, pero, hasta entonces, ninguno podía vanagloriarse de haber regresado.

—¡Muy bien! Si me encontráis un guía, yo también quisiera retar a ese malvado brujo —exclamó Bradamante.

—Yo puedo enseñarte el camino —le respondió Brunelo—, pues tengo un mapa detallado del país.

No esperaba otra cosa la doncella. Al alba del día siguiente Bradamante y Brunelo partieron a caballo por los profundos valles y escarpadas sendas que atraviesan la cordillera de los Pirineos. Al fin apareció ante sus ojos el maravilloso castillo de acero de Atlante. La doncella, aprovechando un momento de descuido de su guía, lo ató con sus manos de hierro al grueso tronco de un abeto, tras quitarle el anillo del dedo, pues le pareció acción vil mancharse con la sangre de un hombre desarmado. Por más que Brunelo gritaba y gemía, no quiso ella desatarlo. Pronto se encontró la joven en la llanura que se extendía al pie de las torres del castillo: allí, en señal de desafío, hizo sonar el cuerno con todas sus fuerzas.

No se hizo esperar el nigromante: salió de la fortaleza montado en su alado

corcel, y se precipitó desde los aires contra su provocadora.

No llevaba lanza, espada ni maza, sino solamente, colgando del brazo izquierdo, el terrible escudo cubierto de seda roja y, en la mano derecha, un libro abierto, del que, leyendo, hacía nacer extrañas maravillas. No era obra de encantamiento su cabalgadura, sino natural bestia, engendrada por un grifo en una yegua. Se parecía a su padre en las alas de plumas, las patas anteriores y la cabeza. En el resto de su cuerpo era igual que su madre. Llámense hipogrifos los tales animales y proceden de los montes del Rif, en el Norte de África.

Todos los sortilegios de Atlante se estrellaban contra el anillo que Bradamante llevaba en el dedo. Revoloteaba en su hipogrifo en torno a la doncella, leyendo sus conjuros en voz alta, mientras ella, para dar confianza al mago, fingía defenderse de la lluvia de golpes imaginarios que del libro mágico surgían. Harto el nigromante ya de jugar al ratón y al gato, se dispuso a echar mano de su infalible recurso, el escudo fulminante. Alzó la tela de repente y Bradamante, que estaba esperando el gesto, cerró los ojos y se desplomó, fingiendo un desmayo.

Se posa al fin el corcel alado, desmonta Atlante y se acerca a su víctima con una cadena en la mano. En cuanto Bradamante lo tiene cerca, se alza de un salto y lo aprisiona firmemente por el cuello con el brazo izquierdo, mientras con la diestra levanta su espada para degollarle. Mas se detiene al descubrir el rostro del vencido, un venerable anciano de expresión triste. Suplica el infeliz que acabe con su vida, pero no le hace caso la doncella, quien se limita a sujetarlo con la cadena. Con lastimera voz, justifica así Atlante su conducta:

—No fue por malicia ni por crueldad que levanté este castillo entre peñascos, sino por librar de su terrible destino a un caballero sarraceno por el que siento el mayor afecto y que, según aseguran las profecías, ha de morir dentro de poco tiempo, cristiano y a traición. Su nombre es Rugiero y no contempla el sol en su diario recorrido un mancebo más apuesto y excelente. Eduquéle yo, Atlante, en su infancia. Ahora, el deseo de honor y su fiero destino lo han traído a Francia al lado de Agramante. Solo para apartarle de todos los peligros que le acechan lo encerré yo tras estos fuertes muros y si, además, rapté a numerosas doncellas hermosas y nobles caballeros, lo hice solo para procurarle compañía digna de él. Si tienes el corazón tan hermoso como el rostro, recibe mi escudo y mi hipogrifo, que de buen grado te los regalo, y llévate a tus amigos, si alguno tengo yo encerrado, pero, por lo que más quieras, déjame el castillo y a Rugiero.

Bradamante no se deja conmovir y ordena al anciano que la conduzca al interior de la fortaleza. Avanza el mago, mas, al llegar al umbral, se detiene y arranca de la pared una lápida de mármol llena de jeroglíficos, dejando al descubierto unas ollas humeantes. De un fuerte puntapié destruye los mágicos pucheros y, al instante, queda el monte desnudo como la palma de la mano: nadie dijera que en él hubo jamás castillo alguno. Junto con las torres y los muros se evapora el nigromante sin dejar rastro, como el tordo que rompe la red que le aprisionaba.

Y he aquí que las damas y caballeros que estaban cautivos bajo el poder de Atlante, se encuentran sin saber cómo en medio del campo. Allí están Gradaso y Sacripante, allí Prasildo e Iroldo y muchos otros de ilustre nombre. Y allí, al fin, la gallarda Bradamante encuentra a su adorado Rugiero. Este, al reconocer a su salvadora, no cabe en sí de gozo y se llama el más feliz de los hombres.

Acompañados por los demás, la enamorada pareja desciende hasta un ameno valle en el que se halla pastando el fabuloso hipogrifo: del costado izquierdo de su silla cuelga el mágico escudo, otra vez cubierto de seda roja. La doncella guerrera se acerca a él para cogerle de la brida, mas el animal, con un corto vuelo, la esquivo. Insiste ella y vuelve el hipogrifo a escapársele de las manos. Síguenle Rugiero, Gradaso y Sacripante y tratan de ayudarla a hacerse con el valioso animal, pero éste los burla una y otra vez, hasta que se posa junto a Rugiero y parece invitarle a que lo monte. El bravo joven, descendiendo de su caballo Frontino, monta de un brinco en el alado corcel, hincándole las espuelas. Trota un poco el hipogrifo y cuando menos lo espera su inexperto jinete, despliega sus amplias alas y se echa a volar como un águila, perdiéndose entre las nubes con su preciosa carga. El mago Atlante, no dándose por vencido, quería con esta nueva argucia alejar a Rugiero de los peligros que en Europa le aguardaban.

Queda atónita la pobre Bradamante, con los ojos clavados en el cielo, contemplando como su recién conquistado Rugiero le es de nuevo arrebatado. No se deja, sin embargo, descorazonar la animosa doncella: tiene por las riendas a Frontino, el caballo de su amado, y se dispone a continuar la búsqueda hasta salir triunfante.

Dejemos ahora con estos nobles propósitos a Bradamante y vayamos en pos de Rugiero, al que esperan insospechadas aventuras.



Capítulo cuatro

RUGIERO EN LA ISLA DE ALCINA

El hipogrifo vuela por los aires con la velocidad de una flecha: pronto deja atrás las columnas de Hércules, extremo el más occidental del continente europeo, y bajo los pies de Rugiero solo se extiende la inmensidad del océano. Al fin el animal, trazando grandes círculos en el aire, va a posarse sobre una isla paradisíaca, en la que deliciosos prados, delicadas colinas, claros riachuelos y frescos bosquecillos por los que canes, liebres y ciervos corretean en amigable compañía, llenan de asombro los ojos del sorprendido Rugiero.

Pone el caballero pie a tierra y se dispone a atar su cabalgadura a un alto mirto que se yergue junto al mar, entre un laurel y un pino. Mas, cuando intenta doblar una de sus ramas, oye en el interior de la planta un crepitar extraño, como el de un tronco que se quema, y el crepitar se hace murmullo y el murmullo voz triste, que así le habla:

—Si eres tan cortés como tu aspecto anuncia, aparta este animal de mi tronco, que ya tengo bastante con mis propios males.



Va a posarse sobre una isla paradisíaca.

Rugiero, que no sale de su asombro, se disculpa, cumple los deseos del mirto y le pregunta quién es. Narra el mirto entonces su historia, mientras su corteza suda lágrimas de aflicción: Es Astolfo, paladín de Francia y primo de Orlando y de Rinaldo, que, al regresar de las Islas Ardientes, en el mar Indico, fue a parar con sus compañeros a esta isla, donde se levanta el castillo de la poderosa maga Alcina. Encontraron a la peligrosa hechicera en la playa, ocupada en llamar a los peces que, obedeciendo su voz, salían del agua y acudían como perros fieles a besarle los pies. Miró Alcina a Astolfo y no le disgustó. Se le acercó con cimbreado andar y le invitó

a su palacio. No se lo hizo repetir el paladín, rendido ante la belleza de la maga, y la siguió hasta su maravillosa mansión en la que se encerraron ambos para entregarse a una vida de placer. Banquetes, danzas y amorosas lides se sucedían ininterrumpidamente, hasta el punto de que Astolfo llegó a olvidarse completamente de Francia. Pero al cabo de dos meses, Alcina se hartó de él y se encaprichó de otro caballero. Ni siquiera quiso conceder al pobre Astolfo la gracia de dejarle marchar libremente, no fuera a recorrer el mundo proclamando la lascivia y la inconstancia de Alcina: para evitarlo, le convirtió en mirto, como de otros muchos había hecho olivos, cedros, palmeras y abetos. No toda la isla, sin embargo, pertenecía a Alcina: en uno de sus extremos reinaba una hermana de la maga llamada Logistila, tan bondadosa y honesta como Alcina era desvergonzada y pérfida.

Rugiero pregunta dónde puede encontrar a Logistila y, una vez el mirto se lo ha explicado, emprende de nuevo viaje, pero esta vez cabalgando por tierra y no surcando el aire. El camino pasa por delante de la ciudad de Alcina: Rugiero queda asombrado ante aquella ciudad maravillosa cuyas torres y muros estaban hechos de marfil, oro y plata. Más puede la curiosidad que las advertencias de Astolfo, y Rugiero, olvidándose de Logistila, se sumerge atónito en aquella ciudad de ensueño, llegando sin darse cuenta ante el palacio de la maga, precisamente en el momento en que Alcina, rodeada de su corte, salía por la puerta principal.

No soy capaz de describir la belleza de aquella mujer: piel de nácar, mejillas de rosa, rubia cabellera que le llega a los pies, ojos negros como la noche y dos ristas de perlas por dientes; en cuanto al resto, la más perfecta estatua de la antigüedad resultaba ridícula comparada con aquel cuerpo. En cada uno de sus encantos había una trampa tendida: no es de extrañar, pues, que la voluntad del incauto Rugiero sucumbiera al mirarla. ¿Dónde queda el recuerdo de la fiel Bradamante?

Con amable gesto, invita Alcina a comer al caballero, el cual no se hacer repetir la invitación. Es el banquete de Alcina una fiesta suntuosísima en la que los más delicados manjares son servidos en riquísimas fuentes, mientras cítaras, arpas y liras llenan el aire de deliciosa melodía. Terminado el convite, Rugiero es acompañado a su aposento: allí, a media noche, acude a visitarle la bella Alcina, apenas cubierta por un transparente velo.

A partir de entonces Rugiero se sumerge en un mundo de delicias en que los juegos, la caza, las danzas y, sobre todo, el amor de Alcina, acaban por borrar de su mente a Bradamante y sus deberes militares en el asedio de París.

Alguien, sin embargo, sabía dónde se encontraba Rugiero y los peligros que corría: era la maga Melisa a la que la voz de Merlín mantenía informada de cuanto ocurría en todo el mundo habitado. Muy pronto se enteró, pues, de que, una vez más por obra de Atlante, Rugiero había ido a parar a la isla de Alcina: quería el nigromante que en aquel lugar de placer inagotable se olvidara el caballero de las armas para siempre y se librara así de su heroico destino. Por ello había tocado el corazón de la hechicera Alcina, convirtiendo en inagotable su amor hacia Rugiero.

Este envejecería feliz entre sus brazos y escaparía de la temprana muerte que le habían profetizado.

No podía tolerar Melisa que Rugiero renunciara para siempre a la gloria y se adormeciera en una vida larga, pero indigna de un paladín virtuoso. Para salvarlo, fue al encuentro de Bradamante y le contó dónde estaba su amado. Cuando Bradamante se enteró de que Rugiero se hallaba tan lejos y entre los brazos de otra mujer, se sintió morir.

Pero la bondadosa maga la confortó, prometiéndole poner remedio a la difícil situación.

—Muchacha —le dijo—, el anillo mágico sigue en tu poder y contra él no hay encantamiento que valga. Si me permites que se lo lleve a Rugiero, en un abrir y cerrar de ojos volverá a ser tuyo.

No se hizo rogar Bradamante: sin titubear, le confió el anillo. La maga lo tomó y se lanzó a los aires, posándose en la isla de Alcina a la mañana siguiente. Allí tomó la figura de Atlante y lo hizo con tal propiedad que nadie hubiera sido capaz de distinguirla del famoso nigromante.

Así transformada, buscó ocasión de hallar solo a Rugiero, cosa nada fácil, pues Alcina muy raras veces se apartaba de él. Al fin dio con el caballero una mañana en que el joven había salido del palacio sin compañía para bañarse en un río cercano. ¡Pobre Rugiero! ¡Trabajo le costó a Melisa reconocerlo! Un espléndido collar de ricas gemas relucía sobre su pecho, un sinfín de brazaletes de oro ocultaban el vello de sus brazos y de sus orejas pendían dos gruesas perlas de la India. Todo su cuerpo despedía un fuerte olor a perfumes y pomadas.

La maga se le acercó y, cuando lo tuvo delante, le dijo, mirándole con semblante amenazador:

—¿Es éste el fruto de mi sudor? ¿Para eso te eduqué como a un héroe, dándote de comer tuétano de oso y de león, enseñándote desde la cuna a estrangular serpientes y a desarmar las zarpas de los tigres?

Rugiero, avergonzado, clavaba los ojos en el suelo sin saber qué decir. Entonces la maga recuperó su forma y se le dio a conocer.

—Aquella gentil mujer que tanto te ama, te envía este anillo, que ha de librarte de todos los encantamientos que te tienen atado, —le dijo, poniéndole en la mano el maravilloso aro.

Con el anillo en el dedo, regresó Rugiero a palacio cumpliendo las órdenes que de Melisa había recibido. Allí encontró a Alcina, pero cómo... Pálido y macilento tenía el semblante, pocos y blancos cabellos cubrían su cráneo y en vano hubierais buscado un diente en su boca. Solamente la magia la había hecho parecer bella: roto el sortilegio por el poder del anillo, era la más horrible vieja que os podáis imaginar. Rugiero fingió que no apreciaba cambio alguno en la hechicera y la saludó risueño. Le dijo que tenía curiosidad por saber si todavía le cabía la armadura que llevaba puesta al llegar a la isla; se la probó y después se sujetó al cinto su Balisarda, que así

se llamaba su espada, y colgó de su brazo izquierdo el escudo maravilloso.

Se encaminó luego a los establos de palacio, en donde se guardaba el hipogrifo, pero no lo tocó, siguiendo instrucciones de Melisa, para no levantar sospechas acerca de sus verdaderos planes. Con el pretexto de que quería salir de caza, se hizo ensillar a Rabicano, velocísimo corcel negro como el ébano que había pertenecido a Astolfo, y, cabalgando en él, se dirigió hacia la puerta en que empezaba el camino que conducía al reino de Logistila. Una vez en la puerta, asaltó a sablazos a los guardianes que pretendían cerrarle el paso, hiriendo a unos y matando a los demás, y se lanzó a galope por el puente para ganar ventaja sobre sus perseguidores.

En efecto: no tardó en oír detrás de sus espaldas estrépito de armas, trompetas y tambores. Eran los ejércitos de Alcina, que perseguían al fugitivo con la ayuda de jaurías de perros y bandadas de halcones adiestrados. Pero Rugiero sube a una colina y, desde allí, descubriendo el mágico escudo, derriba en un instante a sus enemigos.

Mientras tanto, Melisa completó su obra desencantando a los antiguos amantes de Alcina, a los que ésta había convertido en árboles, arbustos, peñas y fuentes; recuperó así al fin su forma primitiva el noble Astolfo y también su lanza de oro que tenía la virtud de derribar de la silla al primer golpe a cuantos con ella topaban. La había guardado Alcina entre sus tesoros. Melisa, moviéndose a sus anchas por el palacio abandonado de la hechicera, encontró el arma maravillosa y la restituyó a su dueño. Después le hizo montar con ella en el hipogrifo del nigromante, y ambos se dirigieron por los aires a reunirse con Rugiero en el castillo de la prudente Logistila.



Ruggiero se sumerge en un mundo de delicias.

Capítulo cinco

ORLANDO ABANDONA PARIS

El ejército de Carlomagno atraviesa momentos difíciles encerrado dentro de los muros de París. Por una u otra razón, faltan de sus filas muchos de sus mejores guerreros, retenidos en insospechados lugares por hadas, nigromantes y extrañas aventuras. De noche, los centinelas, en vela, contemplan desde las torres las fogatas del campamento de Agramante, que rodea la ciudad por todas partes. También Orlando vela en su lecho, obsesionado por el amor de Angélica. Cree verla en sueños, danzando en una florida ribera... El héroe llora, teme que su Angélica corra peligro. Al fin, no pudiendo resistir por más tiempo la ausencia de su amada, se viste de hierro, monta en su caballo Brigliadoro, sale de la ciudad sin dar cuenta a nadie de su partida, y, envuelto en una capa sarracena que ha arrebatado a un enemigo, atraviesa el campamento de los sitiadores sin ser molestado.

Emprende entonces una desesperada búsqueda de Angélica, que se prolongará desde el otoño hasta la primavera, llena de aventuras y contrariedades. Recorre sin descanso el suelo de Francia, pero todos sus esfuerzos son en vano. Alcanza un buen día las costas de la Mancha y, mientras trata de descubrir un barquero que le cruce al otro lado, divisa una barquilla y, bogando en ella, una dama que le hace seña de que la aguarde. Así lo hace el caballero y, cuando la barca está tan cerca que la doncella puede oír su voz, le ruega que le lleve a la costa inglesa. La dama se pone en pie y le responde así:

—Ningún caballero subirá a mi embarcación sin antes prometerme por su honor que satisfará mi deseo, aceptando el combate más justo del mundo. Por lo tanto, señor, si de veras deseáis que os pase a la otra orilla, debéis jurarme que, antes de cuarenta días, iréis a uniros a las fuerzas que está reclutando el rey de Ibernia, en Irlanda, para destruir la isla de Ebuda, la más cruel de cuantas baña el mar. Sus habitantes, obedeciendo a una ley inhumana, recorren las costas apoderándose de cuantas mujeres encuentran para ofrecerlas como alimento a un voraz monstruo que sale cada día del mar solo para reclamar una nueva víctima. Si vuestro corazón conoce la piedad, juradme que iréis a unir vuestras fuerzas a los que se proponen poner fin a esta bárbara costumbre.

En cuanto Orlando escucha la narración de la doncella, se estremece y jura ser el primero en combatir contra los habitantes de Ebuda, temeroso de que su Angélica pueda morir también devorada por el monstruo. Este temor le hace cambiar de planes. Al día siguiente embarca en San Maló, con el propósito de acabar con aquella gente inicua. Pero un temporal espantoso que se prolonga durante cuatro días impide a la

nave alcanzar las blancas costas de Inglaterra, rechazándola hacia el litoral de Flandes. Al quinto día se calma el viento y el bajel entra en el puerto de Amberes. No tarda en extenderse la noticia de que el famoso Orlando se encuentra en la ciudad. Un venerable anciano solicita ser admitido a su presencia y, una vez delante del paladín, le dice con apremiante tono:

—Seguidme, caballero, pues una doncella en peligro reclama vuestros servicios.

Orlando deseaba partir cuanto antes en busca de Angélica, pero su generosidad sin límites le impide hacer oídos sordos a las súplicas de una dama. De modo que sigue al anciano hasta la entrada de un palacio, en cuya escalinata ya le está esperando una mujer vestida de luto. También las paredes de las estancias que el paladín atraviesa se hallan cubiertas de negros cortinajes: todo allí respira tristeza y desolación. La dama recibe al caballero con gran cortesía, le invita a sentarse y, con triste voz, le relata sus infortunios:

—Quiero que sepáis que soy Olimpia, hija del conde de Holanda, el cual tanto me amaba que nunca se opuso a mi menor capricho. Vivía feliz con mi padre y mis dos hermanos, hasta el día en que arribó a nuestro país Bireno, duque de Zelanda, que a la sazón se dirigía a Vizcaya para luchar contra los moros. Cuarenta días hubo de permanecer entre nosotros por culpa de una tormenta, durante los cuales ganó mi corazón con su apostura y sus inflamadas protestas de amor. Cuando se apaciguó el temporal, partió hacia su destino, pero antes me juró que regresaría en cuanto hubiera cumplido con su deber de guerrero y me tomaría por esposa. A los pocos días de su marcha llegó a Holanda un embajador de Cimosco, rey de Frisia, cuyas tierras están separadas de las nuestras por un río, con la misión de pedir mi mano para Arbante, único hijo varón de su señor. Pero yo, incapaz de romper el lazo que me unía ya a Bireno, me eché a los pies de mi padre, repitiendo una y otra vez que prefería morir a casarme con el heredero de Frisia. También entonces se rindió mi padre a mis deseos y denegó la petición a nuestro vecino.

»Esta respuesta hizo arder de rabia el pecho de Cimosco; inmediatamente nos declaró la guerra, en la cual ha perecido toda mi familia. Porque el rey de Frisia, sobre ser poderoso y astuto, cuenta con una arma terrible que no tuvieron los antiguos y aun hoy creo que solo él la posee. Consiste en un hierro hueco de más de dos brazas de longitud, en cuyo interior coloca ciertos polvos y una bola. Toca luego un pequeño resorte que se esconde en la parte posterior del tubo y éste expulsa la bola con el estrépito del trueno y tanta fuerza que hace saltar en pedazos cuanto encuentra a su paso. Gracias a este maléfico ingenio derrotó a nuestros ejércitos y dio muerte a mi padre y a mis dos pobres hermanos. Así me convertí, muy a mi pesar, en única heredera del condado de Holanda: entonces el rey de Frisia me ofreció la paz a cambio de que accediese a casarme con Arbante.

»Volví a negarme, no tanto por odio hacia Cimosco —y me sobraban razones para odiarle— como por amor hacia el ausente Bireno. Mis súbditos, hartos de sufrir por mi obstinación, se rebelaron y me entregaron a Cimosco con todas mis

posesiones. Viéndome perdida, fingí acceder a sus pretensiones, mas solo para ganar tiempo. Mientras se hacían los preparativos de la boda, llegaron a mis oídos las más terribles noticias: la flota de Bireno, que regresaba de Vizcaya para rescatarme de las garras del tirano, había sido derrotada por el rey de Frisia y mi amante hecho prisionero. Desesperada, tramé un plan con los dos únicos sirvientes fieles que me quedaban: envié a uno de ellos a Flandes en busca de una nave y al otro lo retuve a mi lado. El día de mi boda, escondí a mi cómplice tras las cortinas de mi lecho y cuando, después de la odiosa ceremonia nupcial, entré en la alcoba acompañada de mi esposo, siguiendo mis instrucciones le cortó la cabeza de un solo hachazo. Inmediatamente me descuelgo por el balcón hasta una barca que mi otro cómplice había enviado a esperarme, la barca me lleva al bajel y en éste parto hacia Flandes.

»Cuando Cimosco tuvo conocimiento de la muerte de su hijo, el dolor y la ira se apoderaron de él hasta el extremo de que incendió mi palacio y exterminó a cuantos le parecieron sospechosos de haberme ayudado. No dándose aún por satisfecho, quiere tomar venganza de mí: a tal fin me ha hecho saber que, si en el término de un año no me pongo en sus manos, hará perecer a Bireno entre los más crueles tormentos. ¡Ay, señor Orlando, si supierais cuánto he hecho para conseguir su libertad! He vendido mis joyas, mis vestidos, mis castillos... Pero todo —sobornos, dádivas, arriesgados planes—, todo ha sido en vano: Bireno sigue en su mazmorra. Por ello he decidido entregarme voluntariamente al rey de Frisia, pero para que éste, que es el más pérfido de los hombres, cumpla su palabra de liberar a Bireno una vez que me haya dado muerte, quiero que un caballero de fama me acompañe y le fuerce a mantener su promesa».

No quiere Orlando ni oír hablar del noble sacrificio de Olimpia: él solo se basta para poner en libertad al infeliz Bireno y acabar de una vez por todas con las maldades de Cimosco. Aquel mismo día parte con la dama hacia tierras de Holanda, ahora ocupadas por el rey de Frisia: deja a la doncella en un lugar seguro cercano a la frontera y se adentra solo en el país, hasta que llega a la ciudad en que, según sus noticias, se aloja el tirano. Allí, ante los muros, le desafía públicamente a espada y lanza bajo la condición de que, si le vence, deberá entregarle a Bireno sano y salvo.

Cimosco, que es un redomado traidor, finge aceptar el desafío, pero, temeroso de la fama de Orlando, le tiende una trampa. Ordena que treinta jinetes salgan de la ciudad por una puerta opuesta a aquella en la que se halla el paladín y se coloquen a su espalda. Poco a poco van rodeándolo: pretende cazar así al caballero como el pescador envuelve en su vasta red a los incautos peces. Tan confiado está en su añagaza que ni siquiera se acuerda del tubo de hierro.

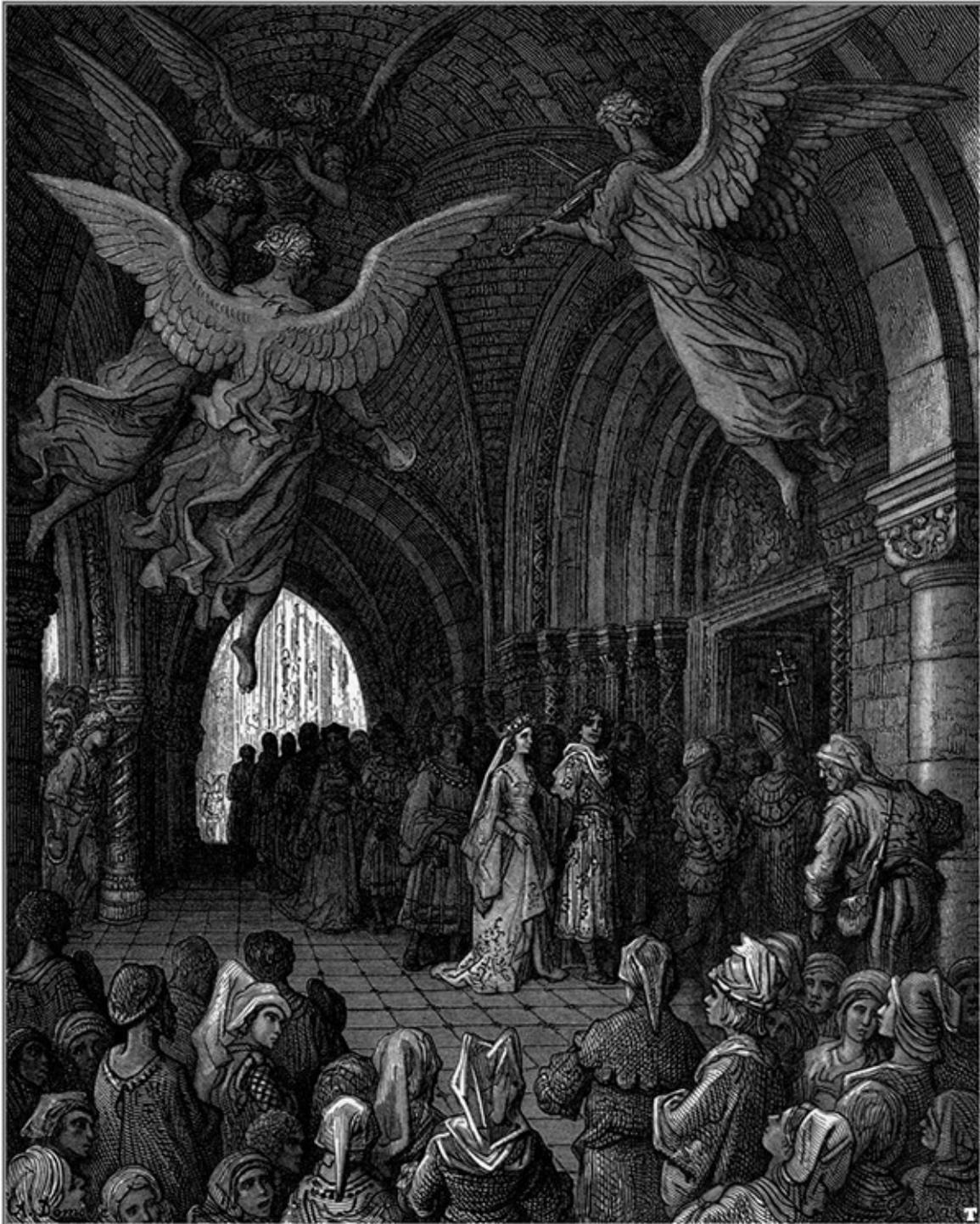
Mas no se deja cazar el paladín: en cuanto percibe el peligro que se le avecina, carga, lanza en ristre, contra sus enemigos, rompiendo el círculo. Con ímpetu incomparable atraviesa a uno y luego a otro y a otro con su lanza: hasta seis llegó a ensartar como ranas en un alambre y hubo de dejar fuera al séptimo porque la longitud del asta no daba para más. Después echó mano de la espada y acabó con el

resto.

Abandonado por los suyos, que huían a la desbandada, corrió el rey a la puerta y quiso alzar el puente levadizo para evitar que Orlando entrara en la plaza, pero no tuvo tiempo. Entonces dióse la vuelta y, abandonando el puente y las puertas, huyó en su velocísimo corcel hasta perderse de vista. Alcanzó al fin un lugar elevado y se apostó allí con el mortífero tubo de hierro que un siervo leal le había ido a buscar, como el cazador a la espera del jabalí.

Pronto aparece el paladín, galopando veloz: el rey le apunta y dispara contra él. Tiemblan las murallas, estremécese la tierra y los cielos parecen retumbar con el espantoso ruido. Pero sea por la prisa que llevaba el rey, sea porque su corazón, temblando como una hoja, hacía temblar también sus manos, sea porque la bondad divina no quiso que fuera destruido tan tempranamente su fiel campeón, el caso es que falló el tiro. El disparo mató al caballo, pero dejó ileso al caballero. De un salto se puso en pie y, abalanzándose sobre Cimosco, le partió la cabeza hasta el cuello.

En aquel mismo momento resuena por toda la ciudad un nuevo rumor de espadas y trompetas: el primo de Bireno acaba de entrar en ella con los refuerzos llegados de Zelanda para liberar al prisionero. Con la ayuda de Orlando derrotan completamente a los frisones y se dirigen luego a la prisión, echando sus puertas abajo y poniendo en libertad a Bireno.



Bodas de Olimpia y Bireno.

Faltóle tiempo a Orlando para enviar a buscar a Olimpia, cuya indescriptible alegría al verse reunida con su amado os podéis imaginar. No sabía cómo agradecer al paladín sus desinteresados servicios. Hizo entonces Orlando coronar a Olimpia soberana de Holanda, pero no quiso esperar a la ceremonia de la boda: ¡demasiado le inquietaba la suerte que podía correr Angélica! Se despidió de sus amigos y partió a toda prisa rumbo a las costas de Irlanda.

Y, cuando se hallaba ya en alta mar, alzó con ambas manos el terrible tubo de hierro de Cimosco, que se había llevado consigo, y lo arrojó por la borda a las

profundidades con estas palabras:

—Abominable invento, fabricado en los mismísimos infiernos por mano de Satán para que el más cobarde y ruin de los hombres sea capaz de destruir sin riesgo al mejor guerrero del mundo, ¡vuelve al abismo del que nunca debiste salir!



Capítulo seis

DOS PALADINES EN LA ISLA DE EBUDA

Dejamos a Rugiero en el reino de la bondadosa Logistila; allí se reunió al fin con la maga Melisa, su protectora, y el gentil Astolfo. También allí recuperó al hipogrifo y restituyó Rabicano a su legítimo dueño, Astolfo, pero la sabia Melisa, antes de volverle a confiar el alado corcel, le enseñó detalladamente el difícil arte de dominarlo. Desde aquel día vuela el hipogrifo obedeciendo la voluntad de su jinete y no la del mago Atlante.

Ansioso por reencontrar a Bradamante, se despidió Rugiero de sus amigos y partió sobre el alado animal en dirección a Occidente. Sobrevoló el Catay, la India, Persia, Rusia, Polonia, Prusia e Inglaterra. En aquel lugar contempló desde los aires cómo los ejércitos de la isla, bajo el mando de Rinaldo de Claromonte, se disponían a cruzar el canal de la Mancha para ir a reforzar las huestes de Carlomagno. No se detuvo allí el caballero y prosiguió su ruta hacia Poniente. Descubrió entonces la fabulosa y verde Irlanda: impelido por la curiosidad, descendió un tanto de las alturas para mejor contemplar sus bellas costas. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando, al pasar por encima de la terrible isla de Ebuda, vislumbró a la pobre Angélica, encadenada sobre un desnudo escollo!

Allí la habían sujetado aquella misma mañana los bárbaros habitantes de la isla del llanto, ofreciéndola al insaciable apetito de aquel monstruo que se conocía como la Orca Marina. ¡Desventurada Angélica, que en su huida por tierras francesas había llegado a las costas de Bretaña, en donde fue sorprendida y apresada por aquella gente sin escrúpulos! Allí estaba, pues, la bellísima doncella, tan desnuda como la naturaleza la formara: a punto estuvo Rugiero de tomarla por una estatua de alabastro, pero las lágrimas que derramaban sus ojos y el revoloteo de sus maravillosos cabellos sobre su frente le hicieron saber que se trataba de una mujer de carne y hueso. Y, al clavar sus ojos en los de la desdichada, la piedad y el amor se apoderaron de él a un tiempo.

—Mujer, ¿quién ha sido el malvado que te ha aprisionado de este modo? —preguntó, mientras dirigía el hipogrifo hacia ella.

Avergonzada por su desnudez y sin poder apenas reprimir los sollozos, empezó Angélica a responder con voz apenas perceptible, pero no pudo continuar. El gran estrépito que del mar surgía la hizo enmudecer.

Apareció entonces el enorme monstruo, con el cuerpo medio cubierto por la espuma del mar y bramando espantosamente; al ver a la pobre doncella en la roca, se lanzó, voraz, sobre ella para engullirla. No tardó en reaccionar Rugiero e,

interponiéndose entre Angélica y la Orca, comenzó a descargar golpes de lanza entre los ojos del animal.

Era la Orca el más extraño monstruo que os podáis imaginar: tenía el cuerpo como una masa informe que se agitaba y retorció sin parar; solo la cabeza, con sus ojos saltones y retorcidos colmillos, hacía pensar en un animal. De poco servían las lanzadas de Rugiero: hubiérase dicho que estaba golpeando un hierro o la más dura de las peñas. Viendo fracasado su primer intento, tomó impulso para un segundo ataque.

Entonces la Orca, al ver como la sombra de las alas del mágico corcel se movía sobre las olas, abandonó la presa segura que tenía en la roca y empezó a perseguir la dudosa, revolviéndose tras aquel espejismo, mientras Rugiero descendía hasta casi tocar con los pies el agua y la golpeaba una y otra vez.

La cola de la bestia sacudía el mar tan violentamente que el agua salpicaba la bóveda del cielo, de manera que, a veces, no sabía Rugiero si todavía se hallaba en el aire o si su corcel estaba nadando en el mar. Sintiéndose fatigado, resolvió al fin vencer al animal de otro modo: lo aniquilaría con el fulgor del escudo encantado que fuera del mago Atlante. Para asegurar el golpe, vuela hasta la costa y pone en el meñique de la doncella el anillo que deshacía los encantos, el cual, recordaréis, Bradamante había robado a Brunelo y luego lo había enviado a Rugiero por medio de la maga Melisa para rescatarlo del poder de Alcina. Quería, con él, proteger a la doncella de los efectos del escudo.

Vuelve luego a la Orca y, cuando la tiene delante, arranca el trapo de seda que cubre la superficie del broquel. ¡Hubierais dicho que un segundo sol aparecía en el cielo! La luz encantada hiere los ojos de la bestia, quitándole temporalmente el sentido. Mientras el monstruo flota con el vientre hacia arriba a merced de las olas, intenta Rugiero herirle, pero no lo consigue.



Comienza a descargar golpes de lanza entre los ojos del animal.

La hermosa mujer le ruega que se olvide del escamoso cuerpo y la desate antes de que la Orca se reanime y la engulla. Obedece Rugiero, la desata del escollo y la hace montar detrás de él, en la grupa del hipogrifo, emprendiendo raudamente el vuelo.

Una vez alcanzadas las costas de Bretaña, dirige su alado corcel a un bosquecillo de encinas, en medio del cual había una fuente. Allí hace descabalgarse a su bellísima acompañante, cuyos encantos de tal modo le han nublado la razón que ya no se acuerda de Bradamante. Cubre de apasionados besos los ojos y mejillas de la asustada doncella: luego arroja al suelo la lanza y escudo y con mano impaciente empieza a soltarse las piezas de su armadura. Angélica, al abatir, vergonzosa, la mira, descubre en su dedo el mágico anillo que tiempo atrás fuera suyo, puesto que la acompañó a Francia la primera vez que viajó a este país. Al contemplarlo en su mano, se llena de estupor y de alegría. Se lo quita del dedo rápidamente, introduciéndoselo en la boca y al instante se hace invisible. ¡Ya podía Rugiero buscarla por todos los rincones del bosque! Una y mil veces se maldecía por su

olvido y acusaba a la doncella de ingrata y descortés, pues de tal manera le pagaba la libertad recibida.

Y no acabaron aquí sus desdichas, pues cuando, cansado de abrazar el aire, trató de recuperar a su hipogrifo, se encontró con que éste había desaparecido del lugar, perdiéndose entre las nubes.

Angélica se alejó del lugar a toda prisa, y no cesó de andar hasta que encontró una espaciosa cueva, albergue de un anciano pastor. En su interior halló al fin descanso, alimentos y rústicos vestidos con los que cubrir su desnudez. Allí permaneció el día entero, lejos de las curiosas miradas de los hombres, hasta que, al caer la tarde, montó en una briosa mula que estaba pastando no lejos de la entrada de la cueva, y emprendió viaje hacia Levante.



Volvamos ahora al enamorado Orlando que, tras sepultar en lo más profundo del océano el arma infernal del rey de Frisia, seguía navegando con rumbo a la isla de Ebuda.

Pero cuanta más prisa tiene el caballero, tanta menos parece tener el viento: muy a pesar del paladín, la travesía se prolonga mucho más de lo esperado. Al fin la terrible isla se destaca en el horizonte. Dice entonces Orlando al piloto de la nave:

—Detente aquí y dame un bote, porque tengo intención de acercarme solo a los escollos. Necesito también para mi empresa el cabo más grueso y la mayor áncora que haya en el navío.

Tan pronto como tiene cuanto ha pedido, salta Orlando a su bote, dejando todas sus armas a bordo, salvo su espada. Apuntaba ya el alba cuando, remando vigorosamente, se acerca a las rocas lo suficiente como para descubrir a una mujer desnuda y atada a un tronco, cuyos pies bañan las olas del mar. No distingue su rostro a causa de la distancia y redobla sus esfuerzos para llegar cuanto antes a su lado. De pronto, oye un espantoso mugido procedente del mar que hace retumbar los bosques y las cuevas. Se hinchan las olas y aparece el monstruo, bajo cuyo cuerpo descomunal casi desaparecen las aguas.

No se arredra por ello el paladín; con enorme decisión, boga en su bote hasta colocarse entre la doncella y la Orca. Cuando el monstruo se acerca y descubre a Orlando en el esquife a muy corta distancia, tanto abre sus fauces para tragarlo que hubiera cabido en ellas un hombre a caballo. Penetra el héroe en la oscura caverna y, con mano firme, clava una punta del áncora en el paladar de la bestia y la otra en su blanda lengua, de manera que ya no pueda cerrar la boca. Una vez puesto aquel puntal, toma Orlando la espada y empieza a dar tajos a diestro y siniestro en las rojas paredes del carnosos antro. Vencida por el dolor, la Orca se debate y tan pronto se lanza fuera del agua, mostrando sus flancos y escamoso lomo, como se sumerge y

con su vientre remueve la arena del fondo.

Al verse bajo el mar, el caballero de Francia opta por salir a nado de la bestia. Deja el áncora clavada en la boca del monstruo y toma la punta del cabo que la sujeta. Pronto alcanza la costa y, una vez allí, empieza a tirar del cable con tal fuerza que no tarda en sacar del agua la terrible Orca, retorciéndose de dolor. Tanta sangre mana de sus fauces heridas que las olas se tiñen de rojo, hasta que, derrotada por la fuerza y el ingenio de Orlando, muere sobre la arena con un último estertor.

El caballero, abandonando tras de sí el monstruo, se lanzó a liberar a la doncella que estaba atada al tronco. Y he aquí que, al acercarse a ella, le pareció que su rostro no le resultaba desconocido. No, no era Angélica, como en un primer momento se temiera, sino la infeliz Olimpia, cuyas desdichas no habían terminado aún. También ella reconoció a su salvador y, en cuanto el paladín le hubo quitado las cadenas, se arrojó a sus pies hecha un mar de lágrimas. Orlando la levantó gentilmente y, manteniendo los ojos clavados en el suelo para no herir el pudor de la desnuda muchacha, le preguntó cómo había ido a parar a la isla del llanto, después de que él la dejara próspera y feliz en tierras de Holanda.

—No sé si debo daros las gracias —dice ella—, por haberme librado de la muerte, pues con ella hubiesen concluido para siempre mis desdichas.

Contóle luego como Bireno, duque de Zelanda, por cuyo amor tantos sufrimientos había arrostrado, resultó muy poco digno de su afecto; apenas liberado, puso los ojos en una jovencuela, hija del malvado Cimosco, y, pretextando hipócritamente sentimientos de piedad para con la familia del vencido, fingió querer casarla con su propio hermano. Con tales argumentos postergó de momento su matrimonio con Olimpia e hizo fletar una nave para conducir a la jovencita a Zelanda. Partieron los tres en ella y, durante la travesía, el malvado Bireno abandonó a Olimpia, mientras dormía, en una isla desierta. Allí la encontraron y raptaron los bárbaros piratas de la isla de Ebuda, destinándola a ser sacrificada a la terrible Orca.

En este punto la narración de Olimpia fue interrumpida por una tremenda lluvia de piedras y palos que empezó a caer sobre Orlando y la dama. Eran los habitantes de la isla de Ebuda que, poseídos por un supersticioso temor, pretendían vengar de este modo la muerte de la Orca. Mucho se maravilló el paladín de recibir injurias por su hazaña cuando esperaba muestras de agradecimiento. Puso a Olimpia en un lugar seguro detrás de una gran roca y se lanzó contra aquella chusma blandiendo su Durindana. Pronto hubo matado a treinta y, cuando se disponía a dar cuenta del resto, un nuevo griterío, procedente del interior de la isla, suspendió por unos instantes la batalla. Mientras Orlando estaba despachando a los más osados de entre los isleños, en un lugar cercano de la costa habían desembarcado las fuerzas que mandaba Oberto, rey de Ibernia, destruyendo a hierro y fuego los poblados de aquella gentuza inhumana. Entre el paladín y los irlandeses no dejaron muro en pie ni ebudense vivo.

El rey de Ibernia reconoció en seguida a Orlando, a pesar de que el francés se hallaba teñido de pies a cabeza de sangre del monstruo: tenía Oberto en gran estima

desde los días en que ambos habían sido compañeros de armas en la corte de Francia. Más tarde, al morir su padre, hubo el de Ibernia de regresar a su patria para ceñir la corona. Orlando le abrazó, lleno de gozo, y le presentó a Olimpia, narrándole detalladamente cuanto había sufrido la pobre muchacha por el amor de Bireno y la vil traición de que había sido objeto. Y, mientras hablaba, los serenos ojos de Olimpia se llenaron de lágrimas.

Su incomparable belleza, unida a la historia de sus desdichas, inflamó de tal modo el corazón de Oberto que, sin pensarlo dos veces, prometió a Olimpia devolverla a Holanda y no separarse de su lado hasta haber tomado cumplida venganza del perjuro Bireno. Si ella quería entonces aceptarlo como esposo, él se sentiría muy honrado convirtiéndola en reina de Ibernia. Accedió Olimpia, impresionada por la nobleza de sentimientos de Oberto, y la recién formada pareja partió hacia Irlanda, acompañada de Orlando.

Apenas permaneció el paladín un día en la verde isla: a pesar de los ruegos de sus amigos, regresó a Francia en el primer buque que tuvo a su disposición, para continuar la inacabable búsqueda de Angélica. Oberto, fiel a lo prometido, aliándose con los reyes de Inglaterra y Escocia, devolvió a Olimpia el condado de Holanda y el reino de Frisia, invadiendo luego Zelanda. Allí dio muerte a Bireno con sus propias manos. Una vez cumplida su promesa, se casó con la doncella y la hizo coronar reina de Ibernia con todos los honores.

Y así desaparece Olimpia de nuestra historia.



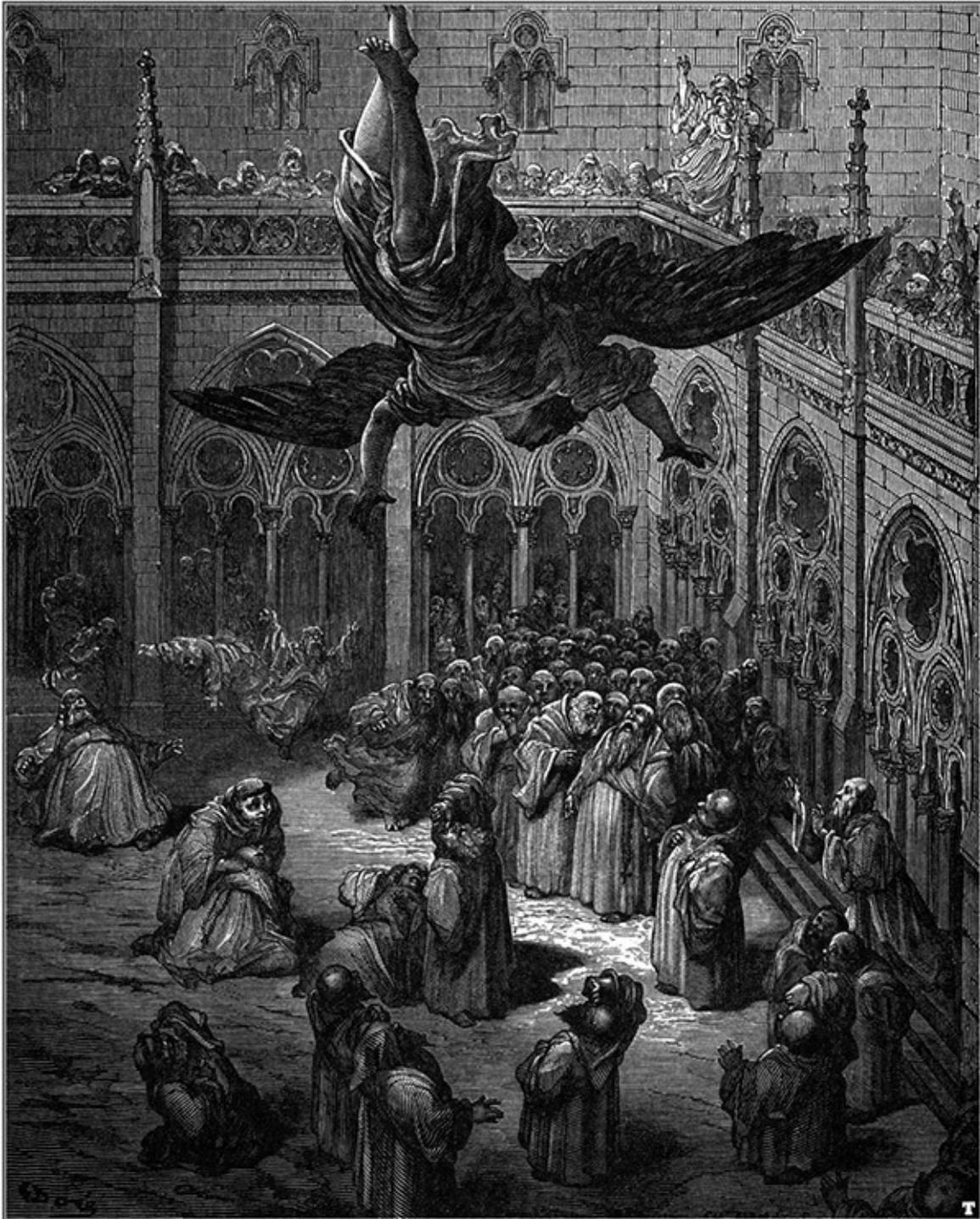
Capítulo siete

LOS SARRACENOS ATACAN PARIS

Mucho se prolonga ya el sitio de París: los sarracenos están nerviosos, esperando la ocasión propicia para dar el asalto definitivo. No lo está menos Carlomagno, el buen emperador cristiano, cuyos mejores paladines se hallan dispersos por el mundo en pos de amores esquivos y peligrosas aventuras: Orlando, tras las huellas de Angélica; Bradamante, persiguiendo a Rugiero; Astolfo... quién sabe dónde.

Cuando el rey sarraceno Agramante recibe la noticia de que los ejércitos ingleses han cruzado el canal de la Mancha, decide no esperar más. Enfebrecido, empieza a dar órdenes para que al día siguiente pueda iniciarse el asalto definitivo. La actividad en el campamento es febril: se engrasan las máquinas de guerra, se aprontan flechas, escaleras y maderos; hombres y animales se preparan para el combate.

Con los soldados que tiene a su lado, no se atreve Carlomagno a salir de los muros de la ciudad. Ante la evidencia del asalto inminente y como hombre piadoso que es, se dirige a Dios para pedirle ayuda en el difícil trance: ¿Qué dirán los paganos del poder divino si las fuerzas cristianas son derrotadas por los infieles? Ríndese el Señor ante los argumentos del emperador Carlos y, en su infinita sabiduría, envía a la tierra al arcángel Miguel con el encargo de buscar al Silencio y hacer de él un aliado de los francos. El arcángel obedece y completa la orden recibida: el Silencio acompañará a los refuerzos que, bajo el mando de Rinaldo, se dirigen desde Inglaterra a París, y la Discordia sembrará desavenencias entre los hombres de Agramante.



Envía a la tierra al arcángel Miguel...

Al rayar el alba del temido día, las trompetas sarracenas dan la señal de empezar el ataque. Los escuadrones de los infieles se aproximan hasta el pie de los muros en tupida formación; allí apoyan sus escaleras y comienzan a trepar. No cogen desprevenidos a los cristianos, los cuales derraman sobre los atacantes una lluvia de piedras, de pez y aceite hirviendo, de teas encendidas. Indecisa está la suerte: mientras unos no cesan de intentar la escalada, los otros se defienden bravamente y no permiten que ningún guerrero sarraceno ponga el pie en la cima de la muralla.

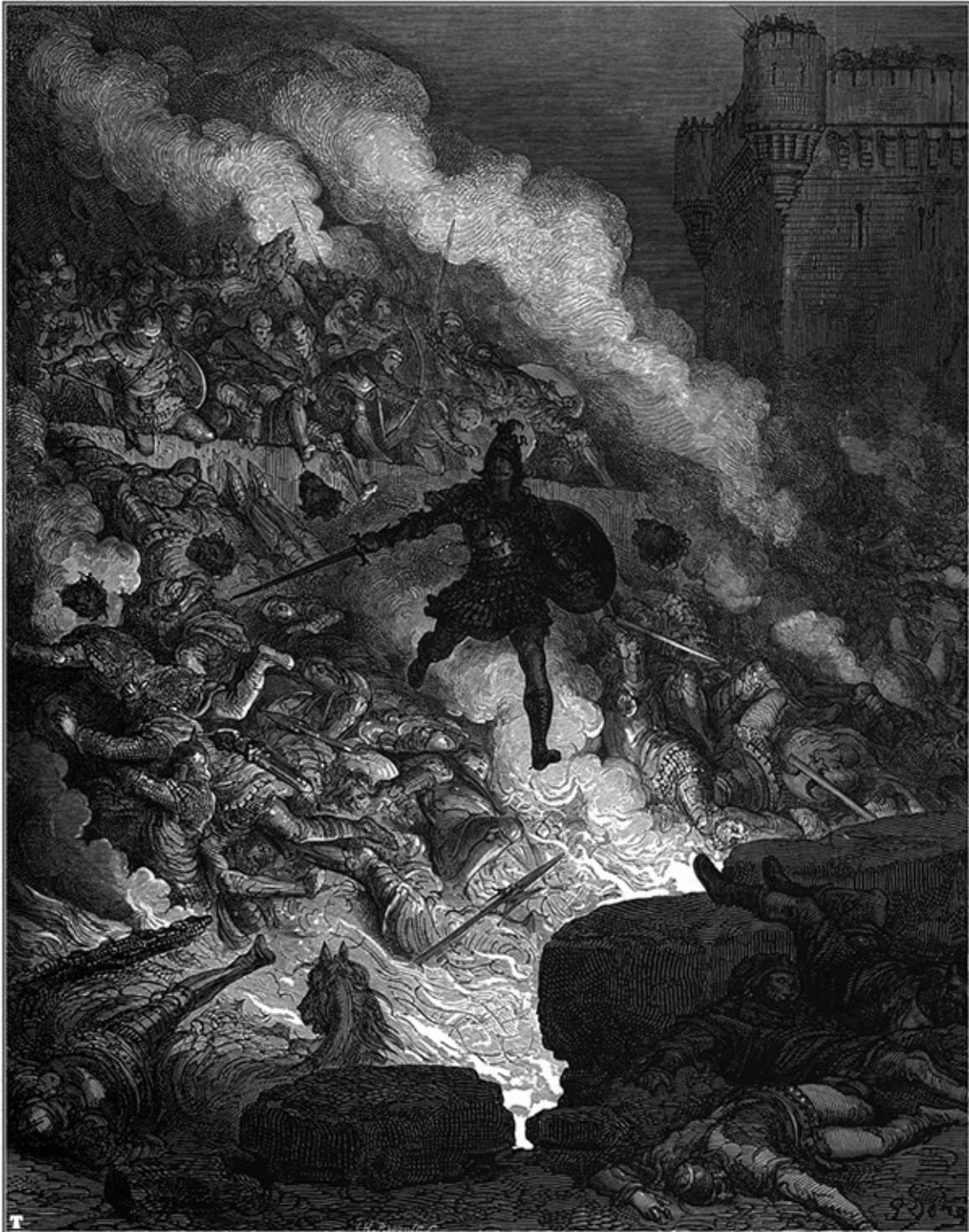
De pronto, un soldado descomunal se abre paso entre las tropas sarracenas: toma

impulso y atraviesa el foso que rodea la ciudad, levantando una lluvia de agua y fuego. No se detiene, sin embargo, en el pie de la muralla, sino que, con una ligereza increíble en un hombre de su tamaño, sube por la pared como una hormiga hasta alcanzar las almenas. Allí, a sablazos, hace trizas a todo cristiano que pretende oponerse a su avance.

Es Rodomonte, rey de Argelia y Sarza, descendiente de Nemrod, el altanero constructor de la torre de Babel. Viste una armadura de relucientes escamas de dragón que perteneció a su antepasado. Con puño firme agita un estandarte en el que hábiles manos bordaron una grácil dama que mantiene sujeto a un león, emblema del amor que el fiero Rodomonte siente por Doralice, cuya mano le ha sido prometida por el padre de la muchacha, el rey de Granada.

Rodomonte abre paso al tropel de sarracenos, que acaban por alcanzar la cima del muro. Pero allí se encuentran con una segunda línea de defensas con la que no contaban: al otro lado de la muralla se abre un nuevo foso rodeado por un segundo terraplén. Las fuerzas sarracenas se despliegan por el foso del interior tratando de remontar el terraplén y alcanzar la ciudad, pero esta vez se ven encerrados en una astuta trampa que los cristianos les han tendido. Los defensores de París, retirándose del muro, prenden fuego a unas mechas de azufre y salitre que hacen arder una serie de haces de leña untados de pez y dispuestos en torno al foso. Las llamas forman una cortina infranqueable que protege la ciudad y contra la que se estrella el avance sarraceno.

Solo Rodomonte, que todavía no ha descendido de lo alto del muro, no se arredra ante el fuego: de un salto increíble atraviesa el segundo foso y el terraplén que lo circunda, pasando por encima de las llamas sin apenas rozarlas. Blandiendo su terrible espada, se lanza en solitario a la conquista de París, sin preocuparse de los once mil veintiocho sarracenos que le seguían y que han quedado encerrados en el foso, donde las flechas de los cristianos y las llamas dan cuenta de todos ellos.



Solo Rodomonte no se arredra ante el fuego.

Recorre Rodomonte las calles de la ciudad, y por donde pasa siembra la muerte y la destrucción: lanza teas encendidas a los tejados de madera de las casas, que no tardan en arder, y hace pedazos a cuantos salen a su encuentro. Alcanza así el palacio real, dentro de cuyas fuertes murallas han buscado refugio los aterrorizados ciudadanos. Desde techos y ventanas arrojan tejas, piedras y maderos sobre el asaltante, sin que por ello se acobarde o eche atrás Rodomonte.

Mientras tanto se acercan a París las fuerzas que desde Inglaterra acuden a luchar

al lado de los francos: son ingleses, escoceses e irlandeses que se han puesto a las órdenes de Rinaldo. Por voluntad divina el discreto Silencio les ha acompañado en su viaje, evitando que los sarracenos se aperciban de su proximidad. Cuando rodean y asaltan el campamento de Agramante desde tres frentes a la vez, el temor y la confusión invaden el ánimo de los infieles.

Carlomagno, que está combatiendo en una de las puertas de París contra el escuadrón que manda personalmente el rey Agramante, no conoce todavía la llegada de Rinaldo. En cambio, un asustado mensajero le cuenta los estragos que Rodomonte está causando dentro de la ciudad.

Se lanza el emperador en dirección al palacio real, seguido por ocho de sus mejores paladines y un tropel de soldados cristianos. En el camino se les unen cuantos fugitivos encuentran a su paso y, cuando llegan al lugar del combate, son ya una ingente masa humana, que hace reflexionar al infatigable Rodomonte. Hasta el momento el pagano no ha recibido ni el más leve rasguño, pero desconfía de la nueva situación. Tal vez se han juntado demasiados enemigos para un hombre solo, aunque este hombre sea Rodomonte.

Abriéndose camino a través de un escuadrón de ingleses, alcanza el sarraceno la orilla del Sena, en el que se zambulle, emprendiendo una huida a nado. Cuando sale del agua en la otra orilla, lamenta haber dejado la ciudad tras de sí sin arrasarla hasta sus cimientos. Resignado, regresa al campamento sarraceno, solo para constatar que, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, la suerte del día ha sido aciaga para los moros. Agramante opta por replegarse a sus cuarteles y confiar en la llegada de nuevos refuerzos.

Capítulo ocho

MANDRICARDO Y DORALICE

Era Mandricardo, rey de Tartaria, uno de los mejores guerreros con que los sarracenos contaban y, sin embargo, no combatió en el fracasado ataque a la ciudad de París. Pocos días antes de la acción había abandonado el campamento de Agramante, lanzándose en pos de un sueño que le obsesionaba: la conquista de la espada Durindana que fuera de Héctor, el príncipe troyano, y ahora pertenecía a Orlando. Estaba dispuesto a recorrer toda Francia, si era preciso, para dar con el arma famosa y a luchar hasta el fin para hacerla suya. No contaba, sin embargo, con la intervención de la Discordia, enviada por el arcángel Miguel para debilitar a los moros.

En un verde prado, a orillas de un río, encontró un campamento, en medio del cual se alzaba una suntuosa tienda custodiada por un puñado de hombres armados. Preguntóles Mandricardo quiénes eran y ellos le contestaron que formaban parte del cortejo que acompañaba a Doralice, la hija del rey de Granada, prometida de Rodomonte. Entonces el altanero paladín de Tartaria quiso probar si aquella tropa defendía a la princesa bien o mal y les dijo:

—Imagino que la tal dama será hermosa. Acompañadme hasta ella o traedla a mi presencia, pues no pienso proseguir mi viaje hasta haber satisfecho mi curiosidad en este punto.

Los guardianes de Doralice le respondieron con risas: ¡solamente un loco podría hablar con tal desfachatez! No se mostró paciente Mandricardo: sin darles tiempo a ponerse en guardia, embistiólos con su lanza y en un abrir y cerrar de ojos dio muerte a dos tercios de la tropa granadina.

El tercio restante desapareció del lugar a todo correr. Y cuando el tártaro vio libre de guardianes la entrada de la tienda, avanzó con paso firme entre los montones de cuerpos ensangrentados hasta plantarse delante de Doralice.

Al ver a aquel gigantón de oscura frente y sucio de sangre de pies a cabeza, la princesa de Granada lanzó un grito de pavor, temiendo por su propia vida y por la de los ancianos y las doncellas que la acompañaban. Mas en cuanto Mandricardo contempló aquel rostro que no tenía parangón en toda España, amansose su furia y dudó si se hallaba en el cielo o en la tierra. Con rudas palabras, trató de ahuyentar de ella el miedo, mientras despedía a cajas destempladas a sus siervos y damas, enviándolos de nuevo a Granada.

—Conmigo tiene guarda suficiente. De ahora en adelante, yo seré su guía y su defensor y no ha de faltarle nada.

No se lo hicieron repetir los del séquito y en unos instantes dejaron solos a Mandricardo y a la bella Doralice. El caballero la hizo montar en un corcel escocés y juntos emprendieron viaje. Mientras cabalgaba a su lado, seguía consolándola el tártaro: le contó como la había amado desde el primer día en que oyó alabar su belleza por la Fama y que había abandonado su reino de Tartaria, no por conocer España y Francia, sino por contemplar sus mejillas incomparables.

—Si el que ama debe ser amado —argumentó—, merezco tu amor, porque te adoro. Si atiendes a la estirpe, ¿a quién encontrarás de mejor linaje que yo, que nací de Agricano? Si para ti cuentan algo las riquezas, ¿quién hay más rico que yo? Si el valor es capaz de conmoverte, acabas de ver de qué hazañas soy capaz.

Estas palabras y otras parecidas que Amor pone en boca de Mandricardo, van dulcemente a consolar el corazón de la doncella. Cesa el temor y pronto empieza ella a prestar amable oído al paladín y a responderle cortésmente. Poco a poco va cediendo a las ardientes palabras del tártaro y, antes de la puesta del sol, le ama ya de todo corazón. ¿Qué dirá Rodomonte cuando se entere de que su compañero de armas le ha quitado a su prometida? La Discordia sonríe satisfecha.



Después de la aventura de la Orca en la que por segunda vez socorrió a la holandesa Olimpia, prosigue Orlando su búsqueda infatigable por tierras de Francia: desde que desembarcó en Bretaña, ha vivido innumerables aventuras, pero sigue sin tener noticia de Angélica. Destrozó las huestes sarracenas de Alzirdo y Manilardo; rescató a la bondadosa Isabela, princesa de Galicia, la cual, aunque mahometana, se había enamorado en un torneo de Zerbino, caballero cristiano y escocés, y, de acuerdo con él, se había fugado del palacio de su padre con el propósito de convertirse al cristianismo y casarse con su amado; después de múltiples avatares, había caído en manos de una banda de desalmados que se proponían venderla como esclava al Sultán de Persia; de sus manos la había arrancado Orlando, tras causar estragos entre los salteadores. Cuando Orlando e Isabela encontraron al fin a Zerbino, éste estaba a punto de ser ajusticiado, víctima de una falsa acusación de asesinato. No tardó Orlando en resolver la difícil situación: por lo menos ochenta malandrines fueron despedazados por Durindana, pero Zerbino recobró la libertad y pudo reunirse con Isabela.

Un buen día en que, un tanto fatigado, se encontraba Orlando cabalgando por un bosque, topó con un jinete pagano que viajaba acompañado de una bella dama. Eran Mandricardo y Doralice que se encaminaban al campamento de Agramante. El Amor no había cegado a Mandricardo hasta el extremo de que se olvidara de Durindana: cuando la reconoció colgada del cinto de Orlando, con altivas palabras la reclamó, conminando al paladín a defenderla en un duelo a muerte.

Orlando, que es la flor de la cortesía, accede a la batalla, pero renuncia a empuñar en el duelo la espada invencible y la cuelga de un árbol. Las lanzas de los dos guerreros se convierten en astillas al primer encuentro; con los restos que en las manos les han quedado, siguen ambos contendientes golpeándose con saña, como dos campesinos que se aporrean por fijar los linderos de sus campos. Cuando se hartan de los palos, recurren a los puños y acaban abrazados en una furiosa lucha cuerpo a cuerpo.

Mandricardo atenaza a su rival por el pecho e intenta derribarlo de la silla; teniendo las manos ocupadas, se ha visto obligado a soltar la brida de su corcel. Orlando consigue liberar una mano y astutamente arranca del caballo de su adversario cabestro, brida y freno. No cesa Mandricardo en su empeño de hacer caer al cristiano y con su enorme fuerza lo alza en vilo con montura y estribos. En este momento la cincha de la silla de Orlando se rompe y el héroe cae rodando bajo las patas de su caballo. Pero de poco le sirve su hazaña al tártaro, pues su montura, que ya no siente el freno en la boca, se lanza al galope por el bosque en una loca carrera, llevándose consigo a su jinete. No se queda atrás Doralice, que sigue a su enamorado a toda prisa en su pequeño corcel.

Dejemos de momento a Mandricardo y a su amada galopando por el bosque sin rumbo fijo y a Orlando que se levanta y trata de reparar la cincha de su caballo, para regresar a los alrededores de París.

Capítulo nueve

MEDORO Y ANGÉLICA

A pesar de las hazañas de Rodomonte, la suerte del asalto a París fue contraria a los moros, que perdieron en la acción ochenta mil hombres. Entre los caídos estaba el más joven de sus caudillos, el valiente Dardinelo, hijo de Almonte, al que Rinaldo había dado muerte. Durante la noche que sigue a la contienda, el campamento sarraceno se llena de lágrimas por las víctimas del infortunado día en que unos perdieron a su padre, otros a sus hijos o hermanos, quienes a sus amigos de la infancia, quienes a sus admirados jefes.

Había entre los moros dos soldados del regimiento de Dardinelo llamados Cloridano y Medoro a los que unía una estrecha amistad. Cloridano, que había pasado toda su vida cazando, era de cuerpo ágil, y robusto; Medoro tenía la piel sonrosada como un niño y el rostro más hermoso de cuantos servían bajo el mando supremo de Agramante. Con sus negros ojos y su cabello dorado, más parecía un ángel que un ser humano.

Aquella noche se hallaban ambos montando guardia en el campamento, y Medoro lloraba tristemente, recordando a su señor. La idea de que el cuerpo del pobre Dardinelo pudiera ser pasto de los lobos y las aves de rapiña le atormentaba tanto que propuso a su compañero ir a buscarlo y darle sepultura: Cloridano aceptó y, cuando fueron relevados de sus puestos de vigilancia, partieron en busca del cadáver.

Dejan atrás fosos y estacadas y no tardan en encontrarse en el campamento cristiano. Allí duermen todos apaciblemente con las hogueras apagadas, sin temor alguno a los sarracenos después de la victoria del día anterior. Detúvose Cloridano y dijo a su compañero:

—No me gusta desaprovechar las ocasiones. ¿No debo acaso acabar con esta gentuza que ha matado a mi señor? Pon tú atención, no sea que nos sorprendan desprevenidos, y yo te abriré camino con la punta de mi espada.

Y, con la fiereza de un tigre, empezó una espantosa carnicería hasta que, cansado de matar, se unió otra vez a Medoro y juntos se encaminaron al campo de batalla, donde entre espadas y arcos, lanzas y escudos, yacían en un lago de sangre pobres y ricos, reyes y vasallos. Aquella horrible confusión de cuerpos que cubría la llanura hubiera prolongado la búsqueda de los dos amigos hasta la madrugada si la luna, atendiendo a las súplicas de Medoro, no hubiese mostrado su faz luminosa entre las nubes.

Pronto reconocieron el cuerpo de Dardinelo, gracias a su inconfundible escudo blanco y rojo. Acercóse Medoro a su señor y le bañó el rostro con sus lágrimas,

intentando al mismo tiempo sofocar sus sollozos por miedo a que los cristianos lo cogieran, impidiéndole cumplir con su piadosa misión. Levantaron el cadáver y lo colocaron sobre sus hombros, compartiendo el peso entre los dos.

Iban ambos apretando el paso cuanto podían bajo el peso de la amada carga. Mientras tanto Zerbino, el caballero escocés que Orlando salvara de la muerte y que había pasado toda la noche persiguiendo a los moros, regresaba al campamento al rayar el día con un puñado de soldados. Los hombres de Zerbino divisaron a lo lejos a los dos amigos.

—Hermano —dijo Cloridano a Medoro—, nos han descubierto: soltemos la carga y echemos a correr, pues no sería sensato que dos vivos se perdieran por salvar a un muerto.

Y dejó caer el cuerpo, pensando que Medoro haría lo mismo, pero éste, más abnegado, lo mantuvo sobre sus espaldas. Cloridano huyó, y al verlo huir, los soldados de Zerbino tuvieron la certeza de que se trataba de gente enemiga y se dispusieron a hacerlos rendir o matarlos. Con gran presteza se desplegaron, cerrándoles todos los pasos.

Había en aquel lugar una selva antigua tan poblada de frondosas plantas y tupidos árboles que parecía un laberinto de retorcidos senderos, donde solo las bestias osaban introducirse. En ella se metieron los dos amigos, confiando en ocultarse entre la maleza.

Medoro, agobiado por el pesado cuerpo que sobre sus espaldas llevaba, se extravió entre los zarzales, mientras Cloridano, mucho más veloz, pronto hubo alcanzado un lugar seguro en el que no se oía el estrépito de sus perseguidores. Mas cuando advirtió que había perdido a Medoro, le pareció que había dejado atrás su propio corazón.

—¿Cómo pude ser tan negligente? —se decía—. ¿Cómo pude ser tan loco que me aparté de él, dejándolo en un lugar que ignoro?

Así diciendo, volvió sobre sus pasos, internándose otra vez en la selva, hasta que oyó de nuevo las pisadas de los caballos y los gritos amenazadores de la tropa enemiga. Reconoció al fin la voz de Medoro y lo encontró solo y a pie, rodeado de más de cien soldados a caballo. El infeliz muchacho daba vueltas como un torno y trataba de ponerse a salvo de sus atacantes detrás de los troncos de las encinas, de los olmos y de los álamos, pero sin abandonar el cuerpo de Dardinelo. Agotado, no tuvo más remedio que dejarlo caer para continuar defendiéndose.

Cloridano, que no sabía cómo ayudarlo, puso en su arco una aguda flecha y sin dejar su escondrijo, disparó, atravesando el cerebro a un escocés, que cayó muerto de la silla. Se volvieron todos hacia el lugar del que había partido la mortífera saeta, mientras el sarraceno enviaba otra que tumbaba a un segundo jinete. No tuvo más paciencia Zerbino y, enfurecido, se acercó a Medoro para vengar en él la muerte de sus hombres. Agarrólo con fuerza por sus dorados cabellos, mas al contemplar su hermoso rostro, sintió piedad y no lo mató.

El joven se lanzó entonces a sus pies, diciendo:

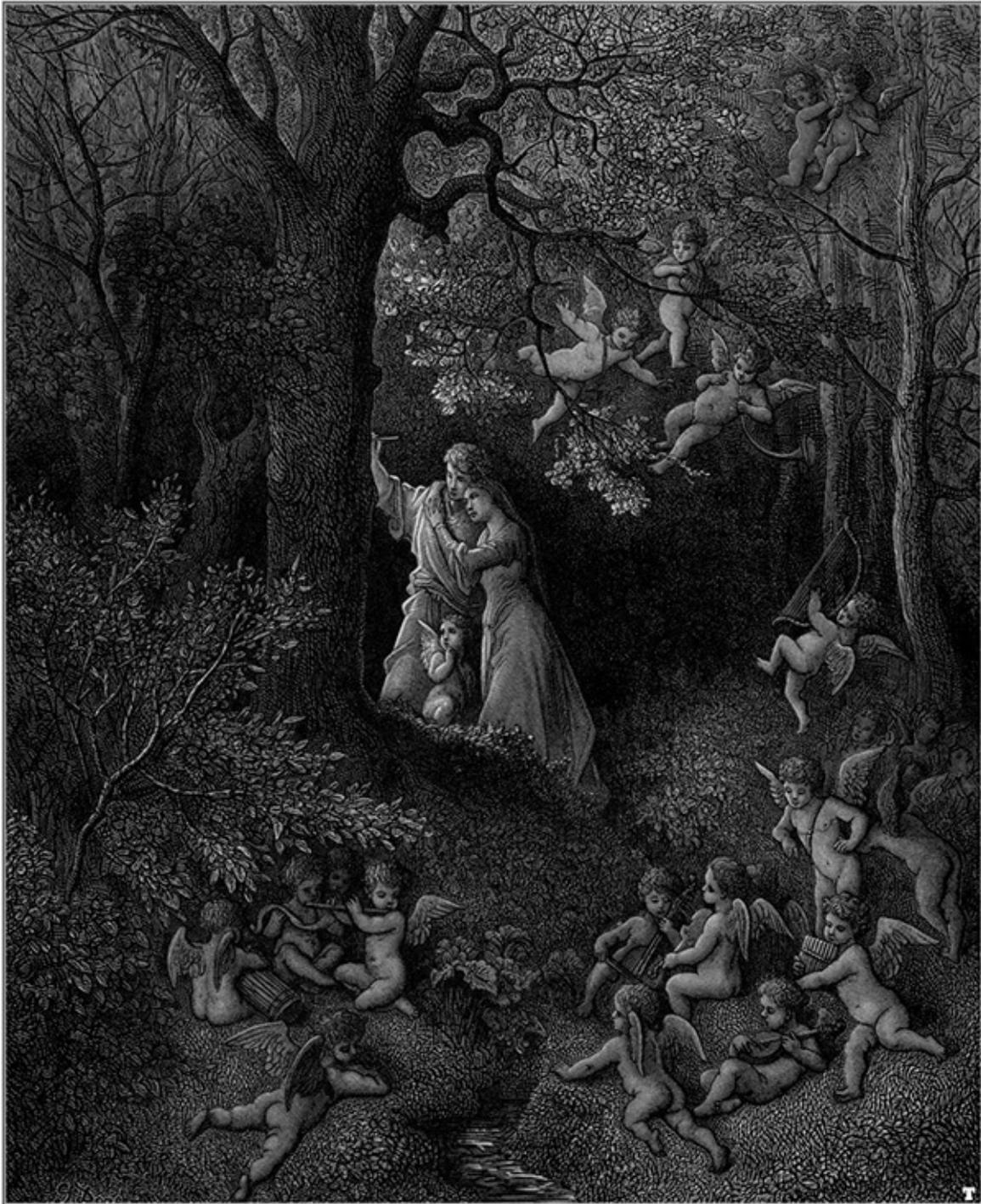
—Caballero, por tu Dios, no seas tan cruel que me prohíbas enterrar el cuerpo de mi rey. Cuando haya cumplido con este piadoso deber, puedes matarme, que la vida poco me importa.

Tales palabras tocaron el corazón de Zerbino, llenándolo de compasión hacia el abnegado joven. Pero en aquel momento, un soldado brutal, sin mostrar respeto alguno a su señor, hirió con la lanza el delicado pecho del suplicante. Volvióse Zerbino contra él para castigarle, mas Cloridano, que había visto caer a Medoro, salió del bosque dispuesto a enfrentarse con la tropa cristiana: lleno de rabia, arrojó al suelo arco y flechas y se abalanzó sobre sus enemigos blandiendo la espada, más por morir que por vengarse. No tardó en teñir de rojo la tierra con su fogosa sangre. Sintióse sin fuerzas, se desplomó al lado de Medoro.

Los escoceses abandonaron el bosque detrás de su jefe, dejando tendidos a los dos sarracenos, muerto uno y el otro apenas vivo.



Pasa el joven Medoro largo rato desangrándose en el suelo y hubiese muerto como su compañero de no haber llegado alguien a auxiliarlo. Es una doncella la que se acerca a él, vestida como una pastora, pero de real presencia y maravilloso rostro. Ya habréis adivinado que se trata de Angélica, la altanera hija del Gran Khan de Catay, poseedora del mágico anillo que Rugiero incautamente le confiara. Había tenido a sus pies a los mejores caballeros de la cristiandad y de la morería, pero ella, en su arrogancia, los despreció a todos. No quiso Amor soportar por más tiempo tanta altanería y se apostó cerca del lugar en que yacía Medoro, con una flecha en el arco.



Escriben mil veces sus nombres enlazados.

Cuando Angélica descubre al jovencito herido, casi en brazos de la muerte, una insólita piedad le invade el pecho. Trata entonces de recordar los secretos de la medicina que en la India son herencia que se transmite de padres a hijos. Y se acuerda de que en cierto prado que acaba de atravesar ha visto una planta de tales virtudes que basta aplicarla sobre una herida para que ésta se restañe y la sangre deje de manar.

Corre a buscarla y regresa al lado de Medoro. Por el camino encuentra a un pastor que andaba persiguiendo a una ternera. Angélica le pide insistentemente que la

acompañe, a lo que accede el hombre, y cuando llegan al lado del herido, machaca con dos piedras las hojas de la planta y extiende su jugo sobre las heridas que el joven tenía en el pecho, vientre y muslos. Tal poder poseía aquel licor que al instante las heridas se cierran y empieza a regresar el vigor a los miembros de Medoro.

Lo ponen sobre el mulo del pastor, pero no consiente el muchacho en partir del lugar hasta que Dardinelo y Cloridano hayan recibido sepultura. Angélica y el pastor cumplen su deseo del mejor modo que pueden y con sus propias manos entierran los dos jóvenes cuerpos. La nobleza de sentimientos de Medoro, unida a su hermosura, tanto impresionan a la doncella que acaba por enamorarse perdidamente de él. ¡Oh, conde Orlando, oh, Rinaldo de Claromonte, oh, Ferrau y rey de Circasia! ¿De qué os sirvieron vuestro valor y vuestra fama? Un pobre soldado herido fue capaz, sin proponérselo, de conmover el corazón que vuestras proezas y arrojo dejaron indiferente.

Lleva el pastor a Medoro a la cabaña que en el bosque tenía, entre dos montes, y en la que habitaba con su familia. Allí Angélica cuida del herido con tanta solicitud que pronto sana completamente. El joven, tan deslumbrado por la belleza de Angélica como conmovido por su piedad, no tarda en pagar el amor de su enfermera con el suyo, no menos apasionado y devoto. Tanto se aman ya los dos que no pueden esperar por más tiempo y allí mismo, en aquella humilde cabaña, se unen en matrimonio sin ceremonias ni fastos. Pasan juntos un mes de felicidad completa, durante el cual no se separan ni de día ni de noche, y en sus inacabables paseos por el bosque escriben mil veces sus nombres entrelazados sobre los troncos de los árboles y las paredes rocosas, dejando así testimonio perdurable de su pasión en aquel lugar frondoso.

Al fin decide Angélica regresar a Catay, su patria, y allí coronar a Medoro rey del país. Antes de partir, agradece a los pastores que les acogieron su generosa hospitalidad y les regala un maravilloso brazalete de oro y pedrería que Orlando le había dado tiempo atrás. Parten juntos en dirección a España con el propósito de embarcar en el puerto de Barcelona o el de Valencia en alguna nave que les conduzca a tierras de Oriente. Sin embargo, a su llegada a las costas de Cataluña les esperaba una extraña sorpresa de la que daremos cuenta más adelante.

Capítulo diez

EL LANCE DEL CASTILLO DE PINABELO

Gracias, una vez más, a los buenos oficios del hada Melisa, Rugiero y Bradamante volvieron a reunirse. Para evitar más separaciones, acordaron ambos jóvenes dirigirse a la abadía de Vallombrosa: allí Rugiero sería bautizado y luego, con el consentimiento del duque Amón, contraería matrimonio con su amada.

Pero al salir del bosque encontraron a una mujer de triste semblante. Rugiero, siempre cortés, le preguntó gentilmente cuál era la causa de sus lágrimas. Entonces ella, alzando sus hermosos ojos, le respondió en estos términos:

—Señor, estas lágrimas que humedecen mis mejillas se deben a la compasión que siento por cierto jovencito al que van a ajusticiar muy pronto en un castillo cercano a este lugar. Debéis saber que este infeliz amaba a la hija de Marsilio, rey de España, una de las doncellas más hermosas que os podáis imaginar, y era correspondido. Todas las noches, disfrazado con ropas de mujer, se introducía en la alcoba de su adorada. Por desgracia un criado los descubrió y delató sus furtivos amores al padre de la muchacha. La cólera del rey fue tan grande que condenó al joven a ser quemado vivo en la hoguera. Yo he huido para no presenciar este acto cruel: ¡no lo podría soportar! Esta es la causa de mi dolor.

Al oír esta historia, Bradamante se conmovió profundamente, como presintiendo que el joven condenado tenía algo que ver con ella, y dijo a Rugiero:

—Me parece que debemos emplear nuestras armas en salvar a este muchacho.

Rugiero, no menos generoso que su amada, accedió en seguida, y rogó a la dama que les mostrara el camino más corto para llegar a la ciudad en que lo tenían prisionero.

La dama sintió renacer la esperanza en su corazón al ver como aquella valerosa pareja se disponía a arriesgarse para salvar a su protegido. Sin embargo, cuando contestó a Rugiero lo hizo en tono vacilante:

—Si fuéramos —dijo— por el camino llano y derecho, creo que llegaríamos a la ciudad antes de que el fuego hubiese empezado a arder, pero tenemos que ir por senderos tan malos y tortuosos que ni en un día entero podremos llegar y, para entonces, el joven no será sino un montón de ceniza.

—¿Y qué nos impide tomar el camino más corto?

—A la mitad del camino más corto —respondió la dama—, se alza el castillo de Pontiero. Allí, aún no hace tres días, Pinabelo, el peor hombre del mundo, ha establecido una costumbre vergonzosa para las damas y los caballeros andantes.

Conforme a ella, cuantos caballeros y damas pasan por el castillo se ven obligados a dejar en él sus armas y vestidos. Y los cuatro mejores paladines que hoy pisan el suelo de Francia han jurado a Pinabelo ser mantenedores de esta infame costumbre.

»Voy a narraros cómo se inició este extraño uso: Pinabelo tiene una mujer tan inicua y altanera que no hay otra igual en el mundo. Cierta día Pinabelo y su esposa se cruzaron con un caballero que llevaba montada en la grupa de su corcel a una anciana. Aquella malvada mujer se burló de la vieja, y entonces el caballero desafió a Pinabelo y lo abatió: obligó luego a su esposa a desmontar y le arrebató sus ricos vestidos, entregándoselos a la vieja que le acompañaba como reparación por la burla sufrida.

»La dama, humillada y sedienta de venganza, juró a Pinabelo que no descansaría ni de día ni de noche hasta que no hubiese hecho desmontar a mil caballeros y mil mujeres, arrebatándoles a ellos las armas y a ellas los vestidos. Aquel mismo día llegaron al castillo de Pinabelo cuatro caballeros venidos de tierras remotas, tan valerosos y esforzados que resultaría difícil encontrar a otros cuatro que se les parecieran. Eran Aquilante, Grifón, Sansoneto y Guidón el Salvaje. Pinabelo los acogió con maneras corteses, pero aquella misma noche, mientras dormían confiados, los tomó prisioneros y no los soltó hasta que no le juraron que permanecerían en su castillo durante un año y un día y despojarían de armas y ropas a cuantos caballeros y damas errantes por allí pasasen. No les quedó otro remedio que jurar. Y hasta hoy han sido ya muchos los caballeros que, derrotados, se han visto forzados a abandonar sus armas en el castillo. Dado lo urgente de nuestra empresa, no conviene que os detengan en este lugar para obligaros a aceptar el desafío pues, aun suponiendo que vencierais a los cuatro paladines, la demora podría resultar fatal».

—No tengas temor —le respondió Rugiero—, nosotros pondremos todo nuestro empeño, y el cielo y la Fortuna harán el resto. Condúcenos por el camino más corto.

No replicó la doncella y se puso a guiarles por el camino más derecho: aún no habían recorrido tres millas cuando llegaron a la puerta del castillo donde se perdían armas y vestidos. En cuanto fueron divisados desde las almenas, sonó dos veces una campana. Al punto abrióse la puerta y apareció un viejo montado en un rocín, que se interpuso en su camino, gritando:

—¡Esperad, esperad, que no se puede pasar por delante de estos muros sin pagar! Que la dama se desnude y vosotros, hijos, abandonad armas y corceles. No queráis exponeros al peligro de luchar con cuatro caballeros que hasta hoy nadie ha vencido.

—No digas más —le interrumpió Rugiero—, que de sobras conocemos las bárbaras costumbres que en este lugar se practican. Ninguna amenaza nos hará abandonar nuestras pertenencias. Tan solo os pido que digáis a vuestros paladines que se apresuren a salir al campo, porque no podemos demorarnos aquí por mucho tiempo.

Respondió el viejo:

—Por el puente se aproxima el primero de ellos.

Y no dijo mentira, que al instante salió del castillo un caballero que llevaba una sobrevesta roja bordada de flores blancas. Quiso Bradamante hacerse cargo de la empresa, pero no se lo permitió Rugiero. Preguntó al viejo el nombre de su primer adversario, a lo que le contestó que se trataba del famoso Sansoneto. Y, mientras los dos caballeros se preparaban para la contienda, salió Pinabelo del castillo, seguido por un puñado de criados, que apostó junto a la muralla para que se encargaran de quitar las armas al vencido en cuanto cayera al suelo.

Sansoneto hizo entrega a Rugiero de una enorme lanza, igual a la que él llevaba, y, sin más dilaciones, ambos paladines se acometieron como dos toros salvajes. Se alcanzaron a mitad de la carrera y se dieron sendos fortísimos lanzazos sobre sus respectivos escudos. Llevaba todavía Rugiero el que fuera de Atlante, cubierto con un paño de seda: siendo absolutamente impenetrable, resistió el choque de la lanza de su contrincante. No ocurrió lo mismo con el de Sansoneto, que se abrió por la mitad al recibir el golpe de su enemigo. La punta de la lanza de Rugiero hirió a su adversario en el brazo y lo tumbó del caballo. De este modo quedó fuera de combate el primero de los cuatro mantenedores de la vergonzosa usanza. Al instante, un nuevo toque de la campana del castillo llamó al campo a los otros tres.

Pinabelo se acercó entonces a Bradamante para preguntarle el nombre del paladín que había derrotado a Sansoneto, y quiso el cielo que en aquel momento Pinabelo estuviese montado en el mismo caballo que, ocho meses atrás, había quitado a Bradamante después de precipitarla al fondo de la caverna de Merlín. Reconoció inmediatamente la doncella a su caballo y también al malvado que lo montaba.

—Este es el traidor —dijo Bradamante— que intentó darme muerte de la manera más cobarde. Ahora recibirá el premio de su ruin hazaña.

Y mientras esto decía, echó mano a la espada, cortando el paso a Pinabelo. Este, no pudiendo refugiarse en su castillo, dio la vuelta y a galope tendido se metió en un bosque cercano. No se quedó atrás Bradamante y, aguijando con fuerza su montura, se lanzó como una flecha tras su enemigo. Ninguno de los presentes se apercibió de este lance de tan atentos como estaban al combate de Rugiero.

Mientras tanto, los otros tres paladines habían salido al campo, avergonzados de tener que combatir juntos contra un solo hombre, pues aquella dama maligna les había hecho jurar que, si el primer atacante fracasaba, los tres restantes se batirían a la vez con el vencedor hasta desmontarle y arrancarle las armas. Rugiero, por su parte, los desafiaba con burlonas palabras:

—¡Mirad mis armas! —decía—. ¡Mirad mi corcel, cuya silla y arneses son nuevos! Admirad también los vestidos de esta dama que me acompaña. Si los queréis, ¿por qué perdéis el tiempo?

Las palabras de la esposa de Pinabelo, que desde su ventana les estaba azuzando, y las mofas de Rugiero acabaron por excitar a los tres paladines: con las caras rojas de vergüenza, se lanzaron a galope contra el caballero sarraceno. Fue a su encuentro Rugiero con la misma lanza que había herido a Sansoneto, protegiéndose el cuerpo

con el mágico escudo, del que solo en última instancia pensaba servirse. Con él en el brazo, poco temor le inspiraban sus adversarios.

La lanza de Rugiero encontró el escudo de Grifón; el choque hizo tambalear al caballero y al fin se fue al suelo, pero quiso la suerte que, al caer, la punta de su lanza rasgara el velo que cubría el escudo de Rugiero, aquel escudo ante cuyo resplandor los presentes debían caer al suelo como heridos por el rayo.

Al instante se desplomaron sin sentido los tres paladines y cuantos desde el castillo o fuera de él estaban contemplando la lid junto con sus monturas. Maravillóse Rugiero al principio, pero pronto se dio cuenta de que de su brazo izquierdo colgaba, hecho jirones, el velo que solía cubrir el mágico objeto. Dióse la vuelta buscando a Bradamante: al no verla, pensó que seguramente se habría adelantado para llegar a tiempo de salvar al joven en peligro. Entre los desmayados se encontraba la dama que les había guiado hasta aquel lugar: la puso en su caballo y con su manto cubrió otra vez el escudo encantado.

Mientras Rugiero cabalgaba alejándose de aquel lugar, un sentimiento de vergüenza fue invadiendo su ánimo. En efecto, empezaba a dudar que fuera digno de un hombre de honor recurrir al mágico escudo para derrotar a sus adversarios, aun en el supuesto de que éstos fuesen más. Mientras estas ideas atormentaban su delicada conciencia, descubrió junto al camino el brocal de un pozo. Dijo Rugiero al verlo:

—No volverás a avergonzarme, escudo maldito. Hoy vamos a separarnos para siempre.

Desmontó, cogió una pesada piedra y, atándola al escudo, tiró a ambos al fondo del pozo, exclamando a modo de despedida:

—Permanece aquí sepultado para siempre y quede contigo eternamente oculto mi oprobio.

El pozo era profundo y estaba lleno de agua; mucho pesaban piedra y escudo y no se detuvieron en su descenso hasta que tocaron fondo. Al instante las aguas volvieron a cerrarse sobre ellos para siempre, pues, aunque la voz de la Fama pregonó esta hazaña por todo el mundo y numerosos caballeros emprendieron larguísimos viajes con el fin de recuperar aquel mágico objeto, ninguno dio jamás con el pozo, cuya exacta situación tuvo la Fama buen cuidado de callarse.

¿Y qué había sido mientras tanto de Pinabelo y Bradamante? La doncella guerrera dio muerte al pérfido de Maganza, hundiéndole más de cien veces la espada hasta la empuñadura en el pecho y los costados. Una vez eliminada aquella sanguijuela que infectaba el país, montó de nuevo en el caballo que le había sido arrebatado tiempo atrás por el traidor e intentó regresar al lugar en que había dejado a Rugiero, pero no fue capaz de dar con el camino. Finalmente, harta de vagar por valles y montes sin resultado alguno, se encaminó a su castillo de Montalbano.



Capítulo once

LA LOCURA DE ORLANDO

Hemos dejado a Orlando en el punto en que su combate con Mandricardo fue interrumpido por la huida del caballo del sarraceno. Esperó un rato el paladín cristiano a su enemigo y, al fin, viendo que no regresaba, volvió a ceñirse su Durindana y se juró que no abandonaría aquellos parajes en el plazo de tres días, por si su rival quería comparecer de nuevo para concluir la contienda.

Pasan dos días y, al tercero, se halla Orlando paseando por la orilla de un riachuelo cuando descubre para su asombro que los troncos de los árboles del lugar están cubiertos de inscripciones. Muy pronto reconoce en aquellos caracteres la mano de su adorada. El texto de las inscripciones es siempre el mismo: los nombres de Angélica y Medoro entrelazados de mil maneras distintas y adornados con nudos, lazos y corazones atravesados por flechas.

Cada letra es un clavo al rojo vivo que lo atormenta: quiere creer que se trata de otra Angélica y no de la suya, pero no puede. Tal vez «Medoro» sea el nombre con el que la doncella designa a Orlando... No. Tampoco resulta demasiado plausible.

Un poco más lejos encuentra una gruta en cuyo interior aparecen trazados con tiza y carbón una serie de versos en lengua árabe. Era el caballero buen conocedor de este idioma y al momento descifra los caracteres: son apasionados poemas en los que un misterioso poeta se alaba de ser el único dueño del amor de la princesa de Catay. Mucho le duele lo que leen sus ojos y se agarra a las explicaciones más peregrinas para no darles crédito. ¿Y si este Medoro fuese otro amante desdeñado y sus versos, meras fantasías de poeta?

El paladín cabalga cabizbajo: anochece y en el fondo del valle vislumbra una espiral de humo que sale de una cabaña. Se oyen ladridos de perro y el balido de ovejas. Muy pronto se halla delante de una casucha de pastores en la que pide hospitalidad para la noche que se echa encima.

Los pastores se desviven por agradar al paladín de Francia: mientras uno se hace cargo del caballo, le quita otro las espuelas y la armadura. Rechaza Orlando la cena y se tumba en un jergón que le ofrecen: allí se revuelve febrilmente, incapaz de conciliar el sueño, hasta que descubre con estupor que también en los muros de la cabaña hay inscripciones del feliz poeta que se dice poseedor de Angélica. Se levanta de un salto y vaga de un lado a otro como un sonámbulo o un demente. Y he aquí que, sin necesidad de hacer preguntas, le es desvelada la historia que a la vez quiere y teme escuchar. Uno de los pastores, para distraerle de sus cavilaciones, comienza el relato de los amores de Angélica y Medoro, la pareja que, pocos días atrás, había

contraído matrimonio y pasado su luna de miel entre aquellas humildes paredes. Como prueba de la veracidad de su historia, le muestra el riquísimo brazalete que la princesa de Catay les había regalado.

A la vista de la alhaja, no puede Orlando contenerse más. Como un poseso, retoma sus armas y monta en su caballo, lanzándose sin rumbo fijo por las oscuras entrañas del bosque. Toda la noche anda errante hasta que, al romper el alba, se encuentra otra vez ante la gruta en cuyas paredes se leían los versos de Medoro. A tajos de Durindana hace añicos la dura roca, enturbiando para siempre las aguas de la fuente que allí mana. Después se tumba a cielo abierto y pasa tres días con los ojos abiertos, sin comer, ni beber ni dormir.



Cuando, al cuarto, se levanta, no le queda ni una brizna de juicio en la cabeza. Arroja lejos de sí sus armas y se arranca armadura y vestidos con la furia de un animal salvaje. Abandonando su corcel Briigliadoro, empieza a recorrer el bosque a saltos y zancadas, arrancando de cuajo con sus fuertes brazos pinos, encinas y olmos como si de matas de tomillo se tratase. Los pastores, oyendo el terrible estrépito que el paladín provoca, abandonan sus rebaños y corren a verlo... solo para huir despavoridos para no ser víctimas de su furor.

A partir de este momento, la vida de Orlando se convierte en una orgía de violencia desatada: no solo destruye árboles y rocas, sino que también caza y descuartiza toros, cabras, jabalíes y hombres, si le salen al paso o pretenden oponerse a sus desmanes. Así, cometiendo locura tras locura, arrasando bosques y aplastando rebaños, cruza los Pirineos y llega a la costas de Cataluña. Más adelante veremos a quién encontró allí.



Quiso el azar que Mandricardo y Doralice acertasen a pasar por el lugar en que había ido a caer Durindana cuando Orlando, enloquecido, la arrojó lejos de sí. A la vista de la codiciada espada, el corazón del tártaro saltó de gozo. Al fin tenía al alcance de la mano lo que llevaba semanas buscando desesperadamente: desmontó, se abalanzó sobre el arma y la empuñó, alzándola como un trofeo.

—¡Al fin te he conquistado, Durindana! —exclamó triunfante.

—Más cierto sería decir que la has robado —le interrumpió una firme voz de hombre.

Volviéronse Mandricardo y su compañera y se encontraron frente a otra pareja que acababa de llegar a aquel mismo lugar: eran el caballero escocés Zerbino y su amada Isabela de Galicia, que poco tiempo atrás habían sido salvados de tremendos peligros por Orlando y ahora se dirigían a un monasterio para unirse en matrimonio. Nada sabían de la locura de su salvador y les pareció imposible que hubiera abandonado voluntariamente su espada.

—Detén tus manos codiciosas, infiel —dijo Zerbino a Mandricardo—, que Durindana pertenece a Orlando por derecho y, si aparece ahora abandonada sobre la hierba, será sin duda porque su dueño la ha perdido o porque alguien arteramente se la ha robado. Y si el noble Orlando no se encuentra junto a ella para defenderla, aquí estoy yo, dispuesto a ocupar su lugar y a combatir por ella contra todos los ladrones del mundo.

No toleró Mandricardo que siguiera llamándole ladrón el caballero escocés, sino que, blandiendo a Durindana con ambas manos, dijo a Zerbino:

—Si quieres que te dé la espada, ven a arrancármela de las manos.

No se lo hizo repetir el cristiano: desmontó él también de un salto y, desenvainando su acero, se lanzó contra el tártaro. Mas ¡ay!, no contaba Zerbino con las virtudes de Durindana: cuando su espada chocó con la de Orlando, ahora manejada hábilmente por Mandricardo, saltó en mil pedazos. No desaprovechó el rey de Tartaria la confusión de su adversario y, al cabo de pocos instantes, yacía Zerbino herido de muerte sobre la hierba, mientras Mandricardo y Doralice se perdían entre los árboles y la infeliz Isabela pedía a voces auxilio para su amado sin recibir más respuesta que la del eco.



Capítulo doce

HISTORIA DE FIORDISPINA Y RICCIARDETO

En cuanto hubo arrojado el escudo maravilloso a la cisterna. Rugiero se lanzó a galope tendido, guiado una vez más por la dama que le acompañaba y que ya había recuperado el sentido, en dirección a la ciudad donde un pobre joven estaba a punto de perecer en la hoguera. Llega el paladín a la plaza en el mismo instante en que el condenado es conducido al patíbulo. Cuando el verdugo quita la venda que cubre los ojos del prisionero, Rugiero se queda atónito. En el joven que van a matar reconoce a su adorada Bradamante. Sin pararse a preguntarle cómo ha ido a parar allí, hace desmontar a la doncella, espolea a su caballo y se abre paso entre la multitud. Vuelan las cabezas por el aire como pelotas y los que quieren conservar la suya en su sitio ponen los pies en polvorosa.

En un abrir y cerrar de ojos Bradamante es puesta en libertad. Pero el asombro de Rugiero no conoce límites cuando la persona que él ha tomado por su amada, le dice:

—Te has ganado mi eterno reconocimiento, caballero desconocido. Dime ahora tu nombre, porque quiero saber cómo se llama mi generoso salvador.

—¿Cómo es posible? —exclama Rugiero—. Pero si tú eres mi Bradamante y aún no hace seis horas que nos hemos separado.

—No eres el primero ni serás el último en confundirme con mi hermana gemela. Ni siquiera mis padres o nuestros hermanos son a veces capaces de distinguirnos. Mi nombre es Ricciardeto y, si tienes curiosidad por saber las razones por las que he estado a punto de ser quemado vivo, te las voy a contar.

Aceptó Rugiero, pero antes buscó un corcel para el joven y, cuando lo hubo encontrado, lo hizo montar y abandonaron la ciudad. Durante el camino Ricciardeto le contó su sorprendente historia:

—Como te decía, tanto nos parecemos Bradamante y yo que solamente el hecho de que ella lleve cabello largo y yo corto permite distinguirnos. Pero en cierta ocasión mi hermana fue herida en la cabeza y el médico que la atendía le cortó su hermosa trenza, borrando toda diferencia entre nosotros, salvo la del sexo. Un buen día, mi valerosa hermana se sintió cansada durante uno de sus frecuentes viajes por tierras de Francia y se detuvo para echar una breve siesta en un bosquecillo. Mientras dormía profundamente sobre un lecho de musgo, acertó a pasar por aquel lugar la bellísima Fiordispina, princesa sarracena hija de Marsilio, rey de España, la cual había salido de caza con sus criados más fieles.

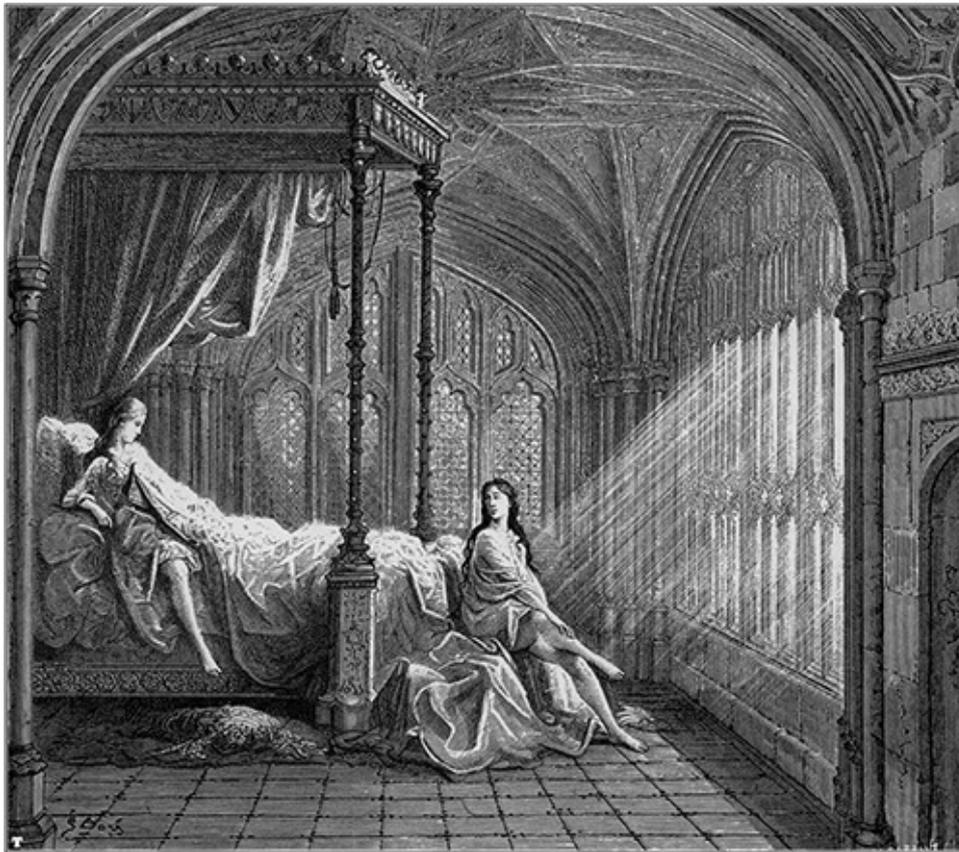
»Cuando Fiordispina descubrió sobre la hierba a mi hermana con el pelo corto y sin yelmo, la tomó por un gentil muchacho y al instante quedó prendada de ella. Con

suaves palabras, la despertó de su sueño, invitándola a unirse a su partida de caza, a lo que Bradamante accedió gustosamente. Con esta excusa consiguió alejarse con ella de sus servidores.

»No era Fiordispina tímida ni recatada cuando se sentía embargada por una pasión: en cuanto se encontró a solas con Bradamante, le confesó sus sentimientos con palabras y miradas de fuego abrasador. No quiso mi hermana prolongar el engaño de la princesa mora: del mejor modo que supo, detuvo sus amorosos avances y le contó que, aunque vestía armadura de hombre, ella era una mujer y, por lo tanto, no podía satisfacer sus deseos.

»Atónita quedó la pobre Fiordispina, cuyo corazón había sido herido sin remedio por la hermosura de mi hermana; en un primer momento lloró de rabia y de frustración, maldiciendo a la Fortuna cruel que había hecho mujer al objeto de sus deseos. Al fin pareció resignarse y, ya que no podía ofrecer su amor a Bradamante, le brindó su amistad, invitándola a pasar la noche en el castillo de su padre. Aceptó mi hermana y juntas se encaminaron hacia él, hablando animadamente, aunque el corazón de la sarracena sangraba de dolor.

»Quiso Fiordispina que Bradamante vistiera ropas femeninas durante todo el tiempo que permaneciese a su lado, a lo que no se opuso mi hermana. Así pues, mientras estuvo alojada en el castillo del rey Marsilio, vistió maravillosos vestidos de mujer que la misma Fiordispina le regaló. Tanta intimidad había entre las dos amigas que decidieron dormir en la misma habitación. A media noche, convencida de que su compañera dormía, alzóse de puntillas Fiordispina y arrodillándose en el suelo junto a la ventana de la habitación, rogó a Macón, que es el dios que adoran los sarracenos, que obrara el milagro de transformar a Bradamante en varón. Mi hermana, que se hallaba despierta y solo fingía dormir, pudo oírla perfectamente y no sabía si reír o llorar. Para no prolongar vanamente los sufrimientos de la princesa, a la mañana siguiente se despidió de ella, recibiendo como regalo de despedida un brioso corcel español, y se dirigió a nuestro castillo de Montalbano.



Rogó a Macón, que obrara el milagro de transformar a Bradamante en varón.

»Una vez allí, contó a sus padres y hermanos la extraña aventura que le había acontecido con la bella muchacha sarracena, y, mientras yo escuchaba la narración de mi hermana, un aventurado plan se iba forjando en mi interior. Porque debes saber, Rugiero, que ya había tenido ocasión de contemplar con anterioridad a la gentil Fiordispina en fiestas y torneos, y su belleza me había impresionado profundamente. Aquella misma noche robé la armadura y el corcel español de mi hermana y me encaminé al castillo de Fiordispina.

»Todo el mundo se alegró de mi llegada, tomándome por mi hermana Bradamante: Fiordispina dio un espléndido banquete en mi honor, que me tocó presidir con ropas de mujer. Una vez terminado el convite, me invitó la princesa a sus estancias para que reposara junto a ella. Allí, una vez que sus dueñas y esclavas nos hubieron dejado solos, empecé a hablar a la dama en estos términos: «Cuando para no prolongar vuestros tormentos me alejaba de este castillo, el azar me hizo extraviar el camino en una intrincada selva. Allí escuché un grito: parecióme que una mujer pedía socorro y al punto me apresté a dárselo. Acudo presuroso y, junto a un lago cristalino, sorprendo a un fauno que, pescando con un anzuelo, había sacado del agua una ninfa y se disponía a devorarla. De un tajo corté la cabeza del maligno pescador; la ninfa volvió al agua al momento y desde allí me dijo: "No me has salvado la vida en vano. Soy ninfa y tengo poderes sobrenaturales: pídemelo lo que quieras y, aunque sea la cosa más extravagante, te la concederé." No le pedí yo entonces tesoros ni coronas, ni la

inmortalidad o la invulnerabilidad, sino solo que se cumpliera vuestro deseo y me convirtiera en hombre. La ninfa se hundió en el estanque y, al cabo de unos instantes, apareció de nuevo en la superficie y me roció con un líquido que guardaba en una pequeña redoma. Entonces, sin saber cómo, me sentí transformada en hombre».

»Maravillóse Fiordispina y apenas creía lo que acababa de escuchar, pero pronto tuvo ocasión de comprobar que no le había mentado en lo tocante a mi verdadero sexo. Un mes duró mi placentera vida en el castillo de Marsilio: de día era yo una dama del cortejo de Fiordispina; de noche, en su estancia, abandonaba los vestidos de mujer y me convertía en su ardoroso amante. Pero nuestros furtivos amores acabaron por ser descubiertos: la cólera de Marsilio fue terrible y me condenó a morir en la hoguera. Lo que ocurrió después, lo sabes tan bien como yo».

Mucho se admiró Rugiero de esta sorprendente aventura acaecida al hermano de su Bradamante. Los dos caballeros siguieron cabalgando juntos, hasta que llegaron a un punto en el que hubieron de separarse. Quería Ricciardeto volver a su castillo de Montalbano, mientras que Rugiero, desesperando de encontrar a su amada, optó por regresar al campamento de Agramante del que tanto tiempo ausente llevaba.

Pero antes de separarse, Rugiero entregó a Ricciardeto una carta dirigida a Bradamante en la que, muy razonablemente, le exponía cuáles eran sus propósitos y el orden en que pensaba llevarlos a cabo: primero cumpliría hasta el fin con su deber de caballero en las filas sarracenas y luego se bautizaría y contraería matrimonio con ella. Así nadie podría decir que el único objeto de su conversión había sido sustraerse a sus obligaciones militares.



Un mes duró mi placentera vida en el castillo de Marsilio.

Capítulo trece

LA DISCORDIA EN EL CAMPO SARRACENO

La noticia de la derrota sarracena bajo los muros de París se extendió por todo el orbe. Poco a poco, los paladines de Agramante que se hallaban esparcidos por doquier envueltos en encantamientos y aventuras vuelven a reincorporarse a las filas de su soberano: así recupera el ejército moro a hombres del arrojo de Gradaso, Sacripante o Ferrauí, de los que ya se ha hablado en otros puntos de esta historia. Atraída por el riesgo, se presenta en el campamento de Agramante la valerosísima guerrera sarracena Marfisa, después de llevar a cabo un sinfín de hazañas en tierras de Asia Menor y África. También Rugiero y Mandricardo están a punto de llegar para poner sus invencibles espadas al servicio de Agramante.

No puede el arcángel Miguel tolerar esta nueva situación, que pone seriamente en peligro a Carlomagno, de cuyas filas falta todavía —y quién sabe por cuánto tiempo seguirá faltando— el caballero Orlando. Solo hay una forma de alejar el peligro de los cristianos y es conjurar de nuevo a la Discordia para que encienda sus fuegos en el campo sarraceno y evite el temido ataque conjunto de todos los paladines.

Obedece la Discordia la orden del arcángel y, con suma habilidad, dispone los acontecimientos de tal manera que la primera persona que Mandricardo y Doralice encuentran al llegar al campamento es el mismísimo Rodomonte, rey de Argel, que tantos estragos causara durante el asalto a París. En cuanto Rodomonte reconoció a su prometida, la princesa de Granada, se dirigió a grandes voces a Mandricardo:

—¡Mandricardo de Tartaria! Si has acompañado y protegido a mi prometida hasta el campamento, te doy las gracias por ello. Pero ahora desaparece de mi vista, que de la bella Doralice me encargo yo.

Negóse Mandricardo a apartarse de la muchacha, proclamando que la amaba y que no estaba dispuesto a cederla a Rodomonte, aunque éste tuviera a su favor el consentimiento del padre de la joven. Mandricardo y Rodomonte son igualmente altivos y fieros y tienen el genio de mil diablos: de las amenazas pasan a los golpes con la rapidez del rayo. Y ya los tenemos golpeándose con sus espadones como dos energúmenos, mientras Doralice pide auxilio con todas sus fuerzas. Mandricardo recibe en el yelmo un mandoble que por poco le hunde la cabeza entre los hombros, pero, tras un instante de vacilación, de un solo tajo de Durindana decapita al caballo de su rival. Desmonta él también y prosiguen ambos el combate a pie. De sus aceros saltan chispas: diríase que una lluvia de estrellas envuelve a los contendientes.



De las amenazas pasan a los golpes con la rapidez del rayo.

La llegada de Agramante en persona, seguido de sus mejores caballeros, obliga a los contendientes, muy a su pesar, a deponer las armas. Quiere mediar el rey en su conflicto para evitar que dos de sus mejores guerreros malgasten sus fuerzas combatiendo entre sí. Tras deliberar largamente con el padre de la doncella y sus principales consejeros, toma una decisión salomónica: será Doralice la que diga cuál de los dos paladines se convertirá en su esposo y ellos habrán de pasar por su decisión. Mandricardo y Rodomonte juran aceptar el resultado del arbitraje, convencidos ambos de ser los preferidos de la muchacha.

Tras unos instantes de reflexión, la princesa de Granada dicta la inapelable sentencia:

—Escojo a Mandricardo, rey de Tartaria.

El pecho de Rodomonte es una hoguera de odio y de furor. Maldice a la muchacha y a todas las mujeres del mundo, a las que llama falsas, traidoras e inconstantes. Si no le atara su juramento, ¡qué destrozos no causaría! Pero aunque debe someterse y se somete, decide no permanecer ni un día más al lado de Agramante y los suyos, ante cuyos ojos ha visto humillado su descomunal orgullo. Sin despedirse de nadie, recoge sus armas, elige un nuevo caballo y vuelve las espaldas al campamento, seguido por sus fieles, emprendiendo el camino de regreso a Argel.

En vano trata su rival Mandricardo de detenerle y apaciguarle con la promesa de que ganará para él la mano de la guerrera Marfisa, no menos hermosa que Doralice, aunque para ello tenga que desafiarla y vencerla en sigilar combate. Rodomonte no atiende a razones: Doralice o Marfisa, todas son iguales... Muy pronto su enorme silueta se pierde en el horizonte. Con su partida el ejército de Agramante pierde a uno de sus mejores hombres.



Pero la obra de la Discordia no ha hecho sino comenzar: el conflicto entre Mandricardo y Rodomonte es solo el preludio de una serie de conflictos que van a desatarse entre los capitanes sarracenos. Cuando la valerosa Marfisa se entera de que Mandricardo ha pretendido usarla para compensar al brutal Rodomonte por la pérdida de Doralice, se enfurece y desafía al rey de Tartaria. También Gradaso y Rugiero tienen cuentas pendientes con Mandricardo. En efecto, Rugiero reprocha al tártaro que lleve pintada en su escudo un águila blanca sobre campo azul, insignia que fue de Héctor de Troya. Solamente él, Rugiero, como descendiente por línea directa del famoso guerrero de la antigüedad, tiene derecho a ostentar el águila troyana. Gradaso, por su parte, reclama a Durindana, la espada que Orlando ciñera, y esgrime mil sutiles argumentos que le confieren derecho a ella.

Mandricardo, envalentonado por la elección de Doralice, se niega a renunciar a su águila blanca y a desprenderse de su recién conquistado acero. Los cuatro discuten, amenazan, se desafían a gritos... Todos quieren ser los primeros en batirse... En vano trata de calmarles Agramante, que les propone una tregua de cinco o seis meses, suficiente, a su juicio, para derrotar definitivamente a los cristianos. Tiempo habrá después para solventar sus diferencias con arreglo a los usos caballerescos.

Nadie atiende a razones: Marfisa, Gradaso y Rugiero juran que no atacarán a los cristianos hasta haberse medido con Mandricardo. El pobre Agramante no tiene más remedio que ceder y, para poner un poco de orden en la intrincada situación, ordena

que se escriban los nombres de los tres en tres papelitos que dobla e introduce en un yelmo. De este modo será la suerte la que decidirá el orden de los combates. Y es el nombre de Rugiero el primero en salir.

La necia turba se dispone alegremente a contemplar el duelo, incapaz de ver más allá de sus propias narices. En cambio, los reyes ancianos, como Sobrino o Marsilio, no cesan de lamentarse y recuerdan a Agramante que tanto si cae Rugiero como si cae el tártaro, el daño para los sarracenos será irreparable. Por última vez trata Agramante de poner paz entre los adversarios, ayudado por las súplicas de Doralice. De rodillas, ruega a su prometido que renuncie al águila blanca en favor de Rugiero. Mandricardo no quiere ni oír hablar del asunto: confiado en su superioridad, se dispone a iniciar el combate.

Tres largas horas se prolongó el encarnizado duelo entre Rugiero y el de Tartaria, pues sus fuerzas y habilidades estaban muy igualadas. Si Mandricardo contaba con Durindana, no valía menos Balisarda, la espada de Rugiero. Sin embargo, la inteligencia de este último acabó por prevalecer sobre el ciego furor de su contrincante. Al fin, el rey Mandricardo se desplomó muerto: Balisarda había penetrado más de un palmo en su corazón. Pero poco faltó para que Rugiero acompañara a su adversario en su postrer viaje: aunque se proclamó vencedor, la incomparable Durindana le había abierto en el curso de la lid gravísimas heridas en la cabeza, el pecho y los muslos.

Agramante dio orden de que fuera llevado a su tienda y atendido por los más sabios doctores que a su servicio tenía. También confirió a Rugiero, como trofeo, todas las armas y pertenencias del muerto, salvo Durindana, que fue entregada a Gradaso.

A la vista de los éxitos obtenidos, gritó de alegría la Discordia, y lo hizo con tal fuerza que tembló París y se encresparon las aguas del Sena. El eco de este grito triunfal recorrió las tierras de Francia, retumbando desde los Alpes hasta los Pirineos, y, al escucharlo, las madres, aterrorizadas, apretaron a sus hijos contra sus pechos.

Capítulo catorce

HAZAÑAS DE DOS LOCOS

Un caballero enorme al que sigue un escuadrón de moros cabalga sombrío cerca de la desembocadura del Ródano: por lo bajo, murmura una retahíla de maldiciones contra las mujeres, a las que tiene por los peores enemigos de los hombres desde que una de ellas, a la que estaba prometido, prefirió a otro. Ignora que su afortunado rival no podrá ya gozar del amor de la bella Doralice, pues ha perdido la vida en un sangriento duelo. El enorme caballero —ya lo habréis adivinado— no es otro que Rodomonte, de camino hacia Argel.

Mientras estaba absorto en sus cavilaciones, vio acercarse por un pequeño sendero a una doncella de bellísimo rostro acompañada por un barbudo fraile; les seguía un corcel sobre el cual se bamboleaba un extraño bulto cubierto de tela negra. Era Isabela, princesa de Galicia, que llevaba por tierras de Provenza el cuerpo de su caro Zerbino, muerto por Mandricardo cuando intentaba defender la espada de Orlando. El religioso que la escoltaba la había persuadido de que, una vez enterrado cristianamente el cadáver, se hiciese monja y pasara el resto de sus días en piadosos ejercicios.

En cuanto Rodomonte vio aparecer a la bellísima muchacha, pensó que tal vez se había dejado arrastrar por su mal genio al condenar, por el pecado de una, a todas las mujeres del mundo. La doncella que tenía delante era tan digna de ser amada como Doralice. Se le acercó y con corteses palabras le preguntó quién era y a dónde se dirigía. Respondióle ella que se proponía abandonar el mundo, encerrándose en un convento, y entregarse a Dios en cuerpo y alma. El pagano, que no creía en Dios ni en el diablo y se burlaba de todas las religiones habidas y por haber, se rio de sus planes y le instó a que los abandonara y se convirtiera en su mujer. «Que se encierre a los leones, a las serpientes o a los osos, pero no a las muchachas hermosas», concluyó.

Terció el fraile, rebatiendo los argumentos de Rodomonte con inflamadas palabras. ¡Pobre santo varón, que no consiguió sino enfurecer al argelino, el cual, fuera de sí, lo agarró por el cuello, lo hizo girar dos o tres veces por el aire y lo arrojó al mar de cabeza! Tras quitar al religioso de en medio, volvióse otra vez a la asustada Isabela y en frases llenas de pasión llamóla «amor» y «vida mía», y juró que iba a tomarla por esposa, tanto si quería como si no. La infeliz doncella no sabía cómo escapar de las garras de aquel brutal sarraceno: sola, sin amigos, estaba a merced de Rodomonte como un ratón entre las patas de un gato. Ni siquiera podía quitarse la vida, pues el moro no se lo hubiera permitido. Al fin, lo apurado de la situación le

hizo concebir un astuto plan. Confiando en la necesidad de Rodomonte, le habló así:

—Señor, el mundo está lleno de mujeres hermosas que os podrán hacer tan feliz como yo o más todavía. En cambio, si no os interponéis en mi propósito de ingresar en un convento, os revelaré un secreto que os ha de hacer invulnerable. Sé de una hierba —y la he reconocido no lejos de este lugar— que, hervida juntamente con ruda y tomillo en un fuego de ciprés, produce un licor de una virtud extraordinaria. El cuerpo que se baña tres veces en él se vuelve duro como el hierro y ni siquiera el fuego es capaz de consumirlo. Sé hacer el tal licor y hoy mismo lo haré para vos, si queréis: pero me debéis jurar que no intentaréis tocarme ni siquiera un cabello mientras lo prepare y que, cuando os lo haya entregado, renunciaréis a mi persona para siempre.

Rodomonte, ansioso por poseer el mágico licor, juró lo que ella quiso y mucho más aún, pero ni por un solo instante pensó en mantener su juramento: «Cuando me haya hecho invulnerable, la convertiré en mi mujer, por más que se resista, y así tendré las dos cosas», decidió, riéndose para sus adentros. Isabela, en cuanto hubo obtenido la promesa del sarraceno, empezó a recoger hierbas por valles y bosques, vigilada siempre de cerca por Rodomonte. Luego las hirvió en un gran caldero y, cuando terminó la operación, volvió a dirigirse a su enemigo, diciendo:

—Para que veáis que no os he engañado, voy a probar las virtudes de este licor maravilloso sobre mi propio cuerpo. Así comprobaréis que no he preparado un veneno para destruiros, sino el agua que os hará invulnerable. Voy a bañarme yo en primer lugar y vos, con vuestra espada, intentaréis luego separarme la cabeza del cuerpo.

Se bañó y ofreció al pagano incauto su cuello desnudo. El bárbaro, convencido de que la doncella le había dicho la verdad, descargó el acero, decapitando a la infeliz. Tres saltos dio la cabeza y, al tercero, aún se pudo escuchar su cristalina voz pronunciando el nombre de Zerbino. Luego enmudeció para siempre.

Avergonzóse profundamente el sarraceno de haber sido la causa de la muerte de la joven: su duro corazón se ablandó y de sus ojos manaron dos ríos de lágrimas. Para aplacar el espíritu de su víctima quiso perpetuar su memoria por toda la eternidad. Para ello, convocó a todos los artesanos de la región y les hizo convertir una pequeña iglesia abandonada que se levantaba junto al río en un gigantesco mausoleo, en el que fueron depositados los cuerpos de Isabela y Zerbino.

Erguíase el monumento funerario al otro lado de un estrecho puente, en mitad del cual se plantó Rodomonte, armado de pies a cabeza, dispuesto a batirse contra todo caballero que pretendiera cruzarlo, a vencerle y a colgar sus armas de la tumba de los fieles amantes. Los vencidos serían enviados a Argel para que allí sirviesen como esclavos.

Un buen día se presenta en el puente una extraña criatura: a juzgar por su forma, es un hombre de gran tamaño; anda desnudo como un animal y las greñas le cubren la cara. No habla: más bien diríase que ruge. Es Orlando el loco que deambula sin

rumbo por tierras de Francia, sembrando estragos. Cuando lo ve Rodomonte, no sabe qué hacer: ¿es posible un duelo con un ser de tales características? Al fin decide cerrarle el paso y esperar a la reacción del monstruo.

Vestido de hierro, se planta el colosal sarraceno en medio del camino y extiende los brazos, impidiendo el paso a Orlando. Este, como un animal enfurecido, se lanza sobre Rodomonte, y ambos cuerpos ruedan por el suelo, estrechamente abrazados, intercambiando puñetazos y patadas a mansalva. Con tanta violencia se pelean que acaban cayendo juntos al río. Orlando, que está desnudo nada como un pez, alcanza la orilla y se hunde en la maleza. El sarraceno, en cambio, que viste pesadísima armadura, debe luchar a brazo partido con el agua y solo tras enormes esfuerzos gana la ribera, comprobando que su extravagante adversario ha desaparecido sin dejar rastro.



El viaje de Orlando por Francia es como una pesadilla: deambulando por valles y selvas, pasa el infeliz del Ródano a los Pirineos. Si un humilde asno se atraviesa en su camino, lo agarra de una pata y lo lanza por los aires a enorme distancia como si de una piedrecilla se tratase; si un leñador le amenaza con su hacha, lo descuartiza en un santiamén... Se alimenta de carne cruda y frutas silvestres, duerme en el suelo cuando el agotamiento lo rinde. Avanzando sin reposo, cruza la cordillera pirenaica y penetra en tierras de Cataluña. Bordeando siempre la costa, llega a las playas de Tarragona. Allí, para protegerse del sol, excava un hoyo en la arena y mete en él la cabeza.

Mientras está así, llegan cabalgando a aquel mismo lugar la bella Angélica y su esposo Medoro que, como ya sabemos, se dirigían a Valencia con el propósito de embarcar rumbo a Oriente. Angélica no advierte la presencia de Orlando hasta que está encima de él, pero ni siquiera entonces es capaz de reconocerlo, de tanto como ha cambiado el paladín. Aquella faz macilenta de ojos hundidos, aquella barba hirsuta y enmarañada, llena de hojarasca y algas, solo despiertan en ella temor, y grita pidiendo auxilio a Medoro. En cuanto Orlando la descubre, se levanta de un brinco para atraparla, no porque reconozca en ella a su antiguo amor, sino como el salvaje que desea poseer algo brillante y hermoso.

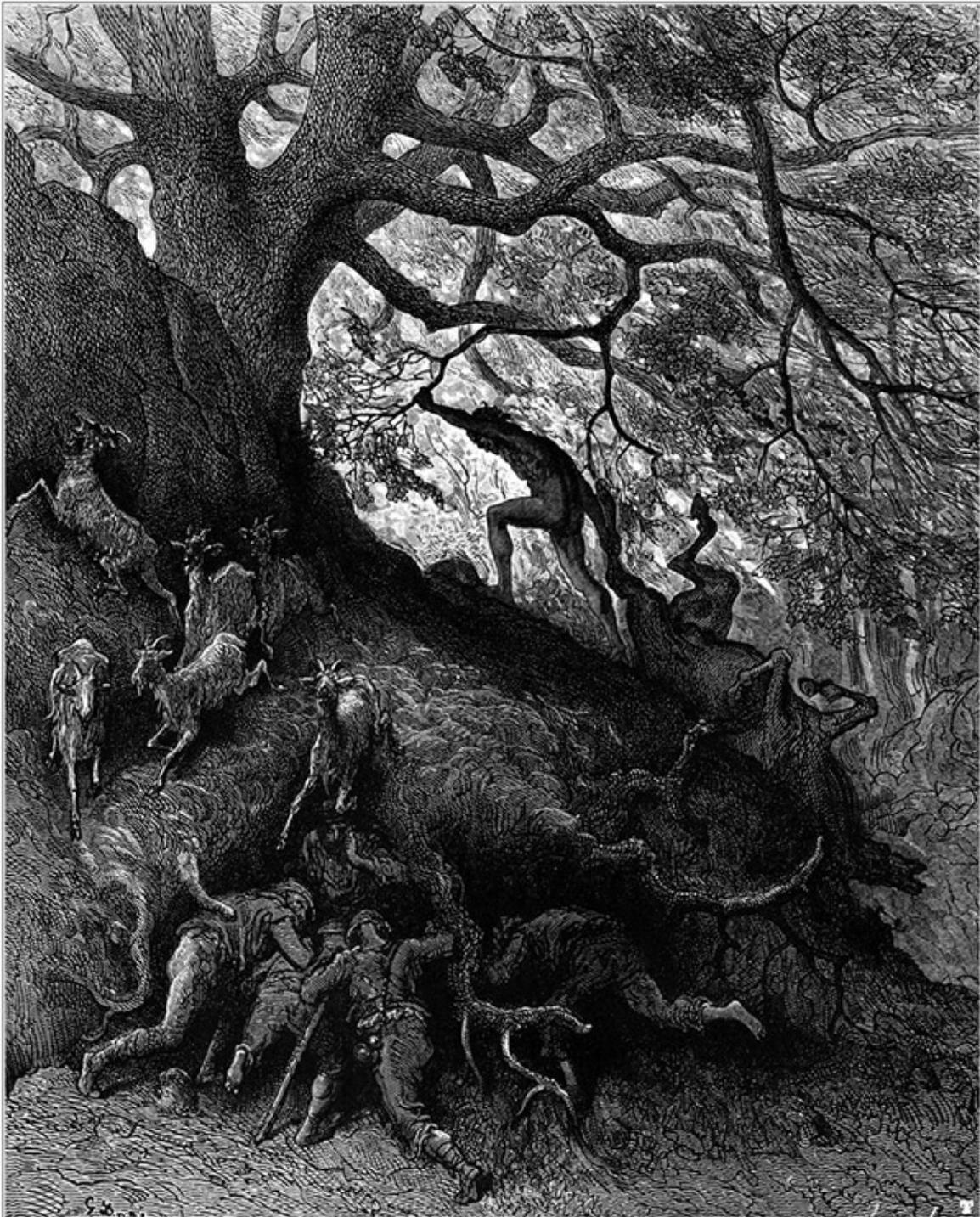
Medoro, que no estaba lejos, espolea el corcel y trata de pisotear al monstruo y derribarlo a golpes de espada. Choca el arma con la piel del paladín, que era más dura que el acero, y éste, al sentirse golpeado por detrás, se vuelve y de un solo puñetazo destroza la cabeza del caballo de Medoro como si fuese de vidrio. Luego reemprende furioso la persecución de Angélica.

Clava la dama sus espuelas en los ijares de su potrilla, intentando esquivar al loco que la sigue. De pronto, se acuerda del anillo que aún lleva en el dedo: se lo mete en

la boca y en el acto desaparece de la vista de Orlando como una luz que se apaga. Pero en el mismo instante en que se introduce el mágico anillo entre los labios, pierde los estribos y va a dar en la arena.

El loco, al perder de vista a su presa, se abalanza sobre la potrilla y la agarra primero por la crin y luego por la brida; se monta en ella y la obliga a galopar sin descanso durante horas y horas, sin quitarle freno ni silla y sin permitirle pastar ni beber. Al saltar un foso, caen pesadamente paladín y cabalgadura; Orlando queda ileso, pero la potrilla se rompe una pata. Entonces el loco se la carga sobre sus espaldas como un saco y prosigue así su interminable viaje.

Cuando Orlando se cansa de llevar el animal a cuestas, intenta hacerlo trotar de nuevo, pero ya todo esfuerzo es inútil. Entonces decide atarle una de las riendas a la pata derecha y tirar de ella. De este modo la arrastra, convencido en su insensatez de que hace un favor a la pobre bestia, la cual va dejando pelos y cuero en las piedras del camino hasta que expira de hambre, sed y dolor. Orlando no se da cuenta del fin de la potrilla, y, arrastrando sin cesar aquel pedazo de carroña en dirección a Occidente, llega finalmente a la orilla de un río.



Decide atarle una de las riendas a la pata derecha y tirar de ella.

Allí suelta su maloliente carga y nadando como una anguila pasa al otro lado del río; en la orilla encuentra a un pastor que está abrevando a su caballo y le ofrece hacer un cambio de cabalgaduras: él tomará el caballo sano del pastor y éste los restos de la potrilla de Angélica. El pastor se ríe a carcajadas al oír tan extraña proposición. Luego, ante la insistencia del loco, le golpea con un nudoso cayado. De un puñetazo, le hunde Orlando la tapa del cráneo, y se adueña del animal que corre una suerte muy parecida a la de la potrilla: su jinete le fuerza a caminar sin descanso durante varios días. Así llegó a Málaga, donde causó más estragos que en ninguna

otra parte: hizo arder tantas casas y mató a tanta gente que más de un tercio de la población se convirtió en un desierto calcinado.

Pasó a la ciudad de Algeciras, junto al estrecho de Gibraltar, y allí vio una barca que zarpaba del puerto atestada de alegres jóvenes. Les ordenó el paladín que le esperaran, pero no le hicieron caso. Entonces obligó a su caballo a introducirse en el mar. El animal se resistió y encabritó, pero acabó hundiendo en el agua las rodillas y luego grupa y vientre y, al fin, la cabeza, hasta que hubo de optar entre cruzar el estrecho a nado o ahogarse en el camino.

Ya no divisaba Orlando la barca que le había hecho abandonar la tierra firme, pero siguió azuzando todavía a su montura, dispuesto a pasar al otro lado como fuera, hasta que la pobre bestia, repleta de agua, se hundió para siempre en las profundidades y hubiera arrastrado a su jinete consigo de no haberse soltado Orlando a tiempo. Entonces el loco empezó a mover manos y pies para mantenerse a flote, mientras con fuertes resoplidos apartaba las olas que iban a estrellarse en su rostro. Si llega a levantarse un temporal, no sobrevive Orlando a esta aventura.

Mas la Fortuna —que cuida de los locos— le permitió alcanzar una playa cercana a Ceuta. Desde allí anduvo varios días en dirección a Levante, hasta topar con un enorme ejército de negros.

Pero dejemos al paladín errante, que tiempo habrá para seguir hablando de él. En cuanto a Angélica y Medoro, baste decir que llegaron a Valencia y pudieron embarcar en una nave que los condujo sin percances a la India. Así fue como desapareció la hermosa pareja de tierras de Europa y también de las páginas de esta historia.



Angélica y Medoro escapan felices a la India.

Capítulo quince

EL VIAJE DE ASTOLFO

¿ Os acordáis de Astolfo? Era aquel caballero cristiano al que Alcina había convertido en mirto y que, cuando Rugiero y Melisa derrotaron a la perversa hechicera, recuperó su forma humana, refugiándose en el reino de Logistila. Antes de partir para recorrer el mundo, recibió de su anfitriona, como regalos de despedida, un cuerno y un libro mágicos. Armado con aquellos dos objetos prodigiosos, emprende una extraordinaria peregrinación a través de los países más exóticos, derrotando gracias a sus mágicos recursos a cuantos malandrines encuentra a su paso y buscando nuevos aliados para la causa de Carlomagno.

Regresa luego a Francia, en donde encuentra y se adueña del hipogrifo que Rugiero había perdido. Como no puede viajar en dos corceles a la vez ni tiene suficientes manos para sostener cuerno, libro y lanza de oro, deposita su corcel Rabicano y la lanza maravillosa que derriba a cuantos roza en poder de Bradamante, la noble doncella guerrera, seguro de que se los restituirá en cuanto se lo pida.

Montado en el hipogrifo, reemprende su viaje, dirigiéndose a Etiopía. Reina allí el soberano más rico de la tierra, Senapo, al que muchos llaman también Prestejuan. En un arrebató de insensata soberbia intentó el tal Senapo conquistar con su ejército de camellos y elefantes nada menos que el Paraíso Terrenal. Por tal acto cayó sobre él la maldición divina: no solo ha quedado ciego sino que, cada vez que se dispone a comer, aparecen volando en el cielo unos horribles pajarracos con rostro de mujer, las harpías, y con sus garras vuelcan jarros y fuentes, embadurnando con su propio estiércol los manjares. Según la profecía, la maldición concluirá el día en que llegue un caballero volando sobre un corcel alado.

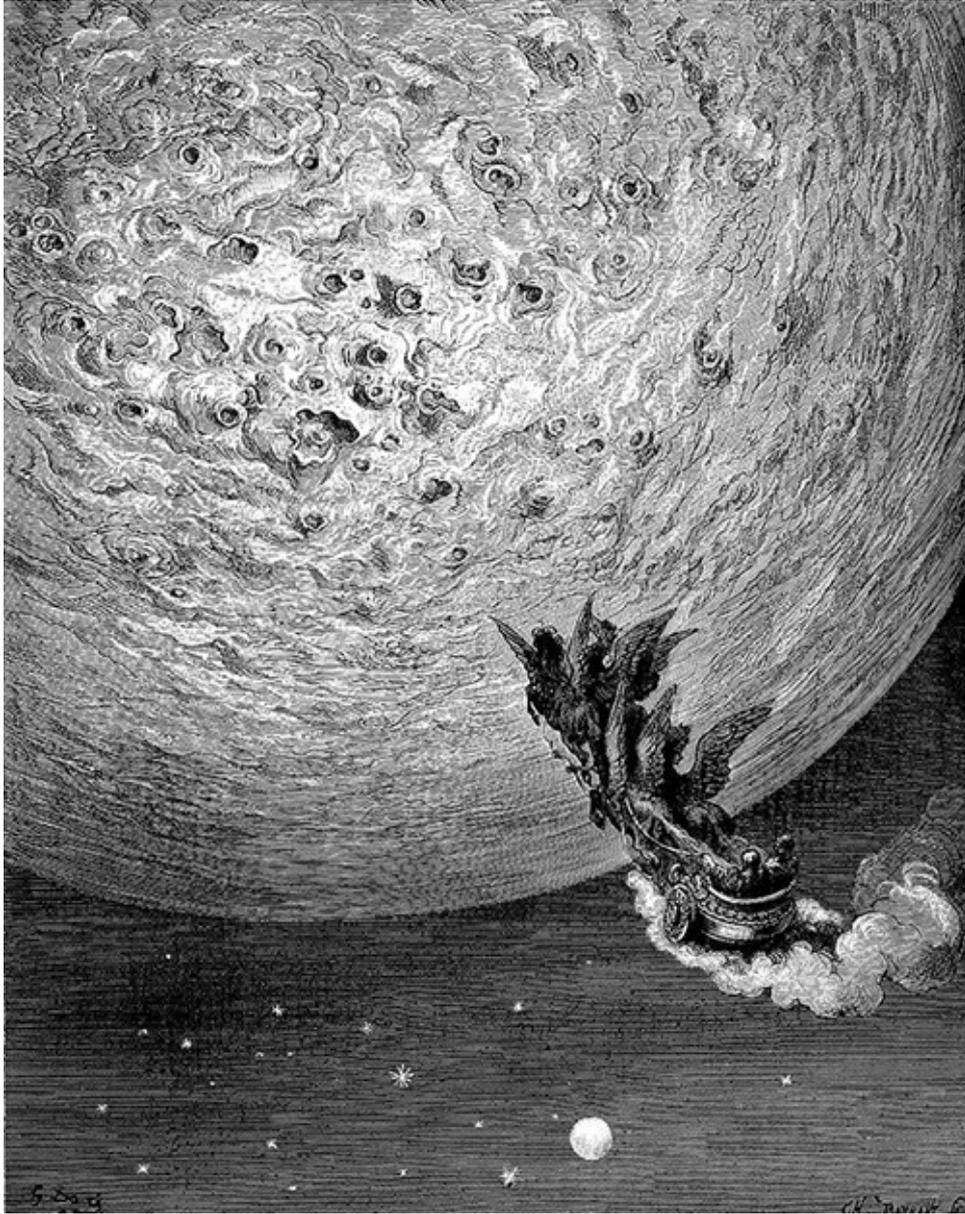
Cuando Astolfo aterriza en el país, es recibido con inmensa alegría: el rey Senapo ordena que se prepare un suntuoso banquete en honor de su huésped, convencido de que su llegada ha significado el fin de la maldición. Pero, antes de que haya tenido tiempo de engullir el primer bocado, el aire se llena de un espantoso croar: ahí están otra vez los malignos pajarracos derribando vasos y platos y ensuciándolo todo. Corre Astolfo a su hipogrifo, monta de un salto y se eleva por los aires, introduciéndose en la nube de harpías, a las que ataca a espadazos. Chillan espantosamente los pajarracos y una lluvia de plumas negras cae sobre la tierra, pero sus enemigas son demasiado numerosas y Astolfo, a pesar de su habilidad, se siente incapaz de acabar con todas.

Se acuerda entonces de su cuerno mágico y, llevándoselo a los labios, sopla con todas sus fuerzas. Aquel terrible sonido pone en fuga a las harpías: el hipogrifo las persigue batiendo vigorosamente sus enormes alas. Astolfo descubre entonces en el

horizonte una altísima montaña cuya cima se pierde entre las nubes: allí se ocultan las fuentes del río Nilo. También allí, muy cerca de la cúspide, se encuentra el Paraíso Terrenal del que fueron expulsados Adán y Eva. Al pie de la montaña se abre una caverna oscura que es la puerta de los Infiernos: por ella desaparecen las harpías para ponerse a salvo de su perseguidor. En cuanto las fauces de la tierra han engullido al último de aquellos monstruos, llega Astolfo y con piedras y troncos ciega para siempre la puerta infernal, condenando a las harpías a la oscuridad eterna.

Después se eleva en su hipogrifo hasta alcanzar la cima del monte, pues está deseoso de contemplar el Paraíso Terrenal. Le espera allí una campiña maravillosa, en la que flores que parecen de zafiros, rubíes, topacios y perlas, se abren sobre una hierba de esmeralda. Cantan allí pájaros de mil colores y murmuran cien arroyuelos más transparentes que el cristal. En medio de aquellas maravillas se levanta un palacio que parece de llama viva, a cuya entrada se dirige lentamente Astolfo para poder gozar de aquellas sublimes visiones. En el vestíbulo del palacio le espera un anciano de blanca cabellera que viste blanca túnica y manto escarlata. Sonriendo alegremente, acoge al paladín con estas palabras:

—Buen caballero, que por designio divino volaste hasta el Paraíso Terrenal sin saber realmente la última razón de tu viaje, permíteme que sea yo, Juan el Evangelista, quien te lo revele. Aquí conocerás la mejor manera de servir al emperador Carlos y librar de peligros a la Santa Fe de los cristianos. Tal vez no sepas que en Francia vuestro Orlando, por haberse apartado del camino recto, ha sido castigado por Dios, que guarda su ira mayor para los que más ha amado. Dióle al nacer tanta fuerza y valor que resultaba invulnerable frente a cualquier enemigo, mas solo con el fin de hacer de él perpetuo defensor de su Fe, como Sansón lo fue de la de los hebreos frente a los filisteos. Pero también como Sansón, sucumbió Orlando al amor de una pagana y, por ella, más de dos veces estuvo a punto de dar muerte a su propio primo, el fiel Rinaldo. Por este crimen, Dios lo ha enloquecido y ahora anda el paladín errando por el mundo, desnudo como una fiera. Pero ha sido voluntad del Creador piadoso que solo tres meses dure este castigo. Y tú has sido elegido para devolverle el juicio extraviado. Tendrás que hacer otro viaje, esta vez conmigo, y abandonar la tierra para subir a la luna, el planeta más cercano. Allí encontrarás la medicina que Orlando necesita. En cuanto caiga la noche, partiremos.



Desde allí fueron al reino de la Luna.

Escucha Astolfo, maravillado, aquel discurso; recibe luego del Evangelista un cesto de frutas del Paraíso que, con su sabor incomparable, calman a la vez su hambre y su sed y hacen desaparecer de sus miembros todo rastro de cansancio.

Cuando el sol se hubo encerrado en el mar y por encima de ellos se elevaron los cuernos de la luna, san Juan aparejó un carro apropiado para recorrer el cielo: no era otro que el que, en los montes de Judea, había arrebatado al profeta Elias. Arrastrados por cuatro caballos rojos como la llama, se elevaron por los aires atravesando la esfera del fuego eterno que, milagrosamente, los dejó pasar sin causarles daño alguno. Desde allí fueron al reino de la luna, descubriendo Astolfo con asombro que el planeta que tan pequeño nos parece cuando lo contemplamos desde la tierra tenía, visto de cerca, enorme tamaño, y una gran parte de él parecía de acero. Había allí ríos, lagos y campiñas distintos de los nuestros, y valles, montañas, castillos y ciudades tan magníficos y extraños como jamás antes contemplara el caballero.

Le contó su guía que a la luna va a parar cuanto en la tierra se pierde: lágrimas y suspiros de amantes, las horas perdidas en el juego, el ocio inútil de los ignorantes, los propósitos descabellados y los vanos deseos. También allí se encuentran las olvidadas glorias de asirios, persas, griegos y romanos y la hermosura marchita de antiguas bellezas.

Condújole el Evangelista a una parte en la que se amontonaban las redomas de cristal: guardábase en ellas el juicio de cuantos en la tierra lo habían perdido por culpa del amor, del ansia de riquezas o de honores, o de las artes mágicas. Tomó Astolfo el recipiente que contenía el juicio de Orlando, y que era más grande y pesado que los demás. Ahora solo faltaba encontrar al pobre Orlando.



Capítulo dieciséis

LOS CELOS DE BRADAMANTE

En el castillo de Montalbano, Bradamante recibe noticias cada vez más alarmantes acerca de Rugiero. Le llega primero la carta de que es portador su hermano Ricciardeto y a través de ella se entera de la decisión tomada por su amado de cumplir con su deber de paladín sarraceno antes de convertirse y casarse con ella. Mucho le duele la noticia, pero en el fondo comprende la actitud de Rugiero, dictada por su profundo sentido del honor y de la lealtad. Le llegan luego nuevas del combate con Mandricardo, saldado con la muerte del tártaro y gravísimas heridas para su prometido. Estas noticias llenan el corazón de la muchacha de intensa zozobra por la vida de Rugiero. Pero cuando el último mensajero le narra detalladamente cómo una ilustre guerrera sarracena, Marfisa, se está ocupando personalmente de cuidar a Rugiero y no se aparta de la cabecera de su lecho, atendiéndole con la solicitud de la más tierna esposa, su desesperación no conoce límites. Dolor, rabia y celos la enloquecen de tal manera que piensa en quitarse la vida. Pero es demasiado animosa para ello y al fin decide tomar venganza de ambos, desafiando al infiel Rugiero y a la odiada Marfisa.

Con la prodigiosa lanza de oro que Astolfo le ha confiado, parte hacia el campamento sarraceno que Agramante, tras las últimas derrotas sufridas, ha trasladado de los alrededores de París a Arles, en Provenza. También lleva consigo, además de su propio corcel, a Frontino, que fuera de Rugiero y del que se hizo cargo cuando su amado fue arrebatado por el hipogrifo después de la destrucción del castillo del mago Atlante. Lo ha tenido hasta entonces en sus caballerizas, esperando la ocasión de restituirlo a su dueño.

No encuentra aventuras dignas de mención en su viaje, hasta que llega al famoso puente que Rodomonte custodia. Muchos son ya los caballeros que el de Argel ha vencido y despojado, enviándolos a África para que sean vendidos como esclavos. Cuando ve aparecer a la guerrera, la amenaza con la muerte si voluntariamente no le entrega armas y corceles. Bradamante, que conoce la historia de las crueldades de Rodomonte, le responde:

—¿Por qué pretendes, hombre bestial, que los inocentes hagan penitencia por tu pecado? Solo tu sangre podrá aplacar el alma de Isabela, puesto que tú la mataste: eso lo sabe todo el mundo. Prepárate, pues, para la batalla, que hoy ha llegado el fin de tus fechorías.

Sin hacer caso de las amenazas que el moro le dirigía, retrocedió hasta situarse en la entrada del puente, aguijó a su caballo y, con la lanza de oro en ristre, se precipitó a

abatir al orgulloso argelino. Rodomonte se dispone también para el combate; arranca a gran velocidad y todo el puente resuena. La lanza de oro se porta como siempre: hace saltar al pagano de la silla y lo arroja de cabeza sobre las tablas del puente. Da la vuelta la doncella y regresa al lado del caído.

—Ya ves quien ha sido el perdedor —le dice—, y a cual de nosotros le ha tocado besar el suelo.

El pagano quedó mudo al darse cuenta de que una mujer le había vencido y no pudo —o no quiso— responder. Se levantó del suelo, lúgubre, anduvo cuatro o cinco pasos y, quitándose el yelmo y el resto de sus armas, las estrelló contra la roca. Partió luego de aquel lugar y, según se supo, se retiró a una oscura caverna. Bradamante colgó las armas de Rodomonte del mausoleo de Isabela, e hizo quitar las de los anteriormente vencidos, entre las que reconoció las de caballeros cristianos tan insignes como Brandimarte, Oliveros y Sansoneto. Después reemprendió el viaje al campamento de Agramante.



Hace saltar al pagano de la silla.

En cuanto llegó al campo, se abstuvo de entrar en él y envió un mensajero a Rugiero con el encargo de entregarle el caballo Frontino y desafiarle. Fue admitido el mensajero a presencia del paladín, que todavía estaba convaleciente, y, siguiendo las instrucciones de la doncella, le dijo:

—Un caballero que quiere probar ante todo el mundo que eres un perjuro traidor me ha confiado este caballo para que te lo entregue. Y dice que te vistas tu cota y armadura y salgas al campo a batallar con él.

Quedó Rugiero confuso ante tal embajada, sin adivinar quién, a un mismo tiempo,

le restituía su queridísimo caballo y lo insultaba llamándole «perjuro traidor». Ni por asomo podía pensar en Bradamante. Mientras tanto, la doncella hacía sonar insistentemente su cuerno delante del campamento, reclamando la batalla. Enteráronse Marsilio y Agramante de las exigencias del caballero desconocido y consultaron acerca de la embarazosa situación con sus mejores paladines, pues Rugiero, el desafiado, no se hallaba en condiciones de exponerse en la batalla. El noble Serpentino de la Estrella se ofreció a combatir en lugar de Rugiero y Agramante lo aceptó. La lanza de oro de Bradamante tumbó a Serpentino al primer encuentro.

La misma suerte sufrieron Grandonio de Volterna y Ferrau, que aceptaron el desafío de la muchacha en nombre del convaleciente. Después de vencer al tercer contendiente, Bradamante se quitó el yelmo y a grandes voces proclamó que no estaba dispuesta a seguir batiéndose con pobres sustitutos: el próximo adversario debía ser Rugiero y nadie más que Rugiero. El derrotado Ferrau la reconoció en el acto y, dirigiéndose a toda prisa a la tienda del desafiado, le reveló la identidad del misterioso caballero que le retaba.

Más confuso que nunca, Rugiero decide salir a combatir con su amada. Pero mientras se está armando, Marfisa, que ama a Rugiero apasionadamente, se le adelanta y vuela a enfrentarse con Bradamante. Aparece en el campo de batalla ostentando un Fénix sobre el yelmo. Cuando la hija de Amón la ve, le pregunta cómo se llama. Al oír el detestado nombre de «Marfisa», se jura a sí misma que morirá si no venga en ella sus celos. Se lanza luego contra su rival como una tigresa, con la intención de atravesarle el corazón con la lanza. No consigue su mortífero deseo, aunque sí logra descabalar a Marfisa. Esta, loca de rabia, desenvaina la espada y trata de herir a Bradamante o, al menos, a su caballo. Bradamante la derriba otra vez con la punta de su lanza. Viendo a Marfisa en situación desfavorable, saltan al campo numerosos caballeros dispuestos a interponerse.

Rugiero intenta por todos los medios detener el combate entre aquellas dos mujeres a las que tanto ama, aunque no de la misma manera, pues por Bradamante siente amor apasionado de esposo, y, por Marfisa, la amistad ilimitada que deriva del agradecimiento.

La hija de Amón no se rinde y a lanzadas tumba por el suelo a más de trescientos caballeros, mientras cubre de insultos a Rugiero:

—¿No es suficiente —le grita— que la Fama me diera noticia de tu perfidia? ¿Tú mismo me traes a tu amante? Pues entérate de que no me importa morir, pero antes morirá ella.

Luchando sin parar, las dos doncellas, seguidas de cerca por Rugiero, han ido a parar a un bosquecillo de cipreses, dentro del cual se levanta una sepultura de blanco mármol. Allí Bradamante vuelve a la carga contra Marfisa y, tras derribarla de nuevo, suelta la lanza y desmonta, decidida a cortar la cabeza de su rival con la espada. Pero la otra se ha incorporado y la espera, resuelta a vender cara su vida. Prosigue el

combate a mandobles hasta que, fatigadas, sueltan las espadas y echan mano de sus puñales. Rugiero, viendo que sus palabras no producen efecto alguno, trata de detenerlas sujetándolas por brazos y manos.

Esta intromisión enfurece a Marfisa que, retomando la espada, se vuelve ahora contra Rugiero, diciéndole:

—Te portas de modo descortés y villano al estorbar un combate ajeno, pero haré que te arrepientas con este brazo, que me basta para derrotaros a los dos.

En contra de su voluntad, acaba por desenvainar también Rugiero y se defiende bravamente de los golpes de la guerrera: procura al principio no herir a su adversaria, pero, cuando ésta le asesta un golpe tremendo que está a punto de partirle la cabeza en dos, aparta de sí toda piedad y se lanza a fondo contra Marfisa.

Uno de los golpes de Rugiero fue a dar contra un ciprés; entonces, súbitamente, un violento terremoto sacudió el valle, deteniendo a los contendientes, y del sepulcro se alzó una profunda voz que así decía:

—Detened este injusto combate, pues es hazaña impía la muerte del hermano a manos de la hermana o la de la hermana a manos del hermano. Creedme, Rugiero y Marfisa: ambos nacisteis de un mismo vientre. Fueron vuestros progenitores Rugiero Segundo, descendiente por línea directa de Héctor de Troya, ilustre caballero cristiano, y la gentil princesa mora Galaciela. Los malvados hermanos de vuestra madre, entre los que se contaba Troyano, padre de Agramante, asesinaron a vuestro padre y, metiendo a vuestra madre en una frágil barca, la arrojaron al mar. Pero la Fortuna, que ya os había elegido para gloriosas empresas, hizo que la embarcación naufragara en la orilla de las Sirtes: allí murió la desventurada Galaciela tras daros a luz. Me encontraba yo, Atlante, cerca de aquel lugar: di sepultura a vuestra madre, y me ocupé de vosotros con la ayuda de una bondadosa leona que por espacio de veinte meses os amamantó.

»Un día en que tuve que alejarme de vosotros, llegó a aquel lugar una mesnada de árabes y te raptaron, Marfisa, pero Rugiero logró escapar de sus manos, ocultándose en un bosque. Mucho lloré tu pérdida, muchacha, pero me consagré con redoblado ahínco a la educación y protección de tu hermano. Si te guardé bien, Rugiero, mientras viví, tú lo sabes mejor que nadie, sobre todo desde que supe que las estrellas habían profetizado que morirías entre cristianos y a traición. Sintiéndome a punto de morir, di orden de que se me enterrara en este bosquecillo, porque sabía que este lugar estaba destinado a ser escenario de vuestro combate. Conseguí de las divinidades infernales que permitieran a mi espíritu permanecer en la tierra hasta que os hubiera revelado vuestra historia. No tengas celos, pues, Bradamante, y abraza a Marfisa como a tu hermana. Pero es tiempo ya de que abandone la luz para siempre y me dirija al reino de las eternas tinieblas».

Así habló Atlante y enmudeció para siempre.

Se funden en un estrecho abrazo los dos hermanos, y luego Marfisa y Bradamante, cuyos celos pertenecen ya al pasado. Cuando Marfisa se entera de que

por línea paterna procede de cristianos, decide bautizarse cuanto antes y empuñar las armas contra Agramante, el padre, el abuelo y el tío del cual habían sido los causantes de la ruina de sus infelices padres, e insta a su hermano a hacer lo mismo. No quiere Rugiero, sin embargo, volverse contra Agramante: al fin y al cabo, Agramante le armó caballero y siempre lo trató con afecto. No sería honroso pagarle con la traición y la muerte. Quiere a toda costa saldar la deuda que con él tiene contraída con alguna hazaña importante. Después, solo después, se bautizará y contraerá matrimonio con Bradamante.

No hay manera de persuadirle: una vez más, Bradamante y Rugiero deben separarse. El regresa al campamento sarraceno y ella, acompañada de Marfisa, vuelve al lado de Carlomagno. En cuanto las dos doncellas llegan al campo cristiano, Marfisa recibe el bautismo de manos del arzobispo de París.



Capítulo diecisiete

EL JUICIO DE ORLANDO

Montados otra vez en el carro del profeta Elias, descienden Astolfo y san Juan Evangelista del reino de la luna al Paraíso Terrenal, llevando en la redoma el juicio de Orlando. Antes de que parta hacia Etiopía, recibe del santo el paladín una hierba de maravillosa virtud, con la cual devolverá la vista al rey Senapo, además de sabias instrucciones para conquistar las ciudades de la costa africana.

Luego, sobre el hipogrifo, sobrevuela el curso del Nilo hasta posarse de nuevo en el reino de Senapo, en donde es recibido con enorme alegría. Y cuando con la hierba friega los ojos del rey, sanándolo de su ceguera, el pueblo cae de rodillas ante él y lo adora como a un dios. Pero Astolfo rechaza los homenajes y los tesoros que el agradecido Senapo le ofrece. Solo pide un ejército para conquistar el litoral africano, en donde, según le ha revelado el Evangelista, ha de encontrar a numerosos prisioneros cristianos. Senapo pone inmediatamente a su disposición los hombres que le pide y cien mil más, así como cuantos camellos y elefantes necesite, pues no se conocen los caballos en Etiopía.

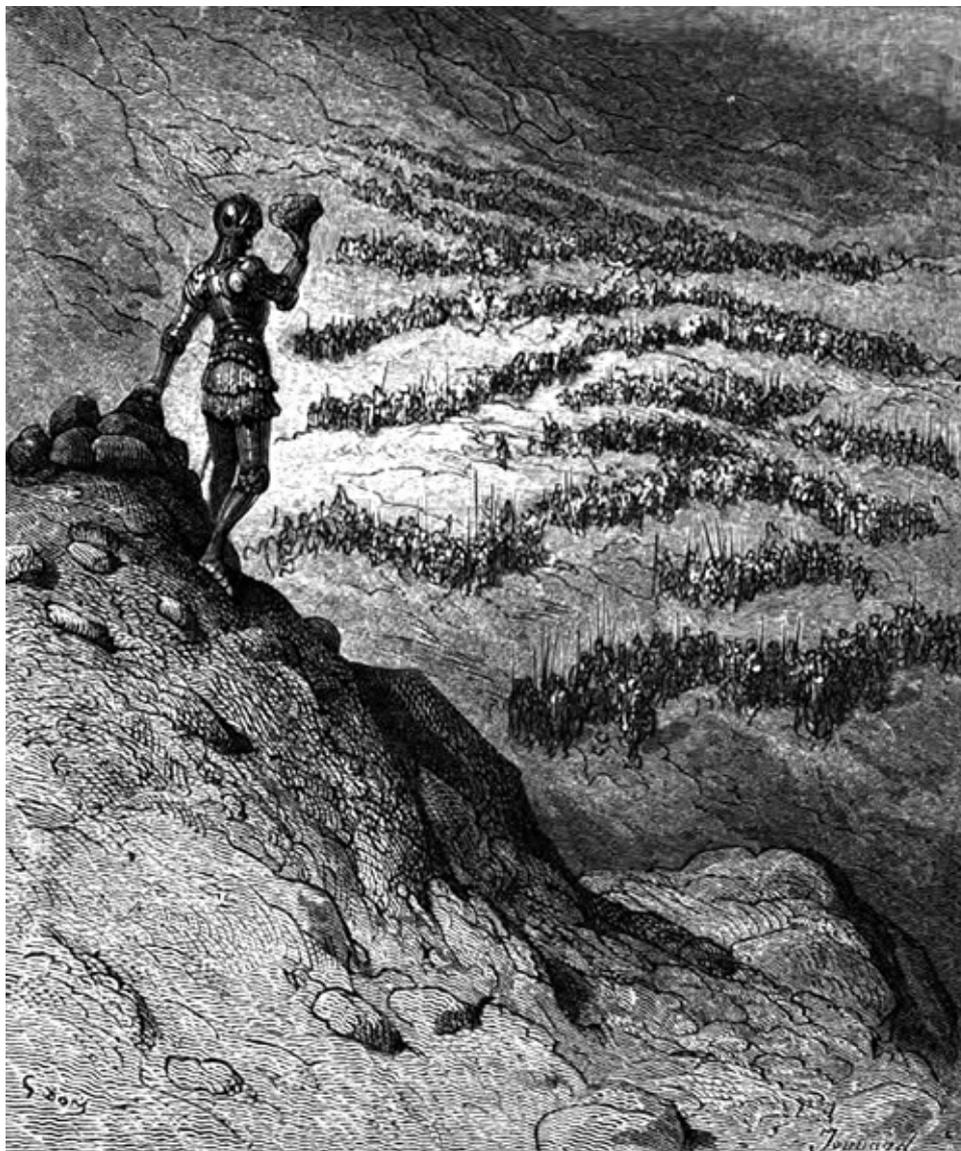
Antes de emprender la travesía del desierto, se dispone Astolfo a inutilizar al que es, en aquellas tierras, el peor enemigo de los hombres: el Noto o Viento del Sur que, levantando espantosas tempestades de arena, ciega, enloquece y extravía a los viajeros. Gracias a la información que le ha dado san Juan sabe dónde se encuentra el refugio del temido Noto y hacia allí se dirige, cabalgando en su alado corcel.

Alcanza al mediodía la montaña en cuyas entrañas reposa, fatigado, su enemigo; aplica un odre que ha llevado consigo a la abertura por la que sale el viento y espera pacientemente. Por la mañana, cuando Noto pretende salir al exterior, como todos los días, a levantar ingentes nubes de arena, se encuentra cautivo en el odre de Astolfo.

Muy contento con su presa, vuelve el paladín a Etiopía y sin más dilaciones da la orden de marcha a su ejército de negros. Atraviesan el desierto sin dificultad alguna y alcanzan los escarpados montes del Atlas. Echa entonces Astolfo a faltar a la caballería, absolutamente imprescindible para dejarse caer sobre las ciudades de la costa y tomarlas. Recordando una vez más los consejos del Evangelista, elige a los mejores de entre los que le acompañan y los coloca al pie de una montaña, subiendo él a la cima.

Allí se arrodilla e invoca a su santo maestro; luego empieza a echar piedras cuesta abajo, las cuales, en su caída, crecen y se transforman: dibújense en ellas vientre, patas, cabeza y crin... y, soltando alegres relinchos, llegan al valle convertidas en

ligerísimos corceles, que son sujetados por los soldados etíopes allí apostados. Nada falta a los maravillosos animales, pues con ellos han nacido sillas, frenos y estribos. De este modo obtiene Astolfo en un solo día ochenta mil cien caballeros con los que recorre la costa de África tomando ciudades y haciendo prisioneros.



Empieza a echar piedras cuesta abajo.

Cuando ya solo queda por conquistar en tierra africana la plaza de Biserta, empieza a preparar su regreso a Europa. Elige ahora de entre sus hombres a los que considera más capaces para el oficio de marinos y el combate naval y luego, llenando sus manos de hojas de olivo, cedro y laurel, se acerca al mar y las arroja a las olas. En cuanto las hojas tocan el agua, cada una de ellas se transforma, convirtiéndose al fin todas en hermosas naves perfectamente aparejadas. Escoge para la difícil tarea de pilotar las naves a corsos y sardos que había liberado en sus anteriores conquistas. Y ya tenemos a Astolfo hecho almirante de una flota servida por más de veintiséis mil hombres.

Estaba la armada todavía atracada en el litoral africano, a la espera de un mejor viento para zarpar, cuando arribó a aquel lugar un navío cargado de prisioneros cristianos. Transportaba a los que, en el puente del Ródano, el fiero Rodomonte había vencido para colgar sus armas en el mausoleo de Isabela. Allí estaban los valerosos Dudón, Oliveros, Sansoneto, Brandimarte y muchos otros caballeros de Alemania, de Italia y de Gascuña. Cuando el capitán que comandaba la nave argelina se dio cuenta de que la armada que le salía al encuentro ostentaba el estandarte imperial, quiso huir, pero ya era demasiado tarde y no le quedó más remedio que rendirse a Astolfo.

Para celebrar el feliz encuentro prepara el paladín un solemne banquete de homenaje a sus amigos recién liberados. Mientras los caballeros comen y beben alegremente dentro de las tiendas plantadas en la playa, oyen un estruendo: alarmados, se dirigen en tropel al lugar del que proceden los gritos y descubren a un hombre enorme, desnudo y cubierto de pelo, que con un leño descomunal había tumbado ya a más de cien soldados.

Reconociólo Astolfo por las señas que le había dado el santo Evangelista y gritó a sus compañeros:

—Aquí tenéis a Orlando. No lloréis por el lamentable estado en que se encuentra, sino ayudadme a sanarlo.

Mucho se maravillaron los demás, pero al fin se convencieron de que las palabras de Astolfo eran ciertas y se dispusieron a capturar al loco, medida a todas luces necesaria para devolverle el juicio.

Forman un cerco en torno a Orlando y tratan de agarrarlo por brazos y piernas, tarea nada fácil porque el paladín, en su delirio, se defiende a estacazos de los que fueron sus mejores amigos. A punto está de matar a Oliveros y solo la presteza de Sansoneto que, con la espada, para el terrible golpe, evita la desgracia. Al fin, viendo que resulta imposible derribarlo, ordena Astolfo que traigan numerosas cuerdas en cuyos extremos hace lazos corredizos. Arrojándolos con destreza a los miembros del loco, consigue aprisionarle por brazos y piernas: tiran luego los demás paladines del otro extremo de las cuerdas y Orlando se desploma al fin como la res que va a ser marcada.

Una vez en el suelo, se echan todos encima de él y lo atan fuertemente, por más que se resiste como un animal salvaje. Ordena Astolfo que lo laven siete veces en el mar y le arranquen las costras de suciedad que recubren todo su cuerpo. Después le tapa él mismo la boca con hierbas para que no le quede más remedio que tomar aliento por la nariz. Tiene ya a punto la redoma que guarda el juicio de Orlando: la destapa y se la aplica a los orificios nasales de tal manera que el pobre paladín, al aspirar, sorbe también el contenido del frasco, recobrando así su lucidez.

De la misma manera que el que despierta de una terrible pesadilla no acierta a salir de su asombro, así el conde, aunque ha recuperado el juicio, apenas se reconoce a sí mismo y a los demás. Mira pensativo a Astolfo, a Brandimarte, a Oliveros, y no dice nada. Quiere recordar dónde se encuentra y cómo y cuándo vino. Se asombra de

su propia desnudez, de sus ligaduras y del ancho mar que se extiende ante sus ojos. Finalmente, con serena mirada, dice: «Desatadme».

No solo se siente libre de su anterior locura, sino también de su amor por Angélica. Ahora la desprecia por infiel y pone todo su empeño en recuperar el tiempo perdido, entregándose en cuerpo y alma a la causa cristiana.

Al día siguiente Astolfo envió a Provenza a su escuadra, poniendo al frente de la misma a Dudón. Él permaneció en África con Orlando y otros ilustres paladines, para concluir el asedio de la ciudad de Biserta. Al fin, cae también esta plaza en poder de los cristianos, que la saquean e incendian sin compasión, izando en sus minaretes la bandera imperial.



Al fin, cae también Biserta en poder de los cristianos.

Capítulo dieciocho

LA DERROTA DE LOS SARRACENOS

uando Rugiero, tras separarse de Bradamante y Marfisa, regresa al campamento sarraceno, en Arles, el desaliento está cundiendo entre los jefes mahometanos: no solo son ya numerosas las derrotas sufridas en tierra francesa, sino que, además, están llegando inquietantes noticias de la victoriosa campaña de Astolfo en el Norte de África. Incluso Biserta, tan bien fortificada, parece peligrar.

Se impone tomar una resolución: para ello Agramante convoca al consejo de reyes y jefes. Dos son las posturas que a lo largo de las discusiones se enfrentan: dicen unos que es urgente abandonar Francia para, por lo menos, salvar la costa de África; para otros, hay que aprovechar la providencial ausencia de Orlando para derrotar a Carlomagno de una vez por todas y luego regresar a África. Tras acalorados debates, triunfa el parecer del viejo rey Sobrino, el más sabio de cuantos consejeros rodeaban a Agramante. Según él, hay que regresar a África cuanto antes, pero no sin haber resuelto la situación en Francia de la forma más rápida y humana posible. Para ello sugiere que la suerte de la guerra se remita al resultado de un combate individual entre dos caballeros, acordando previamente con el emperador cristiano que el rey del campeón que resulte derrotado se convierta en tributario del señor del vencedor. Agramante elige como campeón del lado sarraceno a Rugiero, puesto que Mandricardo ha muerto y Rodomonte ha desaparecido.

Una embajada transmite la proposición y las reglas del desafío a Carlomagno, el cual, para evitar más derramamiento de sangre, la acepta, escogiendo como campeón de los cristianos a Rinaldo de Claromonte. Inmediatamente empiezan los preparativos para el trascendental combate que deberá desarrollarse a la vista de los dos ejércitos.

Rinaldo, orgulloso por haber sido elegido para la lid, se dispone alegremente a luchar, menospreciando las fuerzas de su adversario.

En cambio, Rugiero está triste y no por miedo a su contrincante: ante la perspectiva de combatir con el hermano de su amada, ¿qué hacer?

Si renuncia al combate, se cubre de deshonor ante Agramante, pero, si lo acepta y mata a Rinaldo, la victoria sarracena supone para él el odio eterno de Bradamante. Esta, en cuanto recibe noticias del enfrentamiento que se avecina, se desespera e increpa al ausente Rugiero y a su destino cruel. Cualquiera que sea el fin del combate, resultará fatal para ella.

Pero la maga Melisa, que nunca la abandona, no soporta sus llantos y gritos de dolor. Volando por los aires, acude a consolarla y le promete que, cuando llegue el

momento oportuno, estorbará el combate que tanto la preocupa.

En cuanto rayó el alba del día siguiente, salieron de sus respectivos campamentos los dos ejércitos y se dispusieron frente a frente en las dos laderas del valle elegido para el combate. En dos suntuosas tiendas tomaron asiento Agramante, rodeado de los jefes sarracenos, y Carlomagno, acompañado de sus paladines. Antes de empezar la lid, el emperador cristiano y el rey de África ratificaron el acuerdo con público y solemne juramento, comprometiéndose firmemente a respetar el resultado de la contienda. Después volvieron a sentarse y se dispusieron a contemplar el duelo.

Se había decidido que el combate fuera a pie y con hacha y puñal, de modo que los contendientes, dejando atrás lanzas, espadas y corceles, saltaron al campo con sus brillantes cotas de malla y las armas cortas a que nos hemos referido. Dieron los árbitros la esperada señal y comenzó la contienda.

Rinaldo, que desconoce el amor de su hermana por su adversario, lucha con brío y, manejando fieramente el hacha, trata de herir a Rugiero, el cual procura parar los golpes que sobre él llueven, evitando en lo posible causar daño a su contrincante. La prudencia de Rugiero pone muy pronto nerviosos a los sarracenos, que no reconocen en él al fogoso luchador que acabó con la vida del terrible Mandricardo. El mismo Agramante, reflejando en su rostro la decepción y el temor a la derrota, se vuelve contra Sobrino, reprochándole su desafortunado consejo.

Este es el momento elegido por Melisa para intervenir: la maga, que era maestra en el arte de la transformación, toma el aspecto de Rodomonte. Cabalgando en un enorme corcel nacido también de sus sortilegios y revestida de una armadura de escamas de dragón, se planta ante el rey Agramante y le increpa violentamente:

—Señor —le dice—, gran equivocación ha sido elegir a un joven inexperto para oponerse a un franco tan famoso y fuerte como Rinaldo en un combate del que depende el honor de África. No permitas que esta batalla prosiga. Rodomonte se hará cargo de la defensa de los sarracenos. No te avergüence tampoco romper pactos y juramentos: cada uno de tus hombres vale por cien si yo combato a su lado.

Tanto efecto hizo este discurso sobre Agramante que al punto tomó sus armas y montó en su caballo, instando a todos los suyos a hacer lo mismo. Convencido de que había recuperado al rey de Argel, no quiso saber nada del pacto. Aprovechando la confusión del momento, Rodomonte, es decir, Melisa, desapareció sin dejar rastro. Mientras tanto, Rugiero y Rinaldo, sorprendidos por lo que está ocurriendo a su alrededor, habían decidido suspender por el momento el combate y averiguar cuál de los dos soberanos era el culpable del incumplimiento de lo acordado.

Ya se abalanzan las tropas sarracenas sobre los cristianos, enardecidas por la vana creencia de contar entre sus filas con Rodomonte; no tardan en reaccionar los del emperador, lanzándose al combate como fieras. Marfisa y Bradamante, que hasta entonces habían estado contemplando el combate llenas de angustia por la suerte de sus respectivos hermanos, son las primeras en intervenir en la batalla campal que allí tiene lugar y con sus lanzas matan a centenares de enemigos, pues no hay moro que

sobreviva a sus embestidas.

Todas las circunstancias se vuelven contra Agramante: Sobrino y Marsilio, sus aliados, se niegan a combatir a su lado porque, a sus ojos, Agramante, al quebrantar su juramento, se ha hecho indigno de cualquier ayuda. La extraña desaparición de Rodomonte desconcierta a los soldados musulmanes, que se sienten abandonados a su suerte. Por otra parte, las dos doncellas guerreras se comportan como un verdadero azote del ejército sarraceno, descargando sobre sus hombres toda la tensión acumulada a lo largo del día.



Marfisa y Bradamante son las primeras en intervenir en el combate.

Viéndose perdido, Agramante decide emprender la huida: para librarse de sus perseguidores, ordena destruir los puentes del Ródano una vez que ha cruzado el río. Embarca al fin a toda prisa en unas naves mal aparejadas y casi vacías, pues ha

dejado en suelo francés más de las tres cuartas partes de los hombres que trajo consigo al iniciar la campaña, y se hace a la mar, rumbo a la costa africana.

No tenía Agramante noticia de la armada de Astolfo y, aunque la hubiera tenido, no se lo habría creído. Por lo tanto, navegaba sin temor alguno a un ataque por sorpresa. Ni siquiera había hecho poner vigías en los mástiles.

Por ello su sorpresa fue enorme cuando se vio rodeado por los cien navíos que mandaba Dudón. Espesas nubes de flechas se ciernen sobre los barcos de Agramante, a las que sigue una lluvia de piedras despedida por las catapultas cristianas. Pronto el fuego se extiende por las cubiertas de los sarracenos. Cuando mayor es la confusión de la morisma, Dudón da la orden de abordaje. Al ser embestidas por las naves cristianas, mucho más fuertes, las de los sarracenos se parten en dos, hundiéndose en el mar. Las que resisten el golpe, son sujetadas e inmovilizadas con garfios de hierro. La chusma infiel quiere huir de los peligros que la asedian y no hace sino hundirse más y más en ellos.

Para escapar del hierro y del fuego se arrojan muchos al mar, muriendo ahogados; otros, nadadores más resistentes, consiguen alcanzar una chalupa, pero son rechazados por sus ocupantes, temerosos de que la excesiva carga los haga zozobrar a todos. En pocas palabras: el agua, el fuego, las piedras y el hierro acaban con la vida de la mayor parte de los hombres de Agramante, y los que no mueren, son hechos prisioneros.

Agramante, al comprobar que tenía enfrente una gigantesca escuadra contra la que nada podía, se hizo colocar en una leve barca con su aliado el rey Sobrino y sus mejores corceles y, abandonando a sus hombres a la muerte y al cautiverio, trató de alcanzar algún lugar seguro. Fue su primer pensamiento refugiarse en Biserta, pero al descubrir desde el mar que también esta ciudad ardía como una antorcha, cambió de rumbo, dirigiéndose hacia Oriente, y desembarcó en una isleta de pescadores. Allí, para su alegría, encontraron al rey Gradaso de Sericania que, tras abandonar Francia con Agramante, se había desviado luego, siguiendo una ruta distinta, gracias a lo cual se libró, sin saberlo, de la terrible batalla naval.

Agramante y Sobrino informaron a Gradaso de los últimos desastres padecidos, discutiendo luego los tres acerca de qué partido tomar. Propone Agramante dirigirse a Egipto y solicitar allí ayuda contra los cristianos, idea que no gusta a Gradaso, pues teme una traición por parte de los egipcios. Al fin acuerdan desafiar a Orlando y a dos de sus compañeros en un torneo solitario, tres contra tres, a celebrar en la cercana isla de Lampedusa.

Sin perder tiempo, envían un mensajero a Biserta, portando una carta con las condiciones del desafío. Tanto se alegró Orlando al recibirla que cargó de valiosos regalos al mensajero: había oído que Durindana se hallaba en poder de Gradaso y estaba dispuesto a llegar hasta la India para recuperarla. Ahora no será necesario un viaje tan largo, puesto que en una cercana isla le está esperando la famosa espada. Elige para la batalla a su mejor amigo, Brandimarte, y a Oliveros, su cuñado, y los

tres embarcan rumbo a Lampedusa.



Capítulo diecinueve

LA MUERTE DE AGRAMANTE

¿Qué había sido entre tanto de Rugiero, tras la súbita interrupción de su duelo con Rinaldo? No quiso el caballero mezclarse en la batalla campal que siguió al combate hasta esclarecer cuál de los dos soberanos había roto el pacto. Montó en su caballo y abandonó el lugar y a cada hombre que se cruzaba en su camino le hacía la misma pregunta: ¿Quién atacó primero, Agramante o Carlomagno? Respondíanle todos que Agramante. Estaba el pobre paladín confuso, sin saber qué partido tomar: el amor de Bradamante le instaba a quedarse en Francia, mientras que la fidelidad debida a su señor le impelía a seguirle en su desgracia. Volvió a Arles y no halló ningún sarraceno vivo; también la armada había desaparecido de la costa, porque las naves que Agramante no pudo llevarse por falta de tripulación las mandó quemar.

Resolvió entonces ir a Marsella y tratar de embarcar allí en alguna nave que lo condujera a África. Quiso el azar que llegara a aquella ciudad poco tiempo después de la arribada de la escuadra victoriosa de Dudón: Rugiero alcanzó el famoso puerto en el mismo momento en que los capitanes de Dudón estaban desembarcando a los prisioneros tomados a los moros. Al instante reconoció entre aquellos hombres cargados de cadenas a sus antiguos compañeros, los reyes sarracenos Bambirgo, Agricalte, Farurate, Manilardo y tres más.

Rugiero, que los aprecia, no puede soportar verlos encadenados: empuñando su espada, se lanza sobre sus guardianes y en breves instantes más de cien caballeros cristianos rodaban ya por el suelo. Oye Dudón el estrépito y se lanza, espada en mano, a defender a los suyos. Rugiero y Dudón se reconocieron en cuanto estuvieron frente a frente, se desafiaron y empezaron a combatir. Sabía Rugiero que las madres de Dudón y de Bradamante eran hermanas. Unas vez más, el destino le ponía en trance de derramar sangre de la familia de su prometida; por ello, como en el duelo con Rinaldo, se limitaba a parar los golpes y evitaba emplearse a fondo contra su adversario. Dudón, vencido al fin por la fatiga, se da cuenta de que su contrincante se resiste a derribarle. Entonces, como cortés caballero que era, deja de combatir y le dice:

—Por Dios, señor, hagamos la paz, que no merezco yo la victoria. Yo me declaro vencido y prisionero de vuestra gentileza.

Aceptó gustosísimo la paz Rugiero y solicitó de Dudón que diese la libertad a los siete reyes prisioneros y pusiese a su disposición una nave para ganar la costa africana. Accedió el cristiano y les ofreció la mejor de sus naves, en la que zarparon

inmediatamente los siete reyes y Rugiero.

Se aleja la nave de Francia a merced del pérfido viento y, al segundo día de navegación, se levanta un espantoso temporal. De poco sirven contra las gigantescas olas la pericia del timonel, el arrojo de la tripulación y el valor de los pasajeros.

Cuando resulta evidente que la nave se va a perder, atiende cada cual a su propia salvación de la mejor manera que puede. Rugiero, al ver que capitán y timonel abandonan el barco a su suerte, se lanza al agua y, nadando con todas sus fuerzas, intenta alcanzar un desnudo escollo no lejano. Y entonces, cuando la nave ha sido abandonada por todos, amaina el temporal y un vientecillo favorable la empuja suavemente hasta hacerla encallar en una playa cercana a Biserta. Allí la encontró por casualidad el paladín Orlando, descubriendo para su asombro en su interior el noble corcel Frontino y la espada y armadura de Rugiero. Orlando entregó el caballo a su amigo Brandimarte, la armadura a Oliveros y se quedó con Balisarda, la espada invencible.



Mientras tanto, Rugiero alcanzó el anhelado islote, en donde fue recibido por un eremita al que una visión celestial había anunciado la llegada del caballero. También le fue revelado en la visión el destino de Rugiero: cómo, siete años después de su conversión, habría de morir, víctima de la traición de los de la casa de Maganza, pero antes engendraría el glorioso linaje de los Este.

El eremita saludó por su nombre a Rugiero y, sin revelarle el lado doloroso de la profecía, le reprendió por haber luchado durante tanto tiempo contra los cristianos; luego, con celo y caridad supremos, empezó a enseñarle los principios de la verdadera Fe, mientras atendía a las necesidades de su cuerpo quebrantado.

Cede al fin Rugiero a las persuasivas palabras del santo varón y de sus manos recibe el tantas veces postergado bautismo, abandonando para siempre la causa musulmana.

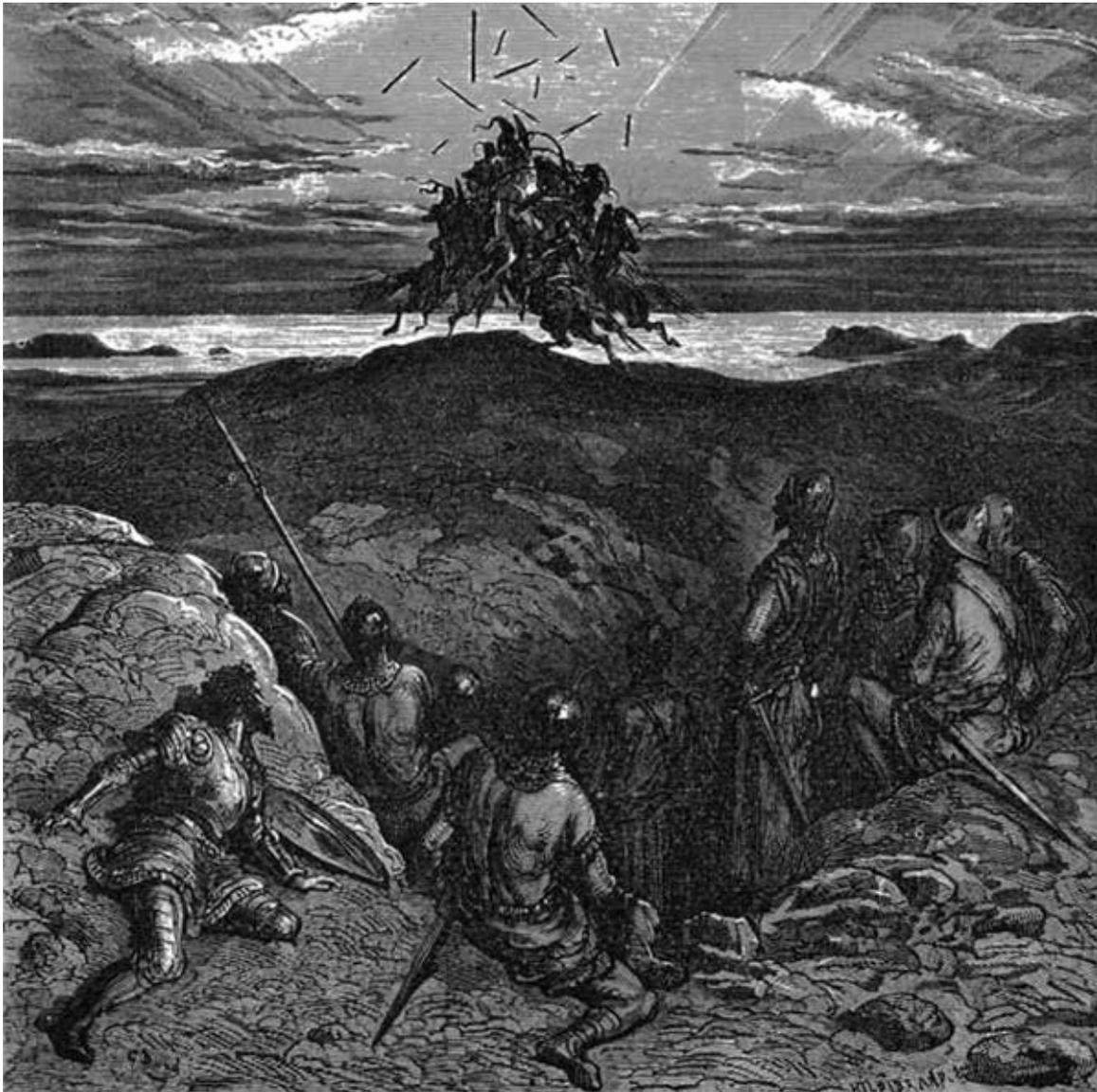


Orlando, Oliveros y Brandimarte desembarcan en la playa de Lampedusa y plantan su pabellón en el lado de levante, mientras los sarracenos hacen lo mismo en el de poniente. En cuanto Orlando divisa a Agramante, descubre con enorme sorpresa que se halla montado en su Briigliadoro. En efecto, cuando en su locura el paladín cristiano abandonó armas y corcel, fue éste encontrado por un capitán sarraceno que, ante la belleza incomparable del animal, optó por regalarlo a su señor. «Razón de más para combatir», piensa Orlando, pero, con todo, no quiere iniciar la lid sin ofrecer la paz a sus adversarios.

Es Brandimarte quien se encarga de proponer la paz a Agramante, con la única condición de que se convierta al cristianismo: si lo hace, Orlando se compromete a restituírle todas las ciudades africanas que ha conquistado Astolfo y a tenerle en el futuro por amigo y aliado. No quiere Agramante ni oír hablar de bautismo y rechaza la proposición con altaneras palabras. Regresa Brandimarte al lado de los suyos y transmite la respuesta a Orlando. El combate no puede esperar más.

Los seis corceles, galopando como flechas, llenan de ecos la costa. Cuando los campeones se encuentran, las seis lanzas vuelan rotas por los aires. Echando mano a la espada, se acometen los paladines como fieras: Orlando arremete contra Gradaso, Oliveros contra Agramante y Brandimarte contra Sobrino. Muy largo fuera relatar detalladamente todos los avatares de aquel combate memorable en el que los tres paladines cristianos y los tres reyes sarracenos intercambiaron toda suerte de golpes... Innumerables fueron las caídas, los cambios de adversario, los prodigios de maestría en el manejo de las armas.

Fue Brandimarte el primero en caer: mientras tenía acorralado a Agramante, Gradaso lo atacó por detrás, quitándole la vida. La muerte de su mejor amigo hizo arder de incontenible rabia el corazón de Orlando: de un salto se abalanzó sobre el rey de África y de un tajo le separó la cabeza del cuerpo como si cortara un junco. Al ver Gradaso cómo caía al suelo el tronco de Agramante, tembló y su rostro se tomó lívido, siendo incapaz de reaccionar cuando Orlando lo hirió en el lado derecho. El acero, atravesando el vientre, sobresalió un palmo por el costado izquierdo. En cuanto a Sobrino y Oliveros, se hallaban ambos gravemente heridos, de manera que el combate podía darse por concluido con la victoria de los cristianos.



Las seis lanzas vuelan rotas por los aires.

Ni siquiera la alegría de recuperar a Briegliadoro y Durindana consiguió mitigar el dolor que por la muerte de Brandimarte sintió Orlando. Hizo trasladar el cadáver a la nave que hasta Lampedusa los había conducido; después, acompañado de Oliveros y Sobrino, zarpó rumbo a Sicilia. En la ciudad de Agrigento ordenó unos solemnes funerales en memoria de su amigo y mandó erigir en su memoria un maravilloso túmulo de pórfido y alabastro.

Entre los numerosos caballeros que asistieron a las exequias de Brandimarte se contaba Rinaldo de Claromonte, que acababa de llegar de Francia con el propósito de pasar a África en busca de Rugiero, para concluir de una vez por todas el duelo interrumpido. Las nuevas que su primo Orlando le dio acerca de la aniquilación total de los sarracenos le hicieron cambiar de planes: si Rugiero se ha ahogado en el mar, no tiene sentido perseguirle por más tiempo; decide, por tanto, unirse a Orlando y acompañarle donde quiera que vaya.

Tiene Orlando prisa por volver al lado de Carlomagno, pero no quiere partir antes

de que su cuñado Oliveros se haya restablecido de sus heridas. Nada pueden hacer los médicos sicilianos para sanar al herido, pero los marineros cuentan que en un islote cercano habita un sabio ermitaño cuyos conocimientos sobre las virtudes curativas de las hierbas son famosos en toda la costa del Mediterráneo. Orlando decide ir al encuentro del docto varón para pedirle ayuda: tan pronto como la nave está aparejada, zarpa rumbo al islote acompañado de su primo Rinaldo y los dos heridos, Oliveros y el rey sarraceno Sobrino, que ha pedido formar parte de la expedición.

El venerable anciano, que no era otro que el que había convertido a Rugiero unos días antes, acogió amablemente a Orlando y a sus compañeros, preguntándoles en seguida la razón de su viaje. Orlando le contestó que habían venido en busca de ayuda para Oliveros, herido mientras luchaba por la Fe de Cristo. Confortólos el ermitaño y prometió sanarlo completamente sin necesidad de recurrir a hierbas ni ungüentos. Se encerró en su iglesia y oró allí solo unos instantes; luego volvió a salir y bendijo a Oliveros en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Las heridas del caballero se cerraron al momento y Oliveros se puso en pie de un salto, totalmente curado.

Sobrino, que presenció el milagro del santo varón, quedó maravillado; abjuró en el acto de la fe mahometana y se hizo bautizar, recobrando la salud de la misma manera prodigiosa que Oliveros. Entonces el ermitaño llamó a Rugiero, que todavía estaba viviendo en aquel lugar, y lo presentó a los cuatro caballeros, explicándoles su conversión. Ya conocía Rugiero a Rinaldo por el duelo que habían mantenido, y a Sobrino, a cuyo lado había luchado; tampoco le era desconocida la fama de Orlando y Oliveros. Ahora, al encontrar a los cuatro y saber del bautismo de Sobrino, los abraza estrechamente, prometiéndoles eterna amistad. Ellos lo reciben con extraordinarias muestras de afecto y, por encima de todos, el de Claromonte, que no sabe cómo honrarle, reconociendo en él al valeroso salvador de su hermano Ricciardeto. Cuando Rugiero, sonrojándose un poco, le confiesa su amor por Bradamante, Rinaldo no cabe en sí de gozo y le promete la mano de su hermana.

Aquel día y el siguiente los pasaron al lado del sabio religioso, cuya amena conversación les quitó del pensamiento la idea del regreso, aunque el viento era favorable. Tuvo que ser el mismo eremita quien les instara a partir a Francia cuanto antes para reunirse con el emperador. Una vez a bordo de la nave, Orlando restituyó a Rugiero el caballo Frontino, Balisarda y la armadura de Héctor, y, navegando sin mayores tropiezos, a los pocos días arribaron al puerto de Marsella.



Cuando Astolfo, que no se había movido de Biserta, supo de la sangrienta victoria de la isla de Lampedusa, viendo que Francia no tenía ya razón para temer a los africanos, licenció a su ejército de etíopes, permitiéndoles regresar al reino de Senapo. Y en cuanto la negra tripulación abandonó las naves que habían derrotado a

los sarracenos, popas y proas volviéronse otra vez leve hojarasca que el aire esparció. No se olvidó Astolfo de poner en libertad al fiero Noto, capaz de levantar olas de arena que oscurecen el sol. Y, cuando la caballería etíope recruzó el Atlas de vuelta a su patria, los caballos se tomaron otra vez piedras.

Astolfo, montado en su hipogrifo, voló a Cerdeña y de allí pasó a Provenza, donde, siguiendo las últimas instrucciones recibidas del Evangelista, desmontó y dejó que el alado animal desapareciera para siempre entre las nubes.



Capítulo veinte

RUGIERO EN BIZANCIO

 Orlando y sus compañeros fueron recibidos en la corte de Carlomagno con los honores que sus hazañas merecían. El emperador distinguió especialmente a Rugiero, al saber que el valerosísimo caballero era hijo de Rugiero Segundo y había vuelto a abrazar la fe de su padre. En cuanto Rinaldo llegó a presencia del duque Amón, le hizo saber que quería casar a su hermana con Rugiero, convencido de que no se podía encontrar sangre más noble, y puso a Orlando y Oliveros por testigos de su promesa.

Escucha el duque a su hijo con disgusto: ¿cómo se atreve Rinaldo a disponer de la mano de Bradamante sin consultarle? Precisamente Amón y Beatriz acaban de conceder la mano de su hija al príncipe León, hijo y heredero de Constantino, emperador de Bizancio. Con este matrimonio pretenden convertir a Bradamante en emperatriz de Oriente. Bradamante calla, no osando contradecir a sus padres, pero siente que el corazón se le parte: una vez más ve peligrar el inmenso amor que siente por Rugiero. Después de mucho implorar, consigue Rugiero que el matrimonio de Bradamante y León se aplace un año, término que considera suficiente para derrotar a Constantino y a León y hacerse con la corona de Oriente.

Con este propósito parte hacia Belgrado, montado en el fiel Frontino y con su Balisarda al cinto, mas, para evitar ser reconocido, cambia su escudo troyano con el águila de plata por otro en el cual aparece un unicornio blanco sobre campo rojo. La razón por la que escoge Belgrado como término de su viaje es la siguiente: en aquel tiempo los búlgaros estaban en guerra con los griegos del Imperio de Oriente y Constantino intentaba por todos los medios reconquistar Belgrado, que había caído en poder de sus enemigos. El mismo emperador y su hijo León se habían puesto al frente de las fuerzas griegas que marchaban contra la ciudad. Muy desiguales eran los ejércitos: por cada cuatro soldados griegos apenas hay uno búlgaro.

Rugiero llegó a Belgrado precisamente en el día elegido por los de Bizancio para el asalto definitivo: la batalla era encarnizadísima, supliendo los búlgaros con heroísmo su inferioridad numérica. Mas cuando Vatrano, rey de los búlgaros, fue derribado de su caballo por la mano robusta de León y luego muerto, las fuerzas búlgaras se vieron perdidas y emprendieron una loca huida. Rugiero, que se había abierto camino por el campo de batalla y contemplaba la derrota búlgara, se dispuso a ayudar a los vencidos, movido por su odio hacia Constantino y León.

Espolea a Frontino, que parece el viento, y se coloca delante de todos los que corrían a la desbandada; les obliga a detenerse, a dar la vuelta y a arrojarse contra sus

perseguidores. Rugiero se pone entonces a la cabeza de los búlgaros y en el primer embate atraviesa con su lanza a un guerrero griego vestido de rojo y oro que resulta ser un sobrino de Constantino. Después echa mano de Balisarda y empieza a segar brazos, cabezas y piernas a centenares, hasta que la sangre corre por el valle como un humeante río.

A la vista de sus golpes, nadie se atreve a plantarle cara: la suerte de la batalla cambia completamente y ahora son los búlgaros los que persiguen a los griegos. El príncipe León, que se ha refugiado en una colina, contempla con envidia y admiración las enormes proezas del caballero del unicornio, al que tiene por un ángel descendido del cielo para reemplazar al rey búlgaro. A pesar de que está diezmado a los suyos sin misericordia, siente nacer en su corazón un deseo irreprimible de conocerle y convertirle en su amigo. Para evitar más matanzas, ordena tocar retirada.

Los búlgaros, entusiasmados por la victoria, aclaman a Rugiero y le ofrecen la corona real: el caballero les responde que está dispuesto a convertirse en su rey, si eso es lo que quieren, pero antes debe encontrar al príncipe León y darle muerte. Y, sin entretenerse, se lanza en solitario a la persecución del príncipe bizantino: sin embargo, tanta es la ventaja que le lleva León que ni aun cabalgando sin parar toda la noche consigue darle alcance. A la mañana siguiente, vencido por la fatiga, decide tomarse unas horas de descanso en una posada que se halla a la entrada de una gran ciudad.

Quiso la mala suerte que en aquella posada se alojara también un caballero rumano que había tomado parte en la batalla en el lado de los griegos. Aquel caballero reconoció a Rugiero en cuanto lo vio, y, disimuladamente, abandonó la posada y se dirigió al palacio del gobernador, hombre leal al emperador Constantino; admitido a su presencia, le reveló que tenía en sus manos al misterioso paladín que tantos estragos había causado en las filas bizantinas.

Ungiardo, que así se llamaba el gobernador, se alegró profundamente de que el campeón desconocido se hubiese metido en la red por sí solo y se dispuso a capturarlo, con la esperanza de que el emperador le recompensaría ricamente. Guarda a que Rugiero se duerma y, enviando a un puñado de guardias, lo hace prender en el lecho, encerrándolo en una mazmorra. Un veloz mensajero lleva la noticia de la captura a Constantino: en cuanto el emperador escucha que el hombre que lo ha derrotado se halla a su merced, no cabe en sí de gozo. Acabando con él, aplastar a los búlgaros será un juego de niños.

El príncipe León, movido por la admiración que siente hacia Rugiero, suplica a su padre que lo deje en libertad: él mismo se compromete a ganarse su amistad y atraerlo a la causa griega. En cambio, Teodora, hermana del emperador y madre del caballero al cual Rugiero dio muerte en el combate, exige su cabeza y, arrodillada a los pies de Constantino, le recuerda una y otra vez las hazañas llevadas a cabo por su hijo y su triste fin.

Al fin el emperador cede a las súplicas de su hermana y le entrega a Rugiero.

Teodora se propone darle la más cruel de las muertes: lo hará descuartizar vivo. En espera de la hora del suplicio, lo manda encerrar, cubierto de cadenas, en una torre inexpugnable.



Mientras tanto, en París, Bradamante se desespera al ver como pasan los meses del plazo señalado y Rugiero no regresa ni llegan noticias de él. Ante la inminencia del odiado enlace, toma la doncella una desesperada resolución. Se dirige al mismísimo emperador Carlomagno, que mucho la estimaba, y arrojándose ante su trono le dice en tono firme:

—¡Bondadoso emperador, cuya prudencia y justicia son alabadas en todo el orbe! Sabes muy bien que mi brazo —este brazo que tanto ha luchado por tu causa— es tan fuerte como el del mejor de los caballeros cristianos. Los infieles huyen despavoridos en cuanto vislumbran la blanca pluma que ondea en mi yelmo. Infinitas victorias debes a mi arrojo y destreza en el uso de toda clase de armas.

—Dices verdad —respondió Carlomagno.

—Pues bien —prosiguió Bradamante—, sería vergonzoso que me casara con un hombre inferior a mí en fuerza y arrojo.

—Tienes razón —volvió a asentir el emperador.

—Por ello, ahora que mis padres pretenden darme esposo, he de pedirte una merced y es ésta: que no permitas mi unión con un hombre que sea más débil o menos arrojado que yo. Para evitarlo, convoca un torneo en el que midan sus armas conmigo todos los caballeros que aspiren a mi mano. Solo el que me venza en el torneo podrá casarse conmigo.

Muy razonable le parece al emperador la exigencia de la doncella y presta su consentimiento. Los duques Amón y Beatriz, ante el beneplácito imperial, no tienen más remedio que pasar por ella, aunque temen que la idea del torneo no sea más que una argucia para favorecer a Rugiero. Inmediatamente la decisión tomada fue hecha saber en todas las principales ciudades del orbe cristiano por medio de veloces mensajeros.

Y de todas partes acudieron caballeros dispuestos a combatir con la hermosa Bradamante y ganar su mano, pero todos, sin excepción, fueron derrotados por la doncella.



El gentil príncipe León pasa las noches en blanco discurriendo un plan para salvar a Rugiero de la crueldad de su tía. Al fin habla en secreto con el alcaide de la prisión y le dice que desea ver de cerca al caballero antes de que la fatal sentencia se cumpla.

Llegada la noche, acompañado del más fiel de sus criados, se hace abrir por el alcaide, que desea obtener el favor del futuro emperador de Bizancio. Los tres, solos, se dirigen a la torre en que está encerrado Rugiero. Una vez dentro, León y su criado se abalanzan sobre su guía y lo estrangulan con un lazo; luego, con herramientas que llevaban ocultas bajo sus mantos, libran al prisionero de sus grilletes, colgando en su lugar al muerto.

Por este procedimiento sacaron a Rugiero de aquel lugar siniestro y lo transportaron al palacio de León: allí fue atendido con solicitud de hermano por el príncipe durante cinco días. Cuando Rugiero se hubo restablecido, quiso saber la identidad de su misterioso salvador. Entonces León, abrazándolo estrechamente, le dijo:

—Caballero, la admiración que siento por tu valor me ata indisolublemente a ti con lazos de eterna sumisión y me obliga a anteponer tu amistad al natural amor que siento por mis padres y hermanos. Soy León, hijo del emperador Constantino, y te he salvado la vida poniendo en peligro la mía, pues, si llegara a oídos de mi pueblo el acto que he llevado a cabo, me considerarían sin duda reo de traición a mi patria.

Rugiero quedó confuso y maravillado al conocer que el que él tenía por su mortal enemigo le acababa de devolver la vida y, con ella, a Frontino y sus incomparables armas, pues, también se ocupó León de que los recuperara. Al punto, del noble corazón del caballero se borraron odio y rencor y un agradecimiento y un afecto ilimitados ocuparon su lugar. Con palabras llenas de cortesía, juró a su salvador que le devolvería la merced, aun a costa de su propia vida. Y éste fue el principio de la amistad de León y Rugiero.

Mientras tanto, llegó a Bizancio la noticia del torneo convocado por Carlomagno para decidir quién desposaría a Bradamante. León recibió la nueva con disgusto, porque, conociendo bien sus propias fuerzas, sabía que no podía batirse con la invencible doncella con posibilidades de éxito. Mucho discurre para encontrar una solución al nuevo problema que se le planteaba y al fin traza un plan: que el caballero que él ha salvado combata en su lugar y la victoria sobre Bradamante es segura.

Llama a Rugiero y le expone el caso, rogándole con persuasivas palabras que acepte sustituirle en la peligrosa empresa, vistiendo sus armas y enarbolando su estandarte.

Cuando Rugiero escuchó lo que de él se solicitaba, se sintió morir, pero la gratitud que debía a León le obligaba a aceptar, aun a costa de perder a su Bradamante para siempre. Fingiendo alegría en el rostro, le contesta que hará cuanto le pida. Al día siguiente, los dos amigos, acompañados del cortejo del príncipe León, inician el viaje a tierras de Francia para tomar parte en el decisivo torneo.



Capítulo veintiuno

EL TORNEO NUPCIAL

Diajando sin descanso, llegaron a París, pero no entraron en la ciudad. Ordenó el príncipe que se plantaran sus pabellones en las afueras y envió una embajada a Carlomagno, explicándole su llegada y su propósito de combatir con Bradamante. No quiso dilatar el asunto el emperador y decidió que el combate tendría lugar al día siguiente.

Aquella noche fue para Rugiero como la que separa al condenado a muerte del cumplimiento de la sentencia. Solo una cosa sabía de cierto: estaba dispuesto a morir antes que causar el más ligero rasguño en la piel de su adorada.

Y llegó el día señalado para el torneo. El palenque se levantaba al pie de las murallas de la ciudad. Hombres y mujeres de París habían saltado de sus lechos al rayar el alba para ocupar un buen sitio. Bradamante aguardaba con febril impaciencia a su odiado pretendiente, resuelta a darle muerte sin piedad.

Según lo convenido, en lugar de León se presentó Rugiero, y lo hizo luciendo la sobrevesta del príncipe sobre su propia armadura. Colgaba de su brazo izquierdo el escudo con las armas de la familia real bizantina: un águila bicéfala de oro sobre campo rojo. Prescindió de su famosa lanza y de Frontino, para no ser reconocido y, haciendo uso de su derecho, eligió luchar a pie y con espada. Como no quería vencer, sino ser vencido, no empuñó su invencible Balisarda, sino la espada de León, y aun, antes de salir al campo, le quitó el filo a martillazos.

En cuanto sonó la señal, Bradamante se arrojó contra el que todos los presentes tomaban por el príncipe León. Rugiero, fiando en su destreza, resistía y no atacaba, como ya hiciera en el duelo con Rinaldo. Redoblaba la doncella sus terribles golpes que, si bien tocaban a veces el cuerpo de su adversario, no le hacían mella. La ira y la impaciencia bullían en el corazón de Bradamante, deseosa de concluir el combate cuanto antes. Pero todos sus esfuerzos se estrellaban contra la malla y coraza portentosas del caballero, que el dios Vulcano forjara siglos atrás para Héctor de Troya. En vano descargaba una lluvia de mandobles sobre la cabeza, los hombros, el pecho y los brazos de su contrincante: tantas chispas saltaban en tomo de los contendientes que parecían dos diablos luchando en el infierno.

Carlomagno y los que le rodeaban, convencidos de que el adversario de Bradamante era el príncipe León, se admiraron de su fuerza y destreza, y pensaban que si no se empleaba más a fondo, era por gentileza. «Son dignos el uno del otro», se decían.

Cuando el sol se hubo puesto, el emperador hizo detener el combate, y proclamó

que Bradamante debía casarse con León, puesto que no había conseguido vencerle. Rugiero, sin quitarse el yelmo, montó en un pequeño corcel y regresó presuroso a la tienda de su amigo. El príncipe le abrazó fraternalmente y le ayudó solícito a quitarse el yelmo.

—No existe recompensa —le dijo— con la que pueda pagar la deuda que hoy contigo he contraído, no, ni aunque me quitara la corona y te la pusiera en la cabeza.

Rugiero apenas respondió; le devolvió armas y escudo y se retiró a descansar. A media noche, cuando todo el campamento dormía, tomó sus armas, montó en su Frontino y partió de aquel lugar, dejando el camino a seguir al capricho de su corcel, el cual optó por introducirse en una selva oscura e intrincada. Mientras tanto, la desesperada Bradamante, encerrada en sus habitaciones, se desgarró los vestidos, llorando desconsoladamente, y no es capaz de entender cómo ha podido derrotarla un príncipe al que nadie tiene por un guerrero excepcional.

A la mañana siguiente, la altiva guerrera Marfisa se presentó ante el emperador y le dijo que se había cometido un tremendo agravio contra su hermano y que no estaba dispuesta a tolerarlo, puesto que Rugiero era ya esposo legítimo de Bradamante desde el día y la hora en que ambos habían intercambiado el consentimiento matrimonial. El hecho de que no hubiera habido ceremonias ni solemnidades no restaba valor ni fuerza a su firme voluntad de tenerse por marido y mujer.

Mucho turbóse el rey al oír aquello, e hizo comparecer inmediatamente a Bradamante. En cuanto la doncella, acompañada por su padre, el duque Amón, se encontró en presencia de Carlomagno, hizo éste repetir a Marfisa sus manifestaciones y preguntó a Bradamante si eran o no ciertas. La doncella bajó los ojos al suelo sin afirmar ni negar nada, actitud que parecía confirmar lo revelado por Marfisa. Mucho se alegraron de ello Rinaldo y Orlando, que deseaban emparentar con Rugiero y no con León. Se opuso, en cambio, con todas sus fuerzas el duque Amón: cuando Rugiero y Bradamante se prometieron en matrimonio, argumentaba, ella era cristiana y él musulmán y, por lo tanto, su promesa no podía considerarse válida. Pronto se extendió esta polémica por toda la corte: apoyan unos los derechos de Rugiero haciendo la sobrevesta del príncipe sobre su propia armadura. Colgaba de su brazo izquierdo el escudo con las armas de la familia real bizantina: un águila bicéfala de oro sobre campo rojo. Prescindió de su famosa lanza y de Frontino, para no ser reconocido y, haciendo uso de su derecho, eligió luchar a pie y con espada. Como no quería vencer, sino ser vencido, no empuñó su invencible Balisarda, sino la espada de León, y aun, antes de salir al campo, le quitó el filo a martillazos.

En cuanto sonó la señal, Bradamante se arrojó contra el que todos los presentes tomaban por el príncipe León. Rugiero, fiando en su destreza, resistía y no atacaba, como ya hiciera en el duelo con Rinaldo. Redoblaba la doncella sus terribles golpes que, si bien tocaban a veces el cuerpo de su adversario, no le hacían mella. La ira y la impaciencia bullían en el corazón de Bradamante, deseosa de concluir el combate cuanto antes. Pero todos sus esfuerzos se estrellaban contra la malla y coraza

portentosas del caballero, que el dios Vulcano forjara siglos atrás para Héctor de Troya. En vano descargaba una lluvia de mandobles sobre la cabeza, los hombros, el pecho y los brazos de su contrincante: tantas chispas saltaban en tomo de los contendientes que parecían dos diablos luchando en el infierno.

Carlomagno y los que le rodeaban, convencidos de que el adversario de Bradamante era el príncipe León, se admiraron de su fuerza y destreza, y pensaban que si no se empleaba más a fondo, era por gentileza. «Son dignos el uno del otro», se decían.

Cuando el sol se hubo puesto, el emperador hizo detener el combate, y proclamó que Bradamante debía casarse con León, puesto que no había conseguido vencerle. Rugiero, sin quitarse el yelmo, montó en un pequeño corcel y regresó presuroso a la tienda de su amigo. El príncipe le abrazó fraternalmente y le ayudó solícito a quitarse el yelmo.

—No existe recompensa —le dijo— con la que pueda pagar la deuda que hoy contigo he contraído, no, ni aunque me quitara la corona y te la pusiera en la cabeza.

Rugiero apenas respondió; le devolvió armas y escudo y se retiró a descansar. A media noche, cuando todo el campamento dormía, tomó sus armas, montó en su Frontino y partió de aquel lugar, dejando el camino a seguir al capricho de su corcel, el cual optó por introducirse en una selva oscura e intrincada. Mientras tanto, la desesperada Bradamante, encerrada en sus habitaciones, se desgarró los vestidos, llorando desconsoladamente, y no es capaz de entender cómo ha podido derrotarla un príncipe al que nadie tiene por un guerrero excepcional.

A la mañana siguiente, la altiva guerrera Marfisa se presentó ante el emperador y le dijo que se había cometido un tremendo agravio contra su hermano y que no estaba dispuesta a tolerarlo, puesto que Rugiero era ya esposo legítimo de Bradamante desde el día y la hora en que ambos habían intercambiado el consentimiento matrimonial. El hecho de que no hubiera habido ceremonias ni solemnidades no restaba valor ni fuerza a su firme voluntad de tenerse por marido y mujer.

Mucho turbóse el rey al oír aquello, e hizo comparecer inmediatamente a Bradamante. En cuanto la doncella, acompañada por su padre, el duque Amón, se encontró en presencia de Carlomagno, hizo éste repetir a Marfisa sus manifestaciones y preguntó a Bradamante si eran o no ciertas. La doncella bajó los ojos al suelo sin afirmar ni negar nada, actitud que parecía confirmar lo revelado por Marfisa. Mucho se alegraron de ello Rinaldo y Orlando, que deseaban emparentar con Rugiero y no con León. Se opuso, en cambio, con todas sus fuerzas el duque Amón: cuando Rugiero y Bradamante se prometieron en matrimonio, argumentaba, ella era cristiana y él musulmán y, por lo tanto, su promesa no podía considerarse válida. Pronto se extendió esta polémica por toda la corte: apoyan unos los derechos de Rugiero, otros los de León. Pero la mayoría está del lado del primero. Al fin Marfisa propone una solución que es aceptada por Carlomagno:

—Como sea que Bradamante no puede pertenecer a otro hombre mientras mi

hermano siga vivo —argumenta—, si León quiere todavía convertirse en su esposo, que se esfuerce por matar a Rugiero. Aquel de los dos que envíe al otro a la fosa, debe ser el marido de Bradamante.

Sin perder tiempo, hace saber Carlomagno su resolución a León: el príncipe, que cuando tenía a su lado al caballero del unicornio no temía a nadie, aceptó sin titubear el nuevo —y, al parecer, último— reto que le proponían, pensando hacerse suplantar otra vez por el invencible Rugiero. Pero en cuanto solicitó la presencia de su amigo en su tienda, sus escuderos le hicieron saber que había desaparecido sin dejar rastro. Pensó al principio que Rugiero había salido a dar un paseo, pero cuando pasaron dos días y el caballero no compareció, León empezó a inquietarse: sin él se sentía incapaz de salir victorioso del torneo que se avecinaba. No pudiendo esperar más, envió a sus mejores hombres por villas, ciudades y castillos, para que trataran de encontrarlo y, no satisfecho todavía, montó él mismo en su caballo y partió en su busca.



La situación se había vuelto tan complicada que solo una intervención sobrenatural podía enderezarla. Pero para eso estaba la maga Melisa, siempre dispuesta a intervenir cuando de salvar la unión de Rugiero y Bradamante se trataba. Tomando la forma de un joven caballero, salió al encuentro del hijo de Constantino en un cruce de caminos y le dijo:

—Si tenéis, señor, el alma tan noble como vuestro rostro pregona, si sois cortés y bondadoso como parecéis, prestad ayuda al mejor caballero de nuestro tiempo, que, si no lo socorréis, mucho me temo que muera miserablemente.



Estaba el infeliz tendido sobre la hierba.

León adivinó en el acto que le estaba hablando del caballero del unicornio. Pidió entonces a Melisa que lo condujera al lugar en que se encontraba el caballero en apuros: no se lo hizo repetir la maga y, galopando como dos flechas, muy pronto alcanzaron un bosque en el que encontraron al pobre Rugiero. Estaba el infeliz tendido sobre la hierba, con el yelmo puesto y la espada colgando del cinto. Su cabeza descansaba sobre el escudo. Tres días hacía que se hallaba en esta posición, sin probar bocado, llorando y suspirando sin cesar.

Al verle, desmonta León que, al escuchar sus lamentos, los atribuye en seguida al Amor. Sigue desconociendo, sin embargo, quién es la dama por la que sufre Rugiero. Se arrodilla al lado del doliente y, abrazándole, le pide que le abra el corazón, desvelándole, sin ocultarle nada, la razón de su pena.

—Señor —responde al fin el del unicornio—, cuando sepas quién soy, desearás mi muerte tanto como yo mismo. Sabe que soy aquel al que tanto odias, Rugiero, y que solo con la intención de darte muerte partí meses atrás de esta corte en dirección

al reino de tu padre. Pero tu infinita gentileza me obligó a cambiar mis sentimientos hacia ti. Por eso te suplanté en el combate con tu amada, aunque la victoria suponía para mí perderla para siempre. Permíteme, al menos, que muera, ya que no puedo unirme a Bradamante.

Quedóse León estupefacto. Con corteses palabras le responde que ponga fin a sus lamentos, puesto que él, León, renunciará gustoso a la mano de Bradamante para cederla al que considera el mejor caballero del mundo. Trae entonces Melisa comida y vino, con los que Rugiero se reanimó lo suficiente para montar en su fiel Frontino, que no se había apartado de su lado en todo aquel tiempo. Así pudo llegar a una abadía que no distaba de aquel lugar ni media legua y en la cual permaneció tres días, atendido por Melisa y el príncipe, hasta que se restableció por completo. Al amanecer del cuarto día, reemprendieron viaje los tres en dirección a París, mas, cuando divisaron los muros de la ciudad, Melisa se despidió de ellos y regresó a su palacio subterráneo.



Capítulo veintidós

BODAS DE RUGIERO Y BRADAMANTE

Mientras en la abadía Rugiero recobraba nuevas fuerzas, llega a París una embajada de los búlgaros, con la misión de devolverlo a Belgrado, donde el pueblo desea coronarlo rey y jurarle fidelidad. Entra Rugiero en la ciudad imperial de incógnito y al día siguiente se presenta con el príncipe León ante Carlomagno. Viste otra vez la sobrevesta del de Bizancio y lleva el escudo con el águila bicéfala de oro sobre campo rojo, de modo que todos lo reconocen como el que pocos días atrás había combatido con Bradamante. León, en cambio, va sin armas, pero vestido con la suntuosidad de un rey; les acompaña el cortejo entero de los griegos con banderas y trompeteros. Al verlos entrar, Carlomagno se levanta de su trono y se acerca a los recién llegados; entonces el príncipe, tomando a Rugiero de la mano, se inclina ante el emperador y le dice:

—Este es el caballero que se defendió sin desfallecer desde el alba al crepúsculo y, puesto que Bradamante no consiguió matarlo ni hacerlo prisionero, de acuerdo con las reglas del combate, magnánimo señor, debemos entender que resultó vencedor y tiene derecho a la mano de la doncella. Justo es, pues, que le sea entregada en el acto.

Asombráronse Carlomagno y toda su corte al oír estas palabras, puesto que estaban convencidos de que había sido León el combatiente y no aquel caballero desconocido. No pudo reprimirse por más tiempo Marfisa y, adelantándose, dijo a los presentes con la ira pintada en el semblante:

—Puesto que Rugiero no está aquí para defender su mejor derecho a la mano de Bradamante, yo, que soy su hermana, tomo sobre mí esta empresa y desafío a este caballero, quienquiera que sea, si persiste en su propósito de casarse con la esposa de mi hermano.

No quiere León prolongar por más tiempo el engaño y pide a Rugiero que se quite el yelmo, dejando ver su rostro. En cuanto Marfisa y los demás reconocieron al caballero, se quedaron atónitos; pasados los primeros momentos de estupor, Marfisa, Orlando, Oliveros, Dudón y cuantos amigos de Rugiero se hallaban en la sala se abalanzaron sobre él para abrazarle y felicitarle, mientras León relataba a Carlomagno lo sucedido desde el día en que Rugiero abandonó París para unirse al ejército búlgaro hasta entonces. Todos se admiraron de la nobleza de Rugiero y más que ninguno el duque Amón, que no solo dio su consentimiento para el matrimonio con Bradamante, sino que se postró ante el caballero y le rogó que le perdonara y lo aceptara como padre. Corrió luego al aposento en que su hija se deshacía en llanto y le hizo saber cuanto acababa de ocurrir ante la corte. Bradamante, loca de alegría,

salió presurosa a arrojarle en brazos de su amado.

Mientras Rugiero se regocijaba con Bradamante y sus amigos, fueron admitidos a su presencia los embajadores búlgaros: postrados a sus pies, le rogaron que regresara a Bulgaria cuanto antes, puesto que en Adrianópolis le estaban esperando cetro y corona. Pero, por encima de todo, su presencia en Bulgaria se requería porque el emperador Constantino se disponía a atacar de nuevo con un gran ejército y solo luchando bajo las órdenes de Rugiero se sentían los búlgaros capaces de hacerle frente. Al oír aquello, el príncipe León dijo a Rugiero que no tenía por qué temer nuevas guerras: él mismo partiría al día siguiente a Bizancio y obligaría a su padre a firmar la paz con Bulgaria, renunciando a todas las pretensiones que sobre su territorio tenía. En el futuro el emperador de Bizancio y el rey de Bulgaria serían los más firmes aliados del mundo.

Tranquilizados por este discurso, los embajadores búlgaros se unen al regocijo general y se preparan para asistir a las bodas de su futuro rey.



Nueve días duran los festejos, durante los cuales banquetes, bailes y torneos se suceden ininterrumpidamente. El último día, cuando acababa de iniciarse el convite solemne que el mismo emperador presidía junto a los esposos, hizo su entrada en la suntuosa tienda un huésped al que nadie había invitado. Tanto el caballero —de talla descomunal y altivo semblante— como su caballo iban cubiertos de negros ropajes: no era otro que Rodomonte, rey de Argel, que, después de que Bradamante lo derrotara, había jurado no empuñar las armas ni montar en un corcel durante un año y un día, plazo que pasó encerrado en una cueva, como un eremita. Concluida la penitencia voluntaria, tuvo noticia de la derrota sarracena y de la muerte de Agramante y sus principales caudillos. Se armó entonces de nuevo y, montando en un fogoso corcel, se presentó en la corte de Francia, lleno su corazón de rencor por sus múltiples fracasos.

Sin ni siquiera desmontar ni inclinar la cabeza, se coloca delante de Carlomagno y Rugiero y dice:

—Soy Rodomonte, rey de Argel, y te desafío, Rugiero, a singular combate: antes de que el sol se ponga, voy a demostrar a todos los presentes que fuiste traidor y desleal con tu señor y que no mereces sentarte entre hombres de honor. Y, si alguno de tus nuevos amigos quiere luchar a tu lado, no me importa, que contra todos me atrevo y aún me parecéis pocos.

Alzóse Rugiero al oír aquel discurso y, tras obtener licencia del emperador, respondió al sarraceno que mentía como un felón, puesto que él, Rugiero, se portó siempre con Agramante como un fiel caballero, y estaba dispuesto a defender su causa sin pedir ayuda a nadie. Orlando, Oliveros, Dudón y Marfisa se ofrecieron para

combatir contra Rodomonte al lado de Rugiero, pero éste los rechazó con palabras firmes. El solo se basta para defender su honor.

Cálzale Orlando las espuelas y el mismo emperador le ciñe la espada, mientras Bradamante y Marfisa le sujetan la coraza; Astolfo le trae el caballo y los demás caballeros preparan el campo para el combate. La mayor parte de los hombres y mujeres que asisten a la fiesta tiembla por Rugiero, pues todavía recuerdan como el pagano había destruido a hierro y fuego una buena parte de la ciudad de París en los días del asedio sarraceno. Pero nadie siente más temor que Bradamante, y no porque considere a Rugiero inferior a su adversario, sino por el inmenso amor que tiene a su esposo: ¡de buena gana lucharía ella en su lugar!

Comienza el duelo, y Rugiero y Rodomonte se encuentran estrepitosamente en mitad del campo con los hierros bajos: las lanzas, al chocar, parecen de hielo y sus fragmentos vuelan por los aires como pájaros. Incólume queda el escudo de Rugiero —que no en vano era obra de Vulcano—, mientras que el del rey de Argel es atravesado. Si la lanza de Rugiero no se hubiera partido, allí habría terminado el duelo.

Se atacan los contendientes sin compasión con las espadas: dando vueltas el uno en tomo al otro, buscan un lugar vulnerable en la armadura del adversario. No lleva Rodomonte su famosa coraza de escamas de dragón, porque Bradamante la colgó en el mausoleo de Isabela, pero tampoco es mala la armadura que viste. A pesar de ello, Rugiero, descargando su Balisarda una y otra vez con suma destreza, logra perforar la malla en más de un punto. Entonces Rodomonte, temeroso de que su enemigo le hiera, suelta el escudo y con ambas manos propina a Rugiero un mandoble tan tremebundo en la cabeza que, si no hubiese llevado el cristiano un yelmo encantado, caballo y caballero habrían quedado partidos en dos.

Rugiero está a punto de caer al suelo, mientras el sarraceno le golpea de nuevo y aun una tercera vez. Pero su espada no puede resistir aquellos golpes y vuela en pedazos, dejando desarmado al pagano.

No se detiene por ello Rodomonte y, atenazando el cuello de su adversario con su poderoso brazo, lo derriba de la silla al suelo. Se pone Rugiero en pie de un salto y, evitando ser atropellado por el corcel de su enemigo, consigue hincarle la punta de Balisarda en el muslo y en el costado, mientras Rodomonte sigue golpeándole sobre el yelmo con los restos de la espada.

Rugiero lo estira por el brazo hasta que logra arrancarlo de su montura. Luego, con Balisarda, lo mantiene a distancia, esperando que la pérdida de sangre por las heridas que le ha abierto debilite a Rodomonte y le obligue a declararse vencido. No cede el pagano y con todas sus fuerzas arroja a la cabeza de su contrincante el pomo de la espada. Tan fuerte es el golpe que Rugiero está a punto de perder el sentido, pero se recupera y, aprovechando el momento en que Rodomonte hinca una rodilla en el suelo, le descarga una lluvia de golpes en el pecho y la cara. Consigue incorporarse el pagano y se abraza a su adversario, rodando ambos por el suelo. Sin soltarse jamás,

se ponen ambos en pie de nuevo y tratan afanosamente de derribar al suelo al adversario: al fin es Rugiero el que lo consigue, lanzándolo de nuevo contra él de cabeza.

Mide Rodomonte la tierra con su cabeza y espaldas: tan violento es el choque que de sus heridas empieza a manar sangre como de otras tantas fuentes. Rugiero, para que el sarraceno no pueda levantarse, se arrodilla sobre su pecho; con una mano le atenaza el cuello y con la otra blande el puñal ante sus ojos, amenazador. Le pide una y otra vez que se rinda, comprometiéndose a conservar le la vida, pero Rodomonte, que no teme tanto la muerte como mostrar cobardía, se retuerce y porfía por librarse de Rugiero, mientras, desenvainando su puñal, intenta alcanzar el vientre de su enemigo.

Comprende entonces Rugiero que es peligrosa locura retrasar por más tiempo la muerte de Rodomonte y, levantando el brazo, hunde tres veces seguidas el acero de su daga en la frente del terrible sarraceno: así fue como huyó a los infiernos el alma del que en vida fue el más soberbio de los hombres.



ÍNDICE DE NOMBRES CITADOS

AGRAMANTE. Rey de África y caudillo de las tropas infieles que asedian París.

ALCINA. Maga malvada que habita en una isla, de la que se enamoran Astolfo y Rugiero.

ANGÉLICA. Princesa de Catay (China), enviada por su padre a Francia para que con su belleza siembre la discordia entre los cristianos. De ella se enamoran, entre otros, Rinaldo y Orlando. Acabará enamorándose de Medoro y casándose con él.

ASTOLFO. Paladín de Francia y primo de Orlando y de Rinaldo. Él recuperará en la luna el perdido juicio de Orlando.

ATLANTE. Mago sarraceno que recogió a Rugiero y Marfisa cuando eran pequeños, los crio y los protege a lo largo de todo el poema.

BAYARDO. Caballo de Rinaldo.

BALISARDA. Espada de Rugiero.

BIRENO. Pérfido amante de la holandesa Olimpia.

BRADAMANTE. Hija del duque Amón y de su esposa Beatriz y hermana de Rinaldo de Claromonte y de Ricciardeto. Ama a Rugiero, con el que al final contrae matrimonio. Maneja las armas como un hombre.

BRANDIMARTE. Amigo de Orlando, muerto en el combate de la isla de Lampedusa.

BRIGLIADORO. Caballo de Orlando.

BRUNELO. Barón sarraceno al que Agramante envía al castillo de Atlante, para que libere a Rugiero con un anillo mágico.

CARLOMAGNO. Emperador de los francos y caudillo de las huestes cristianas que defienden París. Es tío de Orlando.

CIMOSCO. Malvado rey de Frisia, que pretende casar a su hijo Arbante con la holandesa Olimpia.

CLORIDANO. Soldado sarraceno amigo y compañero de Medoro.

DARDINELO. Caudillo sarraceno al que sirven Cloridano y Medoro.

DORALICE. Hija del rey moro de Granada y prometida de Rodomonte. La rapta Mandricardo.

DUDÓN. Paladín franco al que Astolfo confía el mando de su mágica escuadra.

DURINDANA. Espada de Orlando.

ESTE. Familia noble que reina en Ferrara. Desciende de Rugiero y Bradamante.

FERRAÚ. Caudillo sarraceno.

FIORDISPINA. Princesa sarracena, hija del rey Marsilio de España, que se enamora de Bradamante.

FRONTINO. Caballo de Rugiero.

GRADASO. Caudillo sarraceno que muere a manos de Orlando en el combate de la isla de Lampedusa.

ISABELA. Princesa sarracena de Galicia, enamorada del cristiano Zerbino.

LEÓN. Hijo de Constantino y heredero de la corona de Bizancio.

LOGISTILA. Maga bondadosa, hermana de la pérfida Alcina.

MANDRICARDO. Rey de Tartaria y feroz guerrero. Rapta a Doralice, prometida de Rodomonte, y muere a manos de Rugiero.

MARFISA. Doncella guerrera que resulta ser hermana de Rugiero. Lucha en el lado sarraceno hasta que se convierte al cristianismo.

MARSILIO. Rey sarraceno de España, padre de Doralice.

MEDORO. Joven soldado sarraceno. De él se enamorará Angélica y contraerán matrimonio.

MELISA. Maga bondadosa que custodia el sepulcro de Merlín en una caverna. Es la protectora de Bradamante y Rugiero.

OBERTO. Rey de Ibernia (Irlanda), que acaba contrayendo matrimonio con la holandesa Olimpia.

OLIMPIA. Hija del conde de Holanda, socorrida en dos ocasiones por Orlando.

OLIVEROS. Amigo de Orlando. También combate en Lampedusa, donde es herido, siendo sanado por un eremita.

ORLANDO. El más valeroso y fuerte de los paladines francos, sobrino de Carlomagno. Enamorado de Angélica, pierde el juicio cuando ésta se une a Medoro.

PINABELO. Caballero traidor de la casa de los pérfidos Maganza. Enemigo jurado de la familia de Bradamante.

RABICANO. Caballo de Astolfo.

RICCIARDETO. Hermano gemelo de Bradamante de Claromonte y amante de Fiordispina.

RINALDO. Hermano de Bradamante y primo de Orlando. También ama a Angélica.

RODOMONTE. Rey de Argel y Sarza, el más feroz de los guerreros sarracenos. Muere a manos de Rugiero.

RUGIERO. Al igual que su hermana Marfisa, es hijo de un caballero cristiano y de una princesa sarracena. Criado entre sarracenos por el mago Atlante, acaba por convertirse al cristianismo y casarse con Bradamante. Fundarán la dinastía de los Este.

SACRIPANTE. Caballero sarraceno.

SENAPO. Emperador de Etiopía, conocido también como Prestejuan.

SOBRINO. Viejo y sabio caudillo sarraceno, consejero de Agramante. Después del combate de Lampedusa en el que es herido se convertirá al cristianismo.

ZERBINO. Caballero cristiano y escocés. Ama a Isabela y muere a manos de Mandricardo al tratar de defender las armas de Orlando.





LUDOVICO ARIOSTO (Reggio Emilia, Italia, 1474 - Ferrara, Italia, 1533) Poeta italiano. Con la figura de Ariosto llegó el Renacimiento italiano a su cenit. Miembro de una familia aristocrática, ya desde joven recibió el apoyo de la casa de Este, una familia de mecenas renacentista en cuya corte permanecería de 1503 a 1517.

Bajo la guía de su padre, que fue funcionario en la corte estense y desarrolló importantes funciones administrativas y militares, estudió con distintos preceptores y, por voluntad paterna, emprendió la carrera jurídica. Sin embargo, no tardó mucho en abandonarla para seguir su vocación, que le llevó a relacionarse con los principales representantes de la cultura del Humanismo. En esos primeros años de su juventud, época en la que, libre de obligaciones gracias a la acomodada posición de su familia, pudo frecuentar las fiestas y representaciones teatrales de la corte, empezó a cultivar la poesía, dedicándose en un primer momento a componer versos en latín.

Entre 1494 y 1503 escribió los *Carmina*, en los que retoma sobre todo los modelos de Tibulio y Horacio, pero desde 1503 versificó casi exclusivamente en lengua vulgar, y cuando Bembo le invitó a perseverar en el uso del latín, rechazó el consejo diciendo que más prefería «ser uno de los primeros escritores toscanos, que, con dificultad, un segundón entre los latinos». En las *Rimas*, casi todas compuestas también en ese período, experimentó con las formas petrarquistas en busca de una voz propia. En 1500, la muerte de su padre puso fin a esa vida despreocupada, ya que como primogénito tuvo que ocuparse de la administración de los bienes familiares y de la educación de sus hermanos. Las necesidades le obligaron a trabajar para el Estado de Ferrara y, entre 1501 y 1503, fue destinado como capitán al castillo de Canossa, lugar

en el que nació su primer hijo.

De regreso a Ferrara pasó a formar parte del servicio del cardenal Ippolito d'Este y, a pesar de que siempre lamentó que sus ocupaciones le robaran mucho tiempo, este cargo le permitió alcanzar una buena estabilidad económica para su familia y le dio la oportunidad de participar en las actividades políticas y diplomáticas de las cortes del siglo XVI. Como embajador estuvo en Mantua, Florencia o Roma, ciudad en la que en distintas ocasiones tuvo que entrevistarse con el papa Julio II, que no mantenía muy buenas relaciones con la familia d'Este.

Tuvo tiempo, no obstante, de componer sus primeras comedias, de imitación clásica, y destinadas a las representaciones de corte: *La Cassaria* (1508) y *Los supuestos* (1509). También se dedicó pacientemente a la composición de la primera edición del *Orlando furioso* (1516), obra a la que está ligado su nombre y que lo convirtió en una de las principales figuras literarias del *cinquecento* italiano. En 1517 rechazó la invitación del cardenal Ippolito de acompañarle en su viaje a Hungría y, ante la agria reacción de éste, decidió dejar su cargo. Pocos meses después entró al servicio del duque Alfonso I, del que obtuvo un sueldo para que pudiese continuar sus estudios, pero también encargos y misiones no exentos de responsabilidad, como el de gobernar la turbulenta provincia de la Garfagnana entre 1522 y 1525.

Durante los años de colaboración con el duque escribió las comedias *I Studenti* (1518) e *Il Nigromante* (1520), así como las *Sátiras* (1517-1525), siete episodios de su vida, entre ellos el de su negativa a marchar a Hungría y su agitada estancia en la Garfagnana, con los que conformó un retrato del espíritu cortesano de su tiempo enriquecido con intensas y perspicaces observaciones morales. También consumó la segunda versión del *Orlando furioso* (1521), cuyo éxito fue tal que entre ese año y 1531 se llegaron a publicar 17 ediciones más, algunas de ellas sin su autorización.

De regreso a Ferrara decidió repartir el patrimonio familiar entre sus hermanos y se construyó su propia casa, la *Parva Domus*, donde pudo dedicarse casi exclusivamente a las letras. Además de reescribir sus viejas comedias, compuso una nueva, *La Lena* (1528), considerada la mejor de su producción y que fue representada por primera vez, un año después de su publicación, en un teatro del palacio ducal construido para la ocasión. También preparó y publicó una tercera edición del *Orlando furioso* (1532), que por los numerosos añadidos y correcciones apareció casi reescrito. En el momento de su muerte, cuando su fama se había extendido ya por toda Europa y había recibido numerosos reconocimientos, incluso por parte del emperador Carlos V, seguía trabajando para mejorar y modificar su poema.